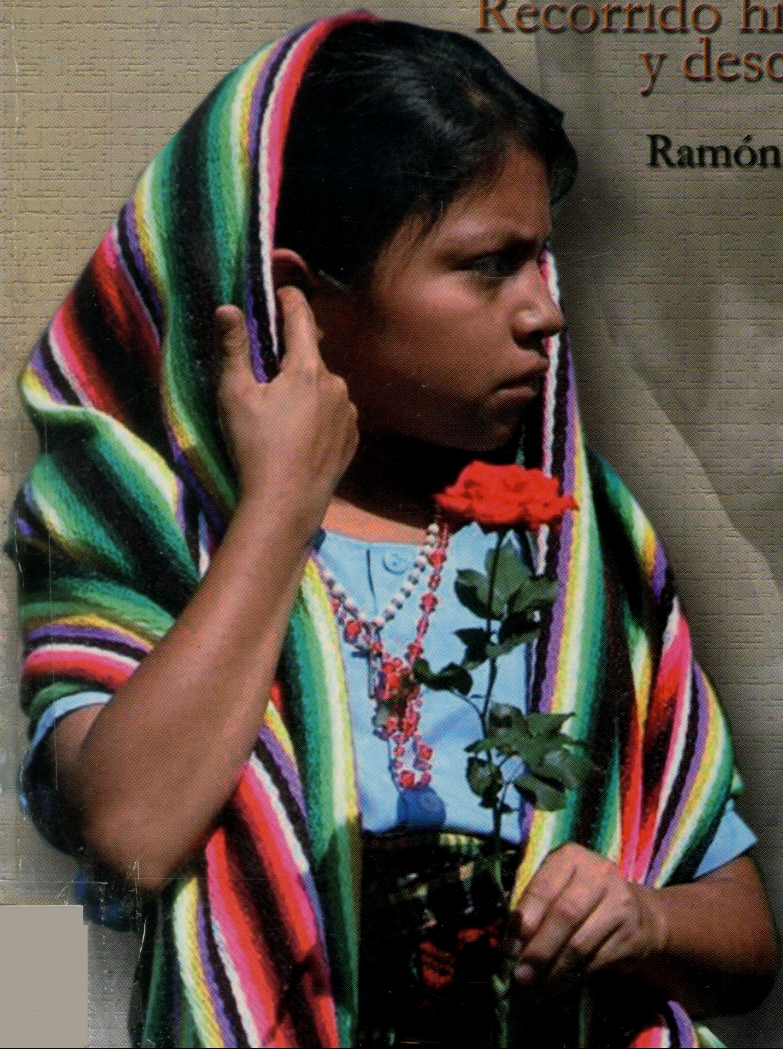


Antropología en El Salvador

Recorrido histórico
y descriptivo

Ramón D. Rivas

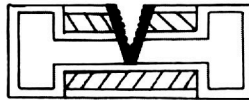


COLECCIÓN CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE EL SALVADOR

Antropología en El Salvador
Recorrido histórico y descriptivo

Antropología en El Salvador.

Recorrido histórico y descriptivo



Ramón D. Rivas

301

R618a Rivas, Ramón D.

sv Antropología en El Salvador : recorrido histórico y descriptivo /
Ramón D. Rivas. -- 1ª ed. -- San Salvador, El Salv. : UTEC, 2012.
268 p. : il. ; 21 cm. -- (Colección ciencias sociales)

ISBN 978-99923-21-85-0

1. Antropología. 2. El Salvador-Historia. 3. Identidad cultural.
4. Arqueología-El Salvador. I. Título.

BINA/jmh

Museo Universitario de Antropología, MUA, Utec
Escuela de Antropología, Utec

**Antropología en El Salvador.
Recorrido histórico y descriptivo**

Autor: Ramón D. Rivas

El contenido de esta obra es propiedad del autor.
Citas o publicaciones que hicieren referencia al contenido
requieren de la autorización del autor.

Fotografías de portada e interiores tomadas de internet para efectos educativos
y fotografías personales del autor.

Diseño Digital y Diagramación:
Ana Cecilia Sisnados González
Santiago Arnulfo Pérez

Universidad Tecnológica de El Salvador

PRIMERA EDICIÓN

Para esta primera edición Universidad Tecnológica de El Salvador

Ediciones posteriores:
Dr. Ramón D. Rivas

Impreso en El Salvador
Por Tecnoimpresos, S.A. de C.V.
19 Av. Norte. # 125, San Salvador.
Tel.: (503) 2275-8861 • e-mail: gcomercial@utec.edu.sv

Noviembre, 2012

ÍNDICE

Institucionalizar las ciencias sociales en El Salvador: pensamientos sobre un trayecto.....	7
Nota de agradecimiento	17
Antropología en El Salvador. Recorrido histórico y descriptivo	21
Arqueología en El Salvador: Recorrido histórico y descriptivo.....	131
Referentes bibliográficos	175
Familia y educación como ejes de socialización en El Salvador	187
Referentes bibliográficos	204
En busca del <i>otro</i> y de la identidad nacional	205
Las inundaciones de junio de 1934 en El Salvador: una tragedia olvidada	231
Referentes bibliográficos	255
Retrospectiva y futuro en El Salvador: una visión desde la antropología.....	257

INSTITUCIONALIZAR LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL SALVADOR: PENSAMIENTOS SOBRE UN TRAYECTO

José Cal Montoya¹

Como ha sucedido en la mayor parte de los países centroamericanos, el proceso de institucionalización de las ciencias sociales en El Salvador ha estado transido por el autoritarismo, los conflictos armados, la inequidad social y la ausencia de políticas públicas de impulso a la investigación científica.² Las universidades públicas fueron los recintos que inicialmente posibilitaron el desarrollo de las ciencias sociales en la región con resultados y experiencias que, a pesar de su manifiesta diferenciación, posibilitaron su entrada definitiva a un amplio ciclo de profesionalización que aún sigue sin terminar. El Salvador, a pesar de que registra avances significativos en el desarrollo de la investigación social desde distintas disciplinas, sigue necesitando de una actividad investigadora que, desde sus

-
- 1 Historiador. Realizó sus estudios de Doctorado en Historia de Europa y del Mundo Mediterráneo en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, bajo la dirección de los profesores Giovanni Levi y Bartolomé Yun Casalilla. Catedrático de Historiografía de Guatemala en la Escuela de Historia de la Universidad de San Carlos de Guatemala –USAC–. Profesor visitante del Postgrado en Historia de la Universidad de Costa Rica –UCR– y del Postgrado de Estudios Latinoamericanos en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe –CIALC– de la Universidad Nacional Autónoma de México –UNAM–.
 - 2 Juan Pablo Pérez Sainz, «Recuperar la reflexión desde Centroamérica», *Revista Centroamericana de Ciencias Sociales*, No. 1, Vol. I (Julio 2004), pp. 5-8. Jussi Pakkasvirta y Florencia Quesada, *Situation of Social Science Research in Central America. An Overview*, Stockholm, Swedish International Development Cooperation Agency, 2007.

aportaciones académicas, refiera científicamente una visión común sobre su cultura y su pasado que sea parte integrante de las políticas públicas del Estado en la construcción de un país más incluyente.

Son estas ideas las que han motivado los cuatro ensayos que el colega Ramón Rivas ofrece en la presente publicación. Ensayos que pretenden suscitar en los lectores la necesidad de comprender que las ciencias sociales, como ciencias interpretativas, ofrecen una explicación a las problemáticas actuales del país. Desde su formación de antropólogo, propone tres líneas de reflexión sobre la actualidad de El Salvador: la necesidad de reconocer y proyectar hacia el futuro el camino recorrido por la antropología salvadoreña; el aporte que la disciplina puede ofrecer en la comprensión de temas de alto interés social, como la educación y la familia desde un debate genuinamente plural; y la importancia de la tradición oral en el conocimiento de aspectos hasta hoy poco estudiados dentro de la historia contemporánea de El Salvador, como fueron las inundaciones de 1934, vistas en este libro no solamente desde la óptica de quienes la sufrieron en carne propia, sino también de sus devastadoras consecuencias en la región centro norte del país.

También, el libro ofrece una reflexión en la que actores de la misma sociedad dan su visión sobre lo que significa ser salvadoreño. Es un aporte que lleva, sin lugar a duda, a la reflexión sobre la identidad nacional en el momento actual, tema que Ramón Rivas ha sabido apuntar en sus múltiples y variadas publicaciones de los últimos años.

Los prejuicios y generalizaciones han sido dos lastres difíciles de combatir dentro del desarrollo de los ahora denominados «estudios centroamericanos». ³ A causa de ellos se ha considerado que El Salvador ha sido un país con escaso desarrollo dentro del ámbito de las ciencias sociales centroamericanas, cuando en realidad vemos

3 Werner Mackenbach: «Presentación. Nuevas tendencias en los estudios centroamericanos», en *Iberoamericana*, Año V, No. 19 (2005), pp. 83-85.

iniciativas de institucionalización de las ciencias sociales en la Universidad de El Salvador, UES, desde la década de 1950, dentro de las que el doctor Alejandro Dagoberto Marroquín emprendía innumerables esfuerzos para la apertura de las carreras de sociología, antropología e historia.⁴

El recrudescimiento de la política exterior estadounidense durante la «guerra fría», que favoreció y apoyó a gobiernos autoritarios en la región, desplegó a su vez una política de «guerra fría cultural» que, por medio de diversos mecanismos de control y propaganda, expandió el anticomunismo hasta dentro del ámbito de las ciencias sociales.⁵ Esta realidad tuvo una faceta más cruda y brutal en El Salvador durante los años setenta con la intervención militar de la UES,⁶ hecho que, sumado al desarrollo de la guerra civil, se constituyó en una ruptura dentro del desarrollo de las ciencias sociales en El Salvador que ha costado mucho restituir.

A pesar del horror de la guerra, El Salvador, como fue también el caso de Guatemala, experimentó un desarrollo sostenido en el campo de las ciencias sociales gracias al trabajo de muchos intelectuales que desarrollaron sus estudios y su carrera académica en el exterior, principalmente en el ámbito académico mexicano, en el que tuvieron las condiciones de desarrollo profesional que los dotó de la experiencia necesaria para impulsar las ciencias sociales en sus países de origen.⁷

4 *Cuadernos de Ciencias Sociales*. Número monográfico: *Alejandro Dagoberto Marroquín*, Tercera Época, Año 2, Número 3 (Junio de 2011).

5 Nick Cullather, *PBSUCCESS. La operación encubierta de la CIA en Guatemala, 1952-1954*, Guatemala, Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales (AVANCSO), 2002, p. 7.

6 Carlos Evaristo Hernández: «Notas para un testimonio sobre el 30 de julio de 1975», en *La Universidad*, Nueva Época, Mayo-Junio (2008), pp. 23-34.

7 Mario Lungo Uclés: «El desarrollo de las Ciencias Sociales en El Salvador y su aporte al conocimiento de la realidad del país», en *Ciencias Sociales*, No. 33 (1986), pp. 49-55.

El primer ensayo del colega Ramón Rivas es uno de los primeros esfuerzos por proponer una aproximación sistemática al desarrollo del pensamiento antropológico salvadoreño. Haciendo una amplia valoración que tienen las noticias, testimonios y escritos de conquistadores y viajeros que pasaron por el territorio conocido hoy como El Salvador desde el siglo XVI hasta el XIX, propone una mirada crítica sobre esta diversidad de informaciones no solamente para la comprensión de la cultura e historia del país, sino también desde su importancia en la construcción de referentes para los estudios antropológicos desarrollados durante el siglo XX.

Dentro de estos estudios, destaca el trabajo *Mitos y leyendas de los pipiles de Izalco*,⁸ en El Salvador, del etnólogo alemán Leonhard Schultze Jena, quien entre 1929 y 1931 viajó a México, Guatemala y El Salvador para desarrollar el plan de investigación de su profesor Walther Lehman; con el que pretendía profundizar en los conocimientos existentes sobre las características particulares que, según sus indagaciones, guardaba el náhuatl de Izalco respecto de las lenguas de México.⁹

La presencia de misiones científicas alemanas cobijadas bajo el desarrollo de la caficultura es una faceta que ha dejado de ser desconocida dentro del desarrollo de la antropología y las ciencias sociales, en, y sobre, El Salvador, gracias a la publicación de trabajos como los de los colegas Christiane Berth, Matilde González y David Hernández; con los que nos han propuesto nuevos itinerarios de investigación sobre la historia política e intelectual del país.¹⁰

8 Leonhard Schultze Jena, *Mitos en la lengua materna de los pipiles de Izalco en el Salvador* (Traducción de Rafael Lara Martínez), San Salvador, Universidad Don Bosco, 2010.

9 David Hernández, *El Salvador. Modelo por armar. Historia analítica de la literatura salvadoreña, 1932-92*, San Salvador, Universidad de El Salvador-Facultad de Ciencias y Humanidades, 2006.

10 Christiane Berth: *Biographien und Netzwerke im Kaffeehandel zwischen Norddeutschland und Zentralamerika, 1920-1959*, Universität Hamburg,

La categoría de «civilización» surgida en el siglo XVIII, y que en el siglo XIX tuvo en Francia e Inglaterra un uso asociado a los valores comunes de la Ilustración para describir el estado de avance de una sociedad, y que en realidad estaba adscrita a sus enfrentamientos nacionalistas,¹¹ influyó el liberalismo centroamericano hacia una impronta racista que vislumbró la instauración del «orden» y el «progreso» en la rescisión cultural de los indígenas. Así, intelectuales como David Joaquín Guzmán Martorell consideraron que los gobiernos liberales e ilustrados eran portadores de la misión de incorporar a sociedades como la salvadoreña al «gran movimiento civilizador del siglo». Ya en la segunda mitad del siglo XX cobró auge el trabajo etnográfico, y estudiosas como María de Baratta iniciaron un amplio trabajo de recopilación de la cultura popular salvadoreña desde una óptica folclorista, hasta que el desarrollo del movimiento indigenista americano dio lugar a la corriente etnohistórica representada en el médico Tomás Fidias Jiménez y el profesor Adolfo Herrera Vega, quienes desarrollaron estudios que no recibieron mucha divulgación por parte de los gobiernos de turno.

Richard Newbold Adams, con el trabajo *Cultural survey of Panama, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Honduras*, siguió impulsando el desarrollo de la antropología social norteamericana en Centroamérica, como expresión de las actividades del «*Social Research Group*»; que en Guatemala estaba asociado a las actividades del *Comité Nacional de Defensa contra el Comunismo*.¹²

Thesis: Dissertation Fachbereich Philosophie und Geschichtswissenschaft, 2010. Matilde Leonor González Izás: *La interacción entre modernización capitalista, racismo y violencia en Guatemala*, El Colegio de México –Centro de Estudios Sociológicos, Tesis Doctorado en Ciencia Social con Especialidad en Sociología, 2009. op. cit. Hernández...

- 11 Hans-Jürgen Lüsebrink, «Civilización», en Vincenzo Ferrone y Daniel Roche (eds.), *Diccionario histórico de la Ilustración*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, p. 154.
- 12 Max Holland: «La Operation PBHistory: The Aftermath of SUCCESS», en *International Journal of Intelligence and Counterintelligence*, No. 17 (2004), pp. 300-332.

Geofredo Uriel Valencia, Pedro Geoffroy Rivas y José Antonio Aparicio impulsaron de manera decisiva las investigaciones sobre temas antropológicos, culturales e históricos; y la pluma de Salvador Salazar Arrué daba continuidad a un cada vez más creciente interés por sistematizar la historia de los pueblos que habitaron el territorio salvadoreño, encontrando en la lingüística y la literatura un rico campo de exploración de su riqueza cultural. El trabajo de Rodolfo Barón Castro, a partir de su estudio de la población de El Salvador alcanzó una divulgación y alcance continental hasta hoy insuficientemente valorado en su propio país,¹³ proyección de la que también disfrutó la obra literaria de Roque Antonio Dalton García, la que en una nación que hasta hace muy pocos años contó con estudios profesionales en historia sigue constituyéndose en una fuente historiográfica, como bien lo señalara el connotado especialista en historia salvadoreña Mario Vázquez Olivera.¹⁴

El proceso anterior tuvo un efecto de acumulación que dio lugar al desarrollo de una antropología social y cultural que en El Salvador es actualmente una disciplina en constante desarrollo. El trabajo de antropólogas como Gloria Aracely de Gutiérrez y Concepción Clará de Guevara, quienes se formaron en México, sentó las bases de este desarrollo actual de la disciplina, el que también se apoyó en las contribuciones de especialistas como Ricardo Pozas, Robert Redfield, Óscar Lewis, Stanley Boggs y Paul Amaroli. Antes de la apertura de la Licenciatura en Antropología en la Universidad de El Salvador, el filósofo José Humberto Velásquez y la socióloga

13 José Cal Montoya: *La población de El Salvador* de Rodolfo Barón Castro: «Algunas reflexiones sobre sus aportes a la historiografía salvadoreña y centroamericana», en *Cultura*, No. 101, Marzo/Diciembre (2009), pp. 85-94.

14 Mario Vázquez Olivera, 'País mío, no existes'. «Apuntes sobre Roque Dalton y la historiografía contemporánea de El Salvador», en *Memorias del VI Congreso Centroamericano de Historia. Panamá, 22-26.7.2002*, Panamá, Universidad de Panamá –Facultad de Humanidades (Departamento de Historia), 2005, pp. 371-389.

Lucía Moreno de García O'Meany, con estudios de diplomado en antropología en Ecuador, sirvieron esta cátedra dentro los cursos de servicio de esta casa de estudios.

A este esfuerzo se sumaron también las constantes contribuciones de profesionales de la disciplina guatemaltecos, mexicanos y salvadoreños que desarrollaron una carrera académica fuera de su país, como fueron los casos de los profesores Uriel Valencia y Antonio Castro.

Ya en los años ochenta, el trabajo del jesuita y sociólogo español naturalizado salvadoreño Segundo Montes Mozo, sobre el *compadrazgo*, dio inicio a una vertiente ampliamente crítica dentro de las ciencias sociales en El Salvador al poner en evidencia la tradición pactista de su cultura política que afianza las relaciones de poder. Junto a las contribuciones de Montes Mozo, se sumaron las del profesor Mac Chapin acerca de la situación actual de la población indígena en el país.

El proceso de institucionalización democrática fue un factor que contribuyó decisivamente al desarrollo de la antropología en El Salvador, a partir del regreso de profesionales formados en el exterior y a la diversidad de iniciativas por desarrollar las ciencias sociales en el país. Iniciativas en las que confluyeron principalmente la UES y la Universidad Tecnológica de El Salvador, Utec, obteniendo diversos resultados que se explican ante la necesidad existente de seguir consolidando una tradición académica fundamentada en comunidades de saberes más activas, amplias y extendidas. Ramón Rivas, Carlos Benjamín Lara, Hugo de Burgos, América Rodríguez, Lorena Cuerno, Mario Mata, Georgina Hernández, Guillermo Cuéllar, Jorge Colorado, Ismael Sermeño, Carlos Osegueda, Pedro Ticas, Douglas Carranza Mena, Miguel Villela y José Boanerges forman parte de la comunidad de antropólogos formados fuera y dentro de El Salvador, sobre la que se asienta el desarrollo actual de la disciplina.

Especialistas en lingüística y literatura, como los colegas Ernesto Lemus, Rafael Lara Martínez y David Hernández, han publicado estudios que también enriquecen el pensamiento antropológico salvadoreño y ofrecen desde sus disciplinas nuevos conocimientos para la interpretación de la realidad cultural e histórica del país.

La formación de una comunidad de saberes estable en torno a la disciplina es un hecho fundamental para el desarrollo científico del país, ya que le ha permitido a la antropología salvadoreña tener una presencia significativa dentro de las actividades académicas celebradas a escala centroamericana y latinoamericana, a lo que se suma el impulso a iniciativas como la fundación de la carrera de Licenciatura en Antropología en la Utec y en la Universidad de El Salvador y la publicación de la revista académica *El Salvador investiga*. Con estos esfuerzos, la antropología dejó de ser en El Salvador un área de conocimiento exclusiva de investigadores y universidades del exterior desde hace más de una década.

Aunque las ciencias sociales ofrezcan visiones interpretativas y diversas sobre la realidad social actual, se requiere de su efectiva incorporación a la acción del Estado como políticas públicas que permitan a la ciudadanía la construcción de una visión común de Estado y Nación.

El sistema educativo es un ámbito privilegiado de consecución de esta acción, ya que podría permitir la transmisión de valores y conceptos de identidad acordes a los cambios que experimenta el mundo contemporáneo. Así, temas como el de la familia, que forma parte del segundo ensayo de esta publicación, ofrecen posibilidades para que la educación en El Salvador recupere su dimensión de proyecto ciudadano que, desde una perspectiva genuinamente pluralista, dote a las nuevas generaciones de las herramientas necesarias para contar con un pensamiento crítico que les permita ocupar un lugar pertinente dentro de la sociedad.

Las tragedias como la de la familia Rivas en Paratao en 1934, de la que se habla en el último ensayo, muestran los límites del proyecto estatal salvadoreño; el que a partir de las narraciones de las familias que perdieron todo lo que tenían comparece derrotado y no triunfante, como muchas veces queremos hacerlo ver al analizar su influencia sobre el conjunto de la sociedad. Esta constatación nos coloca ante la posibilidad de impulsar un proyecto incluyente de sociedad para pensar a El Salvador desde las reflexiones de este libro con esperanza, como lo hizo la familia Rivas cuando, por medio de don Conce, dijo ante la tragedia: «Todo estaba perdido, aún así estábamos alegres de estar vivos». Nuestros países mucho perdieron durante la guerra, pero aún así quedamos ante la oportunidad de irlos recuperando en el día a día de nuestro trabajo profesional, que se debe a la tarea de construir una sociedad mejor.

NOTA DE AGRADECIMIENTO

El autor agradece el apoyo y colaboración brindada por Leonardo Regalado, Santiago Arnulfo Pérez, Noel Castro, Braulio Galdámez y Ana Cecilia Sisnados, en Tecnoimpresos. Estos profesionales de las letras y de la diagramación, de una manera desinteresada, han sabido contribuir con ideas y consejos para presentar al lector un documento ameno en su lectura. Estos intelectuales saben que el estudio y comprensión de la cultura es clave para el desarrollo material y espiritual del ser humano, y debido a ello su afán por hacer de este documento un referente claro y preciso. Desde sus puestos de trabajo y experiencia han entendido que los libros no solo son adornos, pero sí importantes herramientas para el estudio y comprensión de las sociedades en todos los tiempos.

Un reconocimiento especial a las autoridades de la Universidad Tecnológica de El Salvador, y en particular al doctor José Mauricio Loucel, rector honorario vitalicio; y al licenciado Carlos Reynaldo López Nuila, vicepresidente, académicos que han sabido no solo proyectar la cultura desde la academia, sino también hacer de esta esperanza de vida por medio del quehacer cultural; y con ello involucrando a la comunidad estudiantil y población en general, con el único deseo de llegar a la sana convivencia en nuestra nación.

*A ustedes, Max y Daphne,
que como pajaritos al borde del nido los veo aún inseguros,
y con justa razón; pero que muy pronto, con la fuerza
que da la naturaleza y el medio en que viven,
saltarán de una vez a la otra rama para volar seguros
y con fuerza en busca de nuevos horizontes.*

Antropología en El Salvador.
Recorrido histórico y descriptivo





Este es un ensayo sobre lo que podría denominarse *recorrido histórico y descriptivo para comprensión de los estudios de la gente y su entorno sociocultural*.

En los últimos diez años, se constata en El Salvador un fuerte interés por parte de sectores intelectuales por el estudio de la antropología, a tal punto que esta se ha institucionalizado en el sistema de enseñanza nacional. Si bien es cierto que es hasta en la última década que esta ciencia, como tal, se oficializa en el ámbito académico nacional, parto de que en El Salvador el deseo por estudiar y describir al *otro* inmerso en su amplio acervo cultural es un hecho del que hay referencias manifiestas en documentos archivados o simplemente dispersos en bibliotecas públicas y privadas.

No obstante, hay estudios, algunos conocidos ampliamente otros menos; pero son esos estudios los que —a mi juicio— han servido de estímulo para llegar hasta la conformación de esta disciplina en un país urgido de investigaciones que surjan de la academia y que le apunten a la comprensión científica de la realidad sociocultural en todos sus aspectos.

Es por esta razón que mi opinión es que, precisamente ahora que se estudia la antropología en este país,¹ es necesario disponer de

1 Es importante señalar que existen diferentes posiciones en cuanto al estudio y la concepción de la antropología, hay quienes la ubican como disciplina del conocimiento y otros que la clasifican como ciencia. En este sentido la posición filosófica e ideológica juega un papel importante en la caracterización, concepción y análisis de una ciencia. En este estudio que me he propuesto, la describiré como ciencia del ser humano, porque combina en una sola disciplina dos grandes divisiones de la ciencia: las ciencias físico-biológicas y las huma-

algunos referentes históricos sobre campos de interés e investigaciones de tiempos pasados que la enfoquen. Los relatos de cronistas, viajeros y esos intentos que se realizaron por parte de intelectuales y gente interesada en los estudios de la cultura, enfocada sobre todo en el patrimonio cultural en la década de los 60, servirán de referencia para concretizarla en el momento actual.

Es pertinente hacer un acercamiento histórico a las disciplinas científicas y a aquellos intelectuales nacionales y extranjeros que se han ocupado del estudio de la cultura en el país, sin pasar por alto la importancia de conocer y redimensionar determinados aspectos de nuestro acervo e identidad culturales.

A lo largo de la historia de El Salvador, los cronistas, tanto coloniales como posteriores a la época de la Independencia, así como viajeros o funcionarios públicos, han dejado considerables manifestaciones escritas sobre usos, costumbres y formas de vida de los antiguos habitantes, lo que dio lugar a que estos fueran conocidos en Europa; pero que, la mayoría de las veces, estas descripciones no trascienden las meras caracterizaciones, emitiendo de vez en cuando juicios irreales sobre las sociedades que estudiaban; juicios empíricos e incluso parciales y racistas.

No obstante, muchos de estos trabajos han servido de atractivo y material primario de análisis-discusión para futuras investigaciones científicas de los tantos etnólogos europeos y nacionales que han frecuentado y estudiado nuestra cultura y geografía nacional y regional.

nísticas-sociales —que es a la que le vamos a apuntar en este trabajo descriptivo sobre la antropología en El Salvador—. La antropología nos muestra que los seres humanos comparten problemas similares, pero que las condiciones siempre tienen una tendencia cultural; por tanto, las soluciones son diferentes para cada cultura.

¿INTERÉS, CURIOSIDAD O DESEO DE CONOCER AL OTRO?

Desde el siglo XVIII, con la Ilustración, existe la «preocupación» por el conocimiento de los «aborígenes» en otras partes del mundo. Dicho interés se encuentra vinculado con el desarrollo en Europa, principalmente en Alemania y Francia, de la prehistoria y la antropología física. Es solo después, y generado por las investigaciones de estas disciplinas, que en esta parte del mundo, y concretamente en nuestro país, se da inicio a los estudios y descripciones de cómo vive la gente y qué es lo que hace.

Como ya hacíamos referencia, El Salvador, a lo largo de la historia, ha sido un punto de curiosidad para muchos que visitaron el país por diversas razones. De esta forma, sus crónicas, apuntes y, en algunos casos, sus estudios e investigaciones son un punto importante de referencia en la investigación antropológica, precisamente por las descripciones que han dejado reflejadas sobre formas de vida, organización social y política, religión y economía, entre otros.

El quehacer antropológico en El Salvador no es un hecho de los últimos años. La historia antigua y reciente nos demuestra que, ya desde los primeros años de la Conquista, los cronistas Pedro de Alvarado, Antonio de Ciudad Real, Diego García de Palacio;² y entrada la época de la Colonia, las descripciones que hizo el tercer arzobispo guatemalteco (1768-1770) Pedro Cortés y Larraz

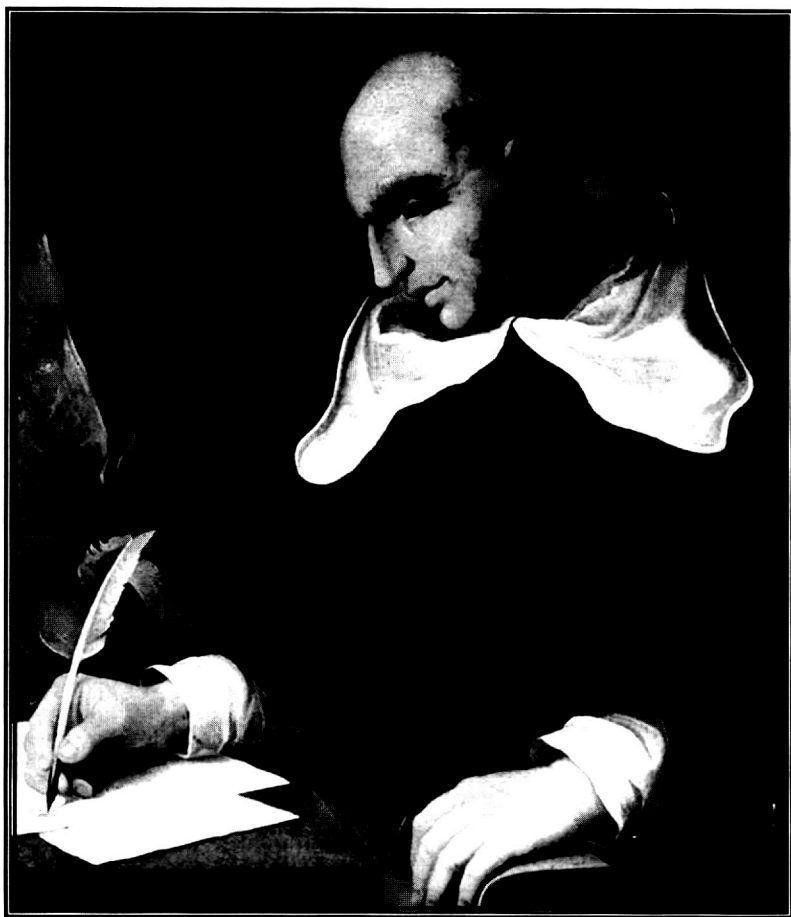
2 Al respecto: Pedro de Alvarado, *Relación hecha por Pedro de Alvarado a Hernán Cortés en que se refieren las guerras y batallas para pacificar las provincias del antiguo reino de Guatemala*. México: J. Porrúa., 1954. Antonio de Ciudad Real, *Relación Breve y Verdadera de Algunas Cosas que Sucedieron al Padre Fray Alonso Ponce en las Provincias de la Nueva España*. Madrid. Imprenta de la Viuda de Calero. 1873. 2 v. Diego García de Palacio, *Carta Relación de Diego García de Palacio a Felipe II sobre la Provincia de Guatemala. Relación y forma que el Licenciado Palacio, oidor de la Real Audiencia de Guatemala, hizo para los que hubieren de visitar, contar, tasar y repartir en las provincias de este distrito*. México. Unam, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1983. (Fuentes para el Estudio de la Cultura Maya). Fray Bernardino de Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*. «Colección sepan cuantos...». México. Editorial Porrúa. 1999.

en su formidable escrito titulado *Descripción Geográfica-moral de la Diócesis de Goathemala*³ ya mostraban interés en describir sobre cómo actuaba, vivía y se interrelacionaba la gente. Muchas descripciones de cronistas y viajeros eran un intento por dar a conocer en Europa sobre la vida y costumbres de los pueblos que encontraban. Otros, en sus descripciones, dan la fuerte impresión de que tratan de comprender las costumbres de los pueblos indígenas en esta parte de América.⁴ Había interés, y además cu-

- 3 Al respecto: Pedro Cortés y Larraz, *Descripción Geográfica-moral de la Diócesis de Goathemala. (Parroquias pertenecientes al actual territorio salvadoreño)*. Dirección de Publicaciones e Impresos. San Salvador, El Salvador, C. A. Concultura. 2000. Primera edición. Imprenta Nacional, 1921.
- 4 Como son los casos de fray Bernardino de Sahagún y fray Bartolomé de Las Casas, aunque el segundo pareciera en menor grado. En el caso de Fray Bartolomé de Las Casas. Fray Bartolomé de las Casas, rechazó la ambigüedad del etnólogo, superó la simple simpatía por los colonizados y convirtió la documentación etnográfica en denuncia. Nació en Sevilla, en 1474 y murió en Madrid en 1566. Su verdadero apellido era Cassaus, de origen francés. Las Casas llegó a América en 1502. Primero fue soldado y posteriormente profesó en Santo Domingo como sacerdote en septiembre de 1512. Fue el primero que ofició misa en América. Se opuso a la violencia ejercida en los indios y encontró incompatible el sacerdocio con las encomiendas; renunció a los indios que le habían sido entregados no sin antes predicar contra los abusos de los españoles encomenderos. Fue a España para informar al Rey acerca de este problema, y encontró ayuda en el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros (1437-1517), quien lo nombró Procurador Universal y Protector de la Indias. En 1522 ingresó a la orden dominicana. Fue obispo de Chiapas (Guatemala en ese entonces). Las Casas se convirtió en un símbolo: el padre de los indios. Entre sus obras destacan: Los tratados, que consisten en siete escritos en Latín, que son memoriales destinados al rey para ser considerados de modo confidencial por sus consejeros. La tesis que en ellos se desarrollan son básicamente una colonización planeada, de manera que se predicara el evangelio de una manera pacífica; la necesidad imperiosa de abolir la concesión de indios a los españoles, así como la responsabilidad de carácter económico y moral de estos en sus relaciones habituales con aquéllos: la importancia que los indios entendiesen las enseñanzas del cristianismo antes de que los bautizaran; el valor de las culturas indígenas y, desde luego, la posibilidad de que los indígenas fueran civilizados. El tratado primero: *Brevisima relación de la destrucción de las indias* (1552), fue el más leído y dio a Las Casas una gran celebridad en el mundo oriental, ya que denuncia las crueldades cometidas por los españoles contra los indios del Nuevo Mundo. *La Historia de las Indias* se refiere



Fray Bernardino de Sahagún



Fray Bartolomé de Las Casas

riosidad, por ese *otro*, que ha sido, y es, el objeto de estudio de la antropología.

La obra monumental del misionero franciscano fray Bernardino de Sahagún (-1590), *Historia General de las cosas de la Nueva España*, es un típico ejemplo.⁵ Antes y después de la época republicana, un

desde el primer viaje de Colón, en 1492, hasta 1520. La Apologética historia de las Indias, que se gestó en el cuerpo de la Historia de las Indias en calidad de digresión, lo cual motivó que posteriormente se independizara el texto original. La obra de Las Casas, esta destinada a un fin humano y cristiano: defender no propiamente al indio, sino al antiguo ideal de hermandad. Las Casas impulsó en España el movimiento de las ideas en torno al hombre natural, la guerra injusta y la esclavitud, todos problemas del renacimiento. Su acción contribuyó a suscitar uno de los grandes capítulos del pensamiento humano, al discutir por vez primera el derecho propio a la conquista. Actualmente su pensamiento y obra constituyen una excelente aportación al estudio de la antropología. Véase al respecto: Véase: Ramón Iglesia. Cronistas e historiadores de la Conquista de México. No. 16, SEP-setentas/Diana, México. 1980. Bárbara Steve. Historiografía Indiana. Gredos, Madrid. 1964. Véase: Ángel Palermo. Historia de la Etnología: 1, Los precursores y 2 los evolucionistas. Alambra Universidad, México. 1987.

- 5 El punto de partida es fray Bernardino de Sahún, nacido en Sahún, reino de León, España, entre 1499 y 1500, y muerto en la ciudad de México en 1590. Estudió en Salamanca y vino a la Nueva España en 1529 con el fraile Antonio de Ciudad Rodrigo y 19 frailes más de la Orden de San Francisco. Durante muchos años actuó como misionero en Tepeapulco (Hidalgo); luego se trasladó a Tlatelolco como profesor en el colegio de Santa Cruz, destinado a la instrucción de los indígenas de familias nobles, y por fin en México, donde se consagró por entero a la redacción de su Historia general de las cosas de Nueva España, considerada de gran interés etnológico y conservada en el Códice florentino. La primera versión escrita, sustentada en los informes de los indígenas más instruidos, fue concluida en los años en que Sahún concluyó su obra hacia 1560; una segunda versión, en 1562, y una tercera, en 1566. Entre 1566 y 1569 se dedicó a pulir y corregir esta última versión redactada, como las anteriores, en náhuatl. La obra definitiva consta de doce libros. La obra de Sahún es un documento extraordinario para los etnólogos. Fue compuesta por una preocupación por la exactitud poco común en su época. Sin embargo la finalidad de Sahún no era propiamente científica, sino práctica. Su deseo es proporcionar un acervo de conocimientos útiles a los misioneros, que sirviera para cumplir mejor su tarea evangelizadora, encontrando puntos de contacto con el pasado cultural indígena. Esta actitud que pretendía incorporar a la nueva vida cristiana de los mexicanos elementos juzgados inocuos de su pasado pagano y que había denominado en sus primeros años de la evangelización en México, era cada vez más combatida. Entre 1570 y 1573 Sahagún fue objeto de persecuciones, y se le obligó a traducir perso-

buen número de viajeros y funcionarios públicos europeos y norteamericanos, entre ellos Efraím G. Squier, en sus recorridos por el territorio nacional, a mediados del siglo XIX, dio importantes datos sobre la vida de los pobladores del país. Un ejemplo de estas descripciones es el siguiente:

Por regla general, la población aborigene ha sido bastante modificada por tres siglos de contacto con los blancos, y por igual espacio de tiempo subyugada á las leyes de España; sin embargo hai pueblos, aun en la inmediaciones de la capital, que han conservado y conservan, á un grado sorprendente, sus primitivas costumbres, y cuya sangre aborigene ha tenido la más pequeña, ó casi ninguna mezcla. —En las inmediaciones de Sonsonate hai algunos pueblos grandes exclusivamente habitados por indios, que también se sirven de la lengua nacional entre sí. —Lo mismo sucede en algunos pueblos al sur del volcán de San Vicente, en el año de 1832, intentaron restablecer su antiguo dominio, y exterminar no solo a los blancos, sino á todo el que tuviera sangre europea en las venas. Pero esta es una porción del estado de San Salvador, donde los aborígenes han permanecido, conservando su orijinal dialecto, y, en su mayor parte, sus antiguos ritos y costumbres. —Este distrito es conocido con el nombre de «Costa del Balsamo». Es como de 50 millas de largo y de 20 a 25 de ancho, cayendo entre La Libertad, el puerto de la ciudad de San Salvador, y el camino de Acajutla, cerca de Sonsonate. —Es todo ocupado de indios, cuyos hábitos poco han cambiado del período de la Conquista. —Es transitado sólo por caminos de mulas; pero tan estrechos y malos que son inútiles todos los esfuerzos de los extraños para pasarlos. —Esta falta de comunicación proviene de la absoluta ostinación de los indios á no admitir ninguna parte de blancos ni extranjeros. —Mui pocos de estos indios saben leer y escribir; pero su considerable

nalmente toda su historia al castellano, constituyéndose en un valioso documento. Sahagún creó un riguroso método de investigación científica —sino el primero— que le ha valido la denominación de padre de la investigación etnohistórica y social americana. Véase al respecto: Bárbara Steve. *Historiografía Indiana*. Op. cit., página 203. También: Ramón Iglesia. Op. cit., página 197.

*mejora la han obtenido desde la época de la independencia. Las artes mecánicas son poco conocidas y las bellas artes menos. La música es ejercida generalmente; mas solo como un accesorio de culto público. —Profesan la religión católica; pero como una clara idea de sus principales dogmas; y sus ceremonias son interpoladas con muchos ritos aborígenes. Sus necesidades son muy limitadas. —Las mujeres visten una tela de algodón tejida en San Salvador, pero van desnudas hasta la cintura. —Se hacen dos trenzas los cabellos, que terminan en una cinta rosada y cuando salen se cubren la cabeza con una tira de madapollan. —Los hombres llevan pantalón de tela de algodón del país, tejido por ellos mismos en una especie de telar de mano. —Este, con un sombrero de palma, como los que se manufacturan para vender en todo el estado, forman su vestido.*⁶

Todos ellos, desde diferentes perspectivas e intereses, hicieron importantes anotaciones sobre lo que veían; la vida cotidiana de la gente, y los políticos de la época. Pero también hicieron importantes y, algunas veces, hasta curiosas anotaciones sobre la geografía nacional; como por ejemplo, el holandés Jacobo Haefkens en su impresionante relato titulado *Viaje a Guatemala y Centroamérica*⁷ con su descripción comparativa del golfo de Fonseca, que prácticamente asemejaba una profecía:

Este grande y hermoso puerto, que no albergaba un solo navío sino solamente unos pocos y míseros cayucos, me hizo recordar Amsterdam, atestada de barcos a cuyo recuerdo tal vez también contribuía la parecida ubicación topográfica, ya que Amsterdam se sitúa igualmente en la caleta de un gran golfo. ¡Cuánto contraste entre este

6 Al respecto: E. G. Squier, *Apuntamientos sobre Centro-América particularmente sobre los estados de Honduras y San Salvador: Su geografía, topografía, clima, población, riqueza, producción, etc, etc., y el propuesto Camino de hierro de Honduras*. Por E. G. Squier. Antiguo encargado de negocios de los Estados-Unidos acerca de las repúblicas de Centro-América. París. 1856.

7 Jacobo Haefkens, *Viaje a Guatemala y Centroamérica*. Guatemala. Edit. Universitaria, 1969. (Serie Viajero, No. 1).

espectáculo y el de allá lejos! La muerte y la vida no pueden estar en mayor contraposición. Mientras tanto, me acordé de que hacía unos seis siglos que Ámsterdam sería quizá una aldea más mísera aún que Conchagua. Dentro de seis siglos, reflexionaba, ¿Será Conchagua igual a la capital de Holanda? De seguro, me contesté a mí mismo, y aún mucho antes, con tal de que la verdadera libertad y diligencia vengan a sentar acá sus reales (Haefkens, 1969. 80, 81).

Alexander von Humbolt (1769-1859) también, en las primeras décadas del siglo XIX, hizo importantes descripciones, así como el holandés Jacobo Haefkens (1789-1858); la compilación que hizo Franklin Parker, *Travels in Central America, 1821-1840*;⁸ las descripciones de John Lloyd Stephens (1805-1852), *Incidentes de viajes en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*;⁹ George Alexander Thompson, *Narración de una visita oficial a Guatemala viniendo de México en 1825*;¹⁰ el francés Guillermo J. Dawson con su obra *Geografía elemental de la República de El Salvador, 1890*.¹¹

En la misma época, intelectuales nacionales de la talla de Santiago Ignacio Barberena con sus obras, y concretamente con *Monografías departamentales*,¹² hace importantes aportes sobre el acontecer histórico-cultural y científico del país; y sus escritos son aún fuentes valiosas de consulta. Su aporte acerca del origen de las poblaciones indígenas en el país dio comienzo a discusiones en

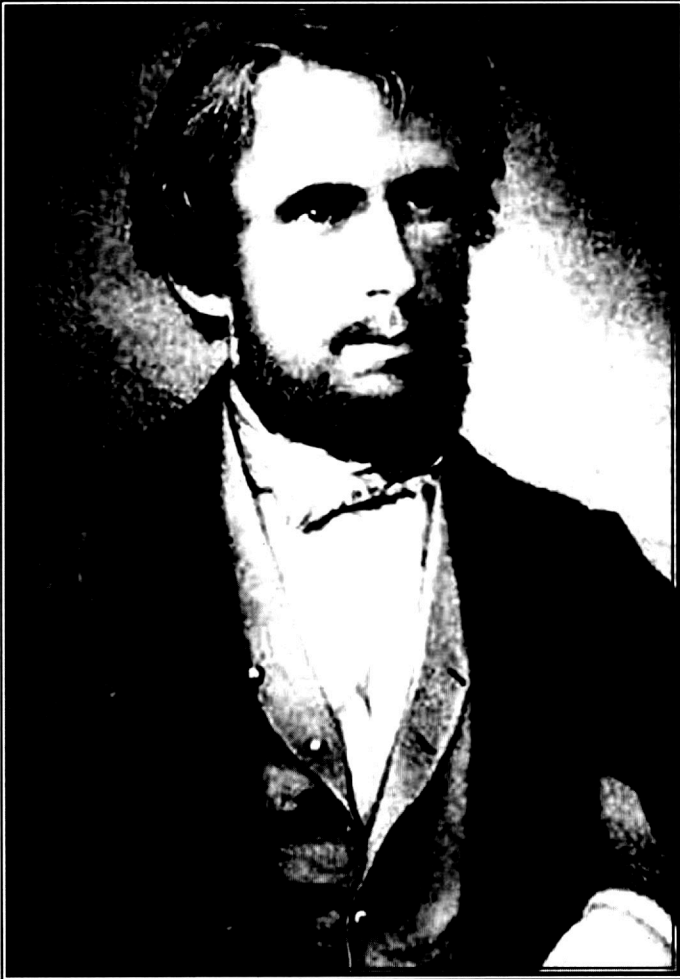
8 Franklin Parker. Comp., *Travels in Central America, 1821-1840*. Gainesville, University of Florida Press, 1970.

9 John Lloyd Stephens (1821-1840), *Incidentes de viajes en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*. San José, Educa, 1971. 2 v. (Colección Viajeros, 3).

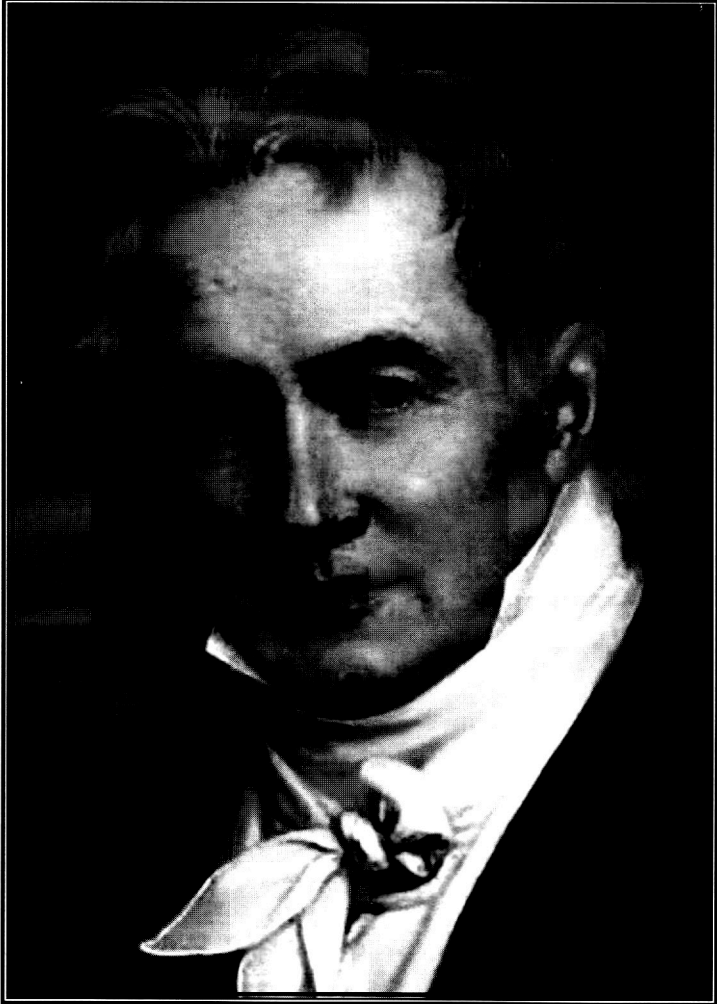
10 George Alexander Thompson, *Narración de una visita oficial a Guatemala viniendo de México en 1825*. San Salvador. Ministerio de Educación, Dirección de Publicaciones, 1972.

11 Guillermo J. Dawson, *Geografía elemental de la República de El Salvador, 1890*. París. Librería de Hachette y Cía. 79 Boulevard Saint-Germain, 79. 1890.

12 Al respecto: Santiago Ignacio Barberena, *Monografías departamentales*. San Salvador, Imprenta. Nacional, 1909-1914, 14 v.



Efraím G. Squier



Alexander von Humbolt

las que los intelectuales nacionales y extranjeros profundizaron más sobre estos aspectos, principalmente sobre los orígenes de la diversidad cultural. Rafael Menjívar y Rafael Guido Véjar publican una interesante obra en 1978 titulada: *El Salvador de 1840 a 1935. Estudiado y analizado por los extranjeros John Baily, Fred Rippy, Percy Falcke Martin, Maurice de Périgny, Dana G. Munro, Evert Alan Wilson y Kenneth J. Grieb.*

En forma magistral, estos viajeros abordan diferentes tópicos del país, aportando elementos claves para la comprensión del momento; y ahora son fuentes indispensables como referentes históricos y antropológicos.¹³

Los intelectuales que los siguieron, como el doctor David J. Guzmán (1843-1927), que perseguían transmitir un concepto de nación acorde a los cánones liberales y raciales de la época, han generado, hasta cierto punto hasta hoy, controversia en algunos intelectuales críticos del momento; también por el enfoque mencionado que presentan algunos de sus estudios.

Los planteamientos de David Joaquín Guzmán Martorell son racistas y de un dirigido menosprecio a los indígenas, y así se constata en sus escritos. No obstante, todo esto es concretizado por Jorge Lardé¹⁴ (padre) con estudios referentes a los pueblos prehispánicos de la región, entre los que se destacan: *Orígenes de San Salvador, Cuzcatlán, hoy capital de El Salvador* y *El Salvador antiguo*, entre otros; y Jorge Lardé y Larín, que, desde la óptica de la toponimia, aborda el origen de los pueblos, las ciudades y las montañas. Su libro magistral se titula *El Salvador: Historia de sus pueblos, villas*

13 Rafael Menjívar y Rafael Guido Véjar. *El Salvador de 1840 a 1935*. UCA Editores. San Salvador, El Salvador, C. A. 1978.

14 Véase: Jorge Lardé y Larín, *El Salvador: Historia de sus pueblos, villas y ciudades*. Dirección de Publicaciones e Impresos. San Salvador, El Salvador, Concultura. 2000. Primera edición en El Salvador. 1957. También: *Toponimia autóctona de El Salvador occidental*. San Salvador, Ediciones del Ministerio del Interior. 1977.

y ciudades, así como también *Toponimia autóctona de El Salvador occidental*.¹⁵

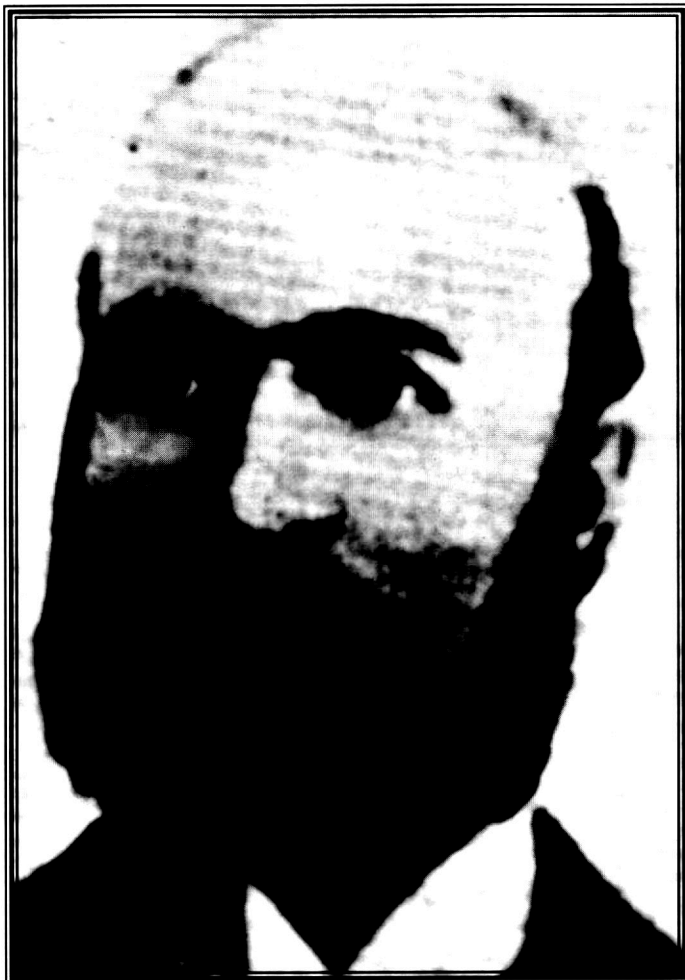
La historia, como herramienta importante de la antropología, juega un papel clave en sus descripciones, tanto que aún en la actualidad sigue teniendo importancia por tratarse de los primeros estudios que servirían de referencia para comenzar a investigar tan importantes tópicos de la historia y la cultura nacional.

Ya a finales de 1800 se van a dar los primeros intentos de descripciones sobre determinados aspectos de la cultura tradicional y sus formas de interrelación.¹⁶ Hartman describió así lo que observó:

A mi llegada a El Salvador me dirigí directamente a la capital, donde conseguí que el Ministerio de Educación me entregara una recomendación escrita para las autoridades civiles y el de Guerra una similar para los militares. Durante el viaje a la capital tuve la oportunidad de ver algunos indígenas de las tribus que tenía planeado estudiar en primer lugar, es decir, los aztecas y los pipiles. En la pequeña estación de tren de Ceiba observé a unos veinte individuos que marchaban en fila, atados entre sí con una cuerda, como si fuesen esclavos negros. Iban escoltados por un grupo de soldados armados con fusiles y bayonetas caladas. Le pregunté a mis compañeros de viaje si se trataba de presidiarios. «No, seguro que no», fue la respuesta, «se trata de voluntarios de Nahuizalco, que son trasladados al cuartel de la capital». Tal como luego me enteré, los cuarteles de El Salvador, dependiendo de la necesidad

15 Entre 1897 y 1899 el etnólogo sueco Carl Hartman visitó El Salvador e hizo impresionantes descripciones y fotografías sobre como vivían los indígenas en la región de Izalco. Véase al respecto: Carl V. Carl Hartman. Los izalcos. «Impresiones de un viajero en el siglo XIX. 1897 y 1899». En revista *Trasmallo*. «Memoria de los izalcos. Carl Hartman en El Salvador». Memoria histórica y acción social. Museo de la Palabra y la Imagen. San Salvador. Número 2, año 1, 2006.

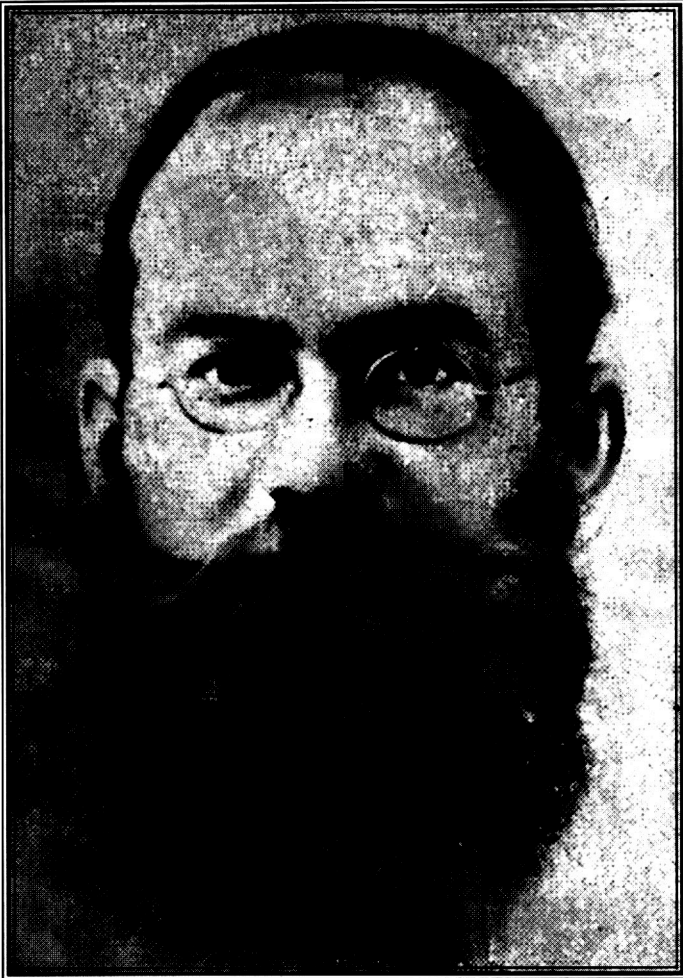
16 Al respecto: Revista *Trasmallo*. «Memoria de los izalcos. Carl Hartman en El Salvador». op. cit. pp. 5 y 6.



Doctor David Joaquín Guzmán Martorell



Santiago I. Barberena



Jorge Lardé



Jorge Lardé y Larín

que exista, se atiborran de indígenas obligados a cumplir con el servicio militar. Estos suelen ser soldados más confiables y valerosos que los ladinos. Sin embargo, producía lástima ver a esos individuos atados entre sí, con sus ropas de algodón blanco sucias por el polvo del camino. Parecían ser indígenas corrientes, pertenecientes seguramente a la misma raza que se ve en la capital de México. Eran de una estatura baja, de piel amarillenta, ojos marrón oscuro y pelo corto y negro. Su vestidura era la típica de los trabajadores centroamericanos, camisa de algodón blanca, pantalón también blanco y sombrero de paja...

En otra parte de la descripción, Hartman escribe:

Este poblado parecía ser muy ordenado y civilizado, si se compara con la situación de los pueblos cazadores y nómadas de la Sierra Madre, así que di por hecho que aquí podría, rápidamente y sin impedimentos, comenzar a medir la constitución física y fotografiar a un número elevado de nativos. Pero no imaginaba cuán profundamente arraigadas estaban las ideas supersticiosas ni cómo esta gente desconfiaba de todo lo nuevo. Ni siquiera por medio de una retribución al contado, independientemente de lo alto que fuese el pago ofrecido, parecía conseguir que unos pocos individuos se dejaran medir y fotografiar. Decidí entonces utilizar las cartas de recomendación del Gobierno y, con este fin, me dirigí al alcalde de la ciudad, un indígena anciano quien también era presidente del consejo del pueblo. Este me respondió primero en forma diplomática, diciendo que haría lo posible por ayudarme, tan pronto como sus ocupaciones se lo permitieran. Pero uno de sus colegas, conocido como alguacil, se adelantó para contarme una historia triste que le había pasado de verdad a un amigo suyo quien, luego de que un hacendado alemán de la capital le tomara fotografías había cogido una fiebre muy alta de la cual murió, dejando viuda y muchos niños sin subsistencia asegurada. Me pidió por ello posponer la cosa hasta el mes próximo. El nuevo alcalde tomaría entonces el riesgo, según él, de negociar con el hombre de

*los grandes anteojos, tal como me habían bautizado por el lente de la cámara fotográfica.*¹⁷

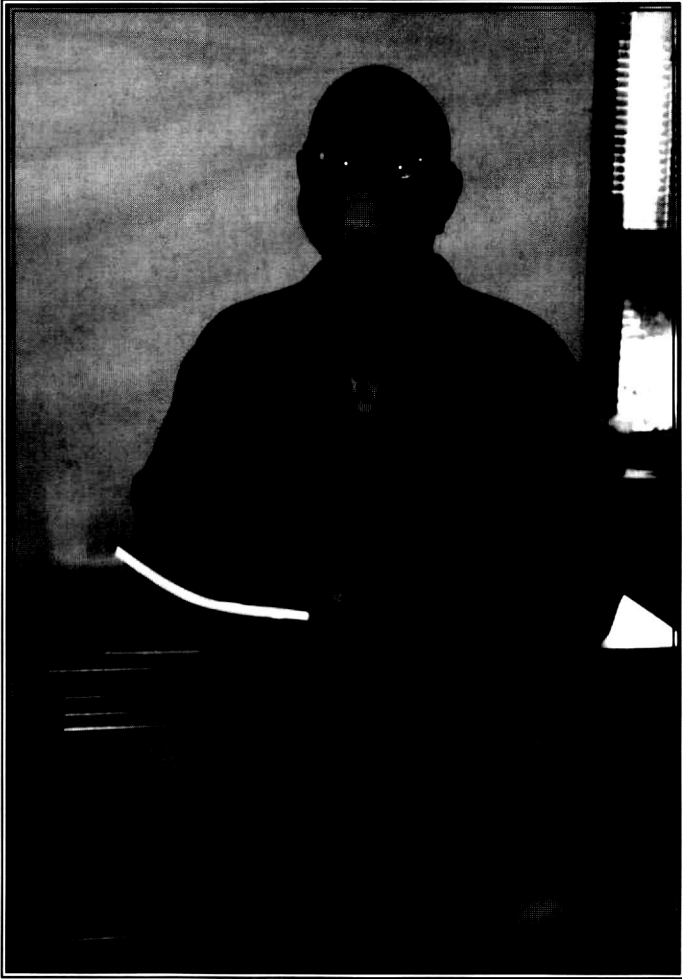
En la línea de los extranjeros profesionales que han hecho estudios tenemos, también, la importante investigación que realizó el alemán Leonard Schultze Jena en el occidente del país en las primeras décadas de 1900. Su obra publicada lleva por título *Mitos y leyendas de los pipiles de Izalco*.¹⁸

Pero también tenemos al doctor William Fowler Jr., que llegó a El Salvador en el año 1975 con el objetivo de iniciar sus investigaciones arqueológicas y etnohistóricas. Hacia finales de la década de los 70 dirige investigaciones arqueológicas en el sitio de Cihuatán, desarrollando una de las investigaciones más relevantes sobre la cultura nahua-pipil y sus migraciones hacia tierras centroamericanas. Y como muy bien lo afirma el arqueólogo Marlon Escamilla: «*The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilizations: the Pipil-Nicarao of Central América* constituye el único libro de referencia acerca de los pipiles y nicaraos, en el cual se aborda de manera amplia y concisa las tradiciones culturales (en su amplia acepción) de estos grupos culturales».

Fowler desarrolla un excepcional y titánico trabajo de investigación acerca de los nahua-pipiles del postclásico (900-1520 d.C.) de Guatemala, El Salvador y Honduras; y los nicaraos de Nicaragua y Costa Rica. Desde la perspectiva de la etnohistoria y la etnografía, Fowler desarrolla una detallada investigación, abordando aspectos económicos, políticos e ideológicos de los pipiles y los nicaraos, planteando cómo estos grupos interactuaron en la economía y la política dentro de un modelo pan-centroamericano.

17 Al respecto: L. Schultze Jena, *Mitos y leyendas de los pipiles de Izalco*. Ediciones Cuscatlán, San Salvador, El Salvador, C. A. 1977. El original en alemán fue publicado en 1935.

18 Véase al respecto: William Fowler, Jr. *The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilizations: the Pipil-Nicarao of Central America*. University of Oklahoma Press, Norman. 1989.



Antropólogo y Arqueólogo William Fowler Jr.

En base a una minuciosa investigación de archivos y registros de la época temprana colonial, Fowler traza las diferentes rutas y oleadas migratorias de los nahua-hablantes desde la frontera norte de Mesoamérica hasta tierras centroamericanas, basándose en la combinación de estudios glotocronológicos, etnohistóricos y arqueológicos.

A raíz de la publicación de Fowler acerca de la etnohistoria de los pipiles y los nicaraos, hoy en día es posible desarrollar estudios comparativos entre grupos culturales como los quichés, los zapotecas/mixtecas y los aztecas, entre otros; con la finalidad de entender las diferentes dinámicas culturales mesoamericanas que se suscitaron durante el período postclásico.

La publicación de Fowler compila una investigación minuciosa, a través de la cual se puede construir complejidades asociadas a la reconstrucción tanto económica como política, así como también reconstrucciones sobre el panteón nahua en el este mesoamericano y sus fronteras. En resumen, el libro de Fowler constituye el único estudio comprensivo y bien hecho acerca de la evolución cultural de los pipiles y los nicaraos. Desde una concepción amplia, y utilizando diversas fuentes como historias y censos coloniales, excavaciones arqueológicas, así como también datos botánicos, geológicos y climatológicos, Fowler logra describir y analizar una situación global e integral de estos grupos culturales a través de su enriquecedora investigación etnohistórica; sin duda alguna es el libro referente sobre los pipiles y los nicaraos.¹⁹

Y es que *The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilizations: the Pipil-Nicarao of Central America* constituye la única publicación de referencia acerca de los pipiles y los nicaraos en la cual se aborda de manera amplia y concisa las tradiciones culturales de estos grupos.

19 Véase al respecto: William Fowler, Jr., *The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilizations: the Pipil-Nicarao of Central America*. University of Oklahoma Press, Norman. 1989.

Dentro de sus más recientes investigaciones arqueológicas destaca la investigación desarrollada en el sitio Ciudad Vieja, la primera villa de San Salvador, donde se llevan a cabo investigaciones desde 1996. Sus intereses principales en la antropología y la arqueología son la economía política, la etnicidad y las migraciones.

Otro investigador que ha dado mucho a El Salvador, y específicamente desde la arqueología, es el antropólogo Payson Sheets. Su dedicación y estudio por el sitio arqueológico Joya de Cerén (declarado en 1993 por la Unesco, Patrimonio de la Humanidad), ha sido de mucha importancia para comprender, y a la vez entender, el pasado prehispánico de esa importante aldea maya. Payson Sheets –con sus continuos estudios no solo ha descifrado importantes datos –como lo atestiguan sus publicaciones– sobre el pasado prehispánico de esa aldea, sino que ha dado a conocer al mundo entero ese importante sitio arqueológico que es rico en nuestro país.

Si bien dichos estudios son inspirados y abordados desde la antropología, lo cierto es que tienen evoluciones diferentes y proceden de corrientes de pensamiento distintas. Así, la antropología tiene sus orígenes en el evolucionismo, mientras que los trabajos sobre cultura tradicional lo tienen en el romanticismo del siglo XIX. Hay una visión etnocéntrica, una sobrevaloración de la cultura occidental europea como la civilizadora de las demás culturas. El positivismo y las ideas de desarrollo y progreso jugaron un papel preponderante en la canalización de esas ideas; y los viajeros y primeros investigadores que arribaron a estas tierras con la intención de investigar a nuestros pueblos llegaron marcados por esos idealismos.

La presencia de la antropología se debe, entre otras cosas, a que la etnología –como se conoce en Francia y Alemania–, ciencia que ya tenía por objeto el estudio de lo que se denomina *los otros, culturas exóticas*, de culturas externas al *mundo civilizado*,

entendiendo por estas todas aquellas que se encontraban fuera de Europa, hizo que los etnólogos europeos, en su búsqueda de tales culturas, las encontrarán en otras partes del planeta; pero no en la misma Europa, ya que la sociedad que existía en esa época no difería en absoluto de lo que podían encontrar próximo a ellos.

En el caso de Inglaterra y su llamada *antropología social inglesa*, y los otros países que le siguieron, como son los casos de Bélgica y Holanda: su antropología es el producto del colonialismo. Estos países estaban necesitados de saber la manera cómo se relacionaban los pobladores en las colonias que poseían. Estaban más interesados en establecer buenas y productivas formas de comercialización; y eran los antropólogos los que debían descifrar esa telaraña de relaciones sociales, su estructura y funcionalidad.²⁰

Pero en el caso que nos concierne ahora —El Salvador—, la estructura de la sociedad y la cultura mostraba, ante los ojos de los investigadores extranjeros, diferencias en relación con el resto de las culturas europeas, con los campesinos europeos. Por lo tanto, si esta parte del mundo tenía algún interés en ser estudiada sería con base al conocimiento de los «aborígenes» desde el punto de vista de la antropología física, debido a la gran cantidad de información arqueológica que se ofrecía.

Sin embargo, el estudio de «otras razas», definido de diversas maneras en términos y prejuicios, creencias, ideología, doctrina, teoría, visión del mundo, convicción emocional, fantasía inconsciente, relaciones materiales, prácticas cotidianas, poder diferencial y subyugación y explotación institucionalizadas, es decir, el trato de las supervivencias de modos de vida anteriores, o el estu-

20 Véase: Marvin Harris, *El desarrollo de la teoría antropológica*. Siglo XXI Editores. México. 1987. También: Adam Kuper, *Antropología y antropólogos. La escuela británica 1922-1972*. Editorial Anagrama. Barcelona. España. 1973. Además: A. R. Radcliffe-Brown, *El método de la antropología social*. Editorial Anagrama. Barcelona. España. 1973. Publicación original en inglés publicada en 1953.

dio de las «diferencias» genéricas, permitía conocer las diferencias en forma, tamaño, color y hasta en la manera en que practicaban su cultura.²¹

En este caso es importante analizar la descripción que hizo Carl Hartman sobre los izcalcos, así como el trabajo de Daniel Hyland, que estuvo en el país a finales de 1800 y que no escatimó esfuerzos al no solo describir el paisaje, sino también a la gente y sus ocupaciones.²² Se hablaba de atraso cultural y se ponía como referencia comparativa a los pueblos europeos en contraposición a la población indígena y campesina salvadoreña. Esto lo vamos a ver en los escuetos análisis que hace David Joaquín Guzmán Martorell y en las muy interesantes descripciones que hacen el alemán Alexander von Humbolt y el norteamericano Efraim G. Squier, entre otros; pero fuertemente marcadas por el sello del etnocentrismo y hasta con ideas racistas, como es el caso de Guzmán Martorell, que por sus «meritos» el Museo Nacional de Antropología lleva su nombre. En su libro titulado *Apuntes sobre la topografía física de la República de El Salvador*, se refiere a los indígenas de la siguiente manera:

Es necesario que el espíritu realmente liberal y humanitario de nuestra institución penetre por todos lados en el hogar del indígena instruyéndole, sacándole de la apatía y si es posible haciéndolo desaparecer gradualmente en las masas de la civilización actual que es por una parte la suerte reservada a los vestigios espi-

21 Los antropólogos siempre han mostrado interés por lo que en un principio denominaban como *raza*; y, sobre todo, durante la segunda guerra mundial algunos boasianos prestaron atención a la «historia natural del racismo». No obstante, después de los debates que atenuaron el concepto biológico de *raza*, una postura muy difundida de «nada de raza» descuidó explorar y analizar las condiciones socioculturales y las relaciones de poder que hacen que la raza, socialmente construida, sea notoria e injusta. Véase: Thomas Barfield. Editor. *Diccionario de antropología*. Siglo XXI. Editorial. México, 2000, p. 429.

22 Daniel Hyland, *Anécdotas de un extranjero en El Salvador*. San Salvador. Edit. Lis, S. A. San Salvador. 1943.

*rantes (sic) de orden de las civilizaciones ya muertas y por otra la gloriosa misión encomendada al apoyo paternal de los gobiernos liberales e ilustrados.*²³

En otra cita, refiriéndose a los indígenas, escribe: «Su porvenir está en la fusión con la raza criolla o con la ladina y por consiguiente su incorporación, forzada en el gran movimiento civilizador del siglo».²⁴

Es claro que a Guzmán no le interesó preguntarse sobre cómo los indígenas veían el *progreso*; él creía que el mestizaje debía absorberlos para la civilización, y con ello poder borrar las diferencias que existían. Se trata, en otras palabras, de temas de discusión entre influyentes intelectuales del grupo liberal dominante sobre cómo llevar a cabo la modernización de El Salvador, y por eso veían al indígena como sinónimo de atraso. Para Guzmán era importante la llegada de colonos europeos; y entre más nórdicos eran, mucho mejor.

Los viajeros del siglo XIX que llegaron a estas tierras estaban interesados en describir diferencias; pero tomando como punto de partida su propia cultura, la europea. Esto se refleja en los censos realizados entre 1858 a 1861 en el país,²⁵ que curiosamente se refieren en forma despectiva a la población indígena censada, pues el análisis se caracteriza por comentarios referentes a su indumentaria, dieta alimenticia, forma de estructuración de las viviendas y, sobre todo, a su pasividad y alcoholismo desmedido que, de acuerdo con las descripciones, reinaba en sus comunidades.

23 Al respecto: David Joaquín Guzmán Martorell, *Apuntes sobre la topografía física de la República de El Salvador*. San Salvador. Tipografía El Cometa. 1883. P. 507.

24 Op. cit., p. 517.

25 Estadística General de la República de El Salvador (1858-1861). Tomo I. San Salvador, Concultura. 1990. Para una más amplia referencia, véase el registro del departamento de Sonsonate.

EN BUSCA DE QUIÉNES SOMOS

El trabajo etnográfico que más tarde se va a llevar a cabo —en las décadas de los 60 y 70—, por su parte, establecía su objeto de estudio en la cultura tradicional salvadoreña. En este sentido, se entendía que ambos campos de acción, el meramente folclorista y el etnográfico, se encontraban en tiempos y en espacios socioculturales diferentes: entre las culturas locales y lo tradicional no existían puntos de convergencia que les permitiera apoyarse mutuamente. De esta forma, vemos en nuestro país tres tipos de estudio —como más adelante entraremos en detalle— de la cultura que se ha venido desarrollando; pero al azar, ya que en El Salvador no existía ni han existido representantes de escuelas ni mucho menos corrientes de estudio del ser humano y su cultura.

Las primeras líneas de estudio existentes sobre la cultura salvadoreña se llevarían a cabo después del arribo de los primeros antropólogos nacionales graduados en México.

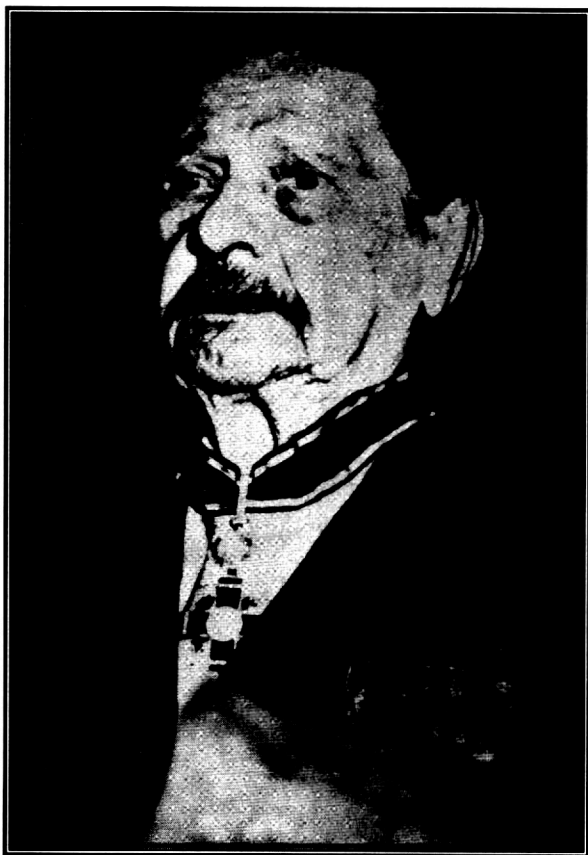
A continuación se hace referencia a las tres líneas de estudio que han existido acerca de la cultura salvadoreña.

LA CORRIENTE FOLCLORISTA

El estudio del folclore, definido este como la ciencia de la cultura tradicional, de las supervivencias de modos de vida anteriores, o el estudio de los *otros* europeos, permitía —en el caso particular que aquí nos interesa— conocer los usos y costumbres de la población indígena y campesina salvadoreña. Por lo tanto, mientras que los viajeros que frecuentaban esta parte del mundo se veían fuertemente influenciados por una antropología física, se caracterizarían por ello en estudiar el pasado, ya que el presente, para ellos, tan solo tenía un interés circunstancial para establecer una continuidad biológica y cultural entre la población local, teniendo por objeto el estudio de la «raza». El hecho es que el folclore hace un estudio de la cultura del pasado de una manera diacrónica, mientras que la



María Mendoza v. de Baratta



Francisco Gavidia



Miguel Alfredo Espino

antropología social y cultural estudia el presente, y debido a eso sus estudios son catalogados como sincrónicos, pero sin dejar de usar la perspectiva histórica.

Si bien es cierto Francisco Gavidia (1863 - 1955) cultivó todos los géneros literarios desde la poesía, el ensayo, el cuento, la novela, el teatro; además de filósofo, politólogo, pedagogo, periodista y traductor, fue Gavidia quien honró nuestra identidad y valores étnicos. Gavidia introdujo el cuento y le dio identidad a nuestra literatura con temas indigenistas precolombinos, como leyendas y mitos. En sus relatos buscó inspiración en los tiempos precolombinos y coloniales.

Por su parte Miguel Alfredo Espino (1902-1967) escribió dos libros de mucha influencia cultural en su obra: *Mitología de Cuscatlán* (1919) y *Hombres contra la Muerte* (1942). Son dos obras que distinguen claramente en la narrativa de Espino. La primera tiene que ver con la búsqueda de la identidad americana a partir del reencuentro con las raíces indígenas, la tradición de rebelión, y la flora y la fauna; *Mitología de Cuscatlán* es el precedente de esta corriente que culmina con *Hombres contra de Muerte* y, que se compara con el pensamiento de José Vasconcelos y con la Prosa de Rómulo Gallegos²⁶.

María Mendoza v. de Baratta (1890-1978) fue contratada por el general Maximiliano Hernández Martínez –a la sazón presidente de la República–, en la década de los 30, para hacer una recopilación del folclore existente en el país. Es representativo de ello su libro *Cuzcatlán típico*.²⁷ También están los trabajos de Rafael

26 Al respecto: Tanto David J. Guzmán como Alfredo Espino, Alberto Masferrer y Francisco Gavidia, si bien es cierto se enfocaron en lo indígena, la influencia liberal de su época jugó un papel muy importante en su pensamiento. Sabido es que en varios de sus escritos hay un cierto desconocimiento real y crítica racista contra las poblaciones indígenas y algunas veces hasta negación de ellos. Lo mismo vale para Miguel Ángel Espino, quien utilizó lo indígena como un referente del pasado y no evidenciando la situación de ese momento.

27 Véase al respecto: María de Barata, *Cuzcatlán típico* (1950).

González Sol²⁸ y el trabajo sobre leyendas salvadoreñas de Adolfo Márquez.²⁹

Sin más, el trabajo folclorista lo vamos a ver representado en las descripciones de María v. de Baratta. Ella investigó la música autóctona del país; y sus investigaciones no pasan de ser solo descripciones en reiterados casos muy interesantes. De Baratta fue autoridad en cuestiones folclóricas.³⁰

El hecho es que los folcloristas hacen recopilaciones de materiales referentes a los usos y costumbres del pasado, pero también del presente, sin establecer el contexto en que estos se han recogido, donde influyen, de manera sobresaliente, las apreciaciones subjetivas y hasta literarias.³¹ La información se recaba sin un sistema y sin un contexto histórico, por lo general corresponde a listados de información con un fin de divulgación. Por eso, entre los elementos que más destacan de sus recopilaciones se encuentran los relacionados con la mitología, la música y las costumbres populares; la alimentación, la vestimenta, la vivienda tradicional y otros. Para la divulgación de tales trabajos –y como vehículo de mayor difusión– se han elaborado boletines; y a lo largo de los años han sido publicados en la

28 Rafael González Sol, *Fiestas cívicas religiosas y exhibiciones populares de El Salvador*. Segunda edición. 1947. También: *Calendario de fiestas religiosas tradicionales de El Salvador*. Dirección de Patrimonio Cultural, San Salvador. 1976. También: *Danzas, historiantes y chapetones*. Dirección de Publicaciones. San Salvador. 1976.

29 Al respecto: Adolfo Márquez. *Leyendas salvadoreñas*. Imprenta La República, San Salvador. 1942.

30 María Mendoza viuda de Baratta se dedicó a recopilar música autóctona del país. De acuerdo con la antropóloga Concepción Clará de Guevara, ella –la señora de Baratta– «tenía una casa en Los Planes de Renderos que se llamaba ‘Tinaxas’, ya que le gustaban los cántaros; los tenía en la entrada de su residencia. Su casa era un punto de encuentro de artistas e intelectuales de la época». (Entrevista realizada a la antropóloga Concepción Clará de Guevara por el autor).

31 Los trabajos de Pedro Geoffroy Rivas son un ejemplo de ello. Véase al respecto: *Toponimia nahua de Cuscatlán*. San Salvador, Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador. 1973.

prensa local, revistas³² o en las entrevistas que se hacían, y se hacen, a las personas en sus propias comunidades y que, a su vez, son publicadas. En este último aspecto, los periódicos nacionales son, en algunos momentos, ricos en anécdotas y detalles.³³

El hecho es que el folclore hace un estudio de la cultura del pasado de una manera diacrónica; y esto se constata muy bien en estos trabajos, sobre todo los de María v. de Baratta.

LA CORRIENTE ETNOHISTÓRICA

Al hacer un recuento de los estudios existentes en el país referentes a la cultura salvadoreña encontramos un marcado intento de estudio de la etnohistoria; y uno de los estudiosos que más sobresalen en ello es Santiago Montes,³⁴ su máximo representante. Desdichadamente, esta línea de investigación no ha tenido seguimiento en la academia, aunque ya mucho antes don Leopoldo Alejandro Rodríguez había realizado un interesante estudio que se presentó en México con ocasión de un importante congreso de americanistas en 1910.³⁵

En los primeros años de la década de los 60, don Tomás Fidias Jiménez

32 Interesante al respecto, las revistas *La cofradía* y *Xipe*, que editó la Dirección de Patrimonio Cultural en la década de 1970. Son importantes referentes de toda esa dinámica que surgió en esa época.

33 Los periódicos locales, en este caso *La Prensa Gráfica* y *El Diario de Hoy*, con sus secciones dominicales.

34 Representativos e interesantes en sus descripciones son: Leopoldo Alejandro Rodríguez, *Estudio geográfico, histórico, etnográfico, filológico y arqueológico de la República de El Salvador, en Centroamérica*, presentado al XVII Congreso Internacional de Americanistas, reunido en la ciudad de México, en septiembre de 1910. México. Antigua Impr. de Murguía. 1912. 173 páginas. También: Gilberto Valiente, *Metapán. Monografía del Distrito*, San Salvador. Imprenta Nacional. 1931. 186 páginas.

35 Véase al respecto: Santiago Montes, *Etnografía de El Salvador. El guachival centroamericano. Cofradías, hermandades y guachivales*. Tomos I y II. Ministerio de Educación. Dirección de Publicaciones, San Salvador. El Salvador, C. A. 1977.

—que al parecer es uno de los primeros en El Salvador en estudiar, desde una perspectiva analítica, la actuación de los indígenas en la historia nacional— investiga además comunidades de los mismos indígenas con un acentuado estilo de repunte histórico-social, resultando en un corto pero interesante documento publicado en 1965, cuyo título es *El ambiente indígena en los movimientos emancipadores de El Salvador*. Además incursiona, desde la toponimia, con una magistral obra en un intento por entender la historia cultural de esta parte del continente: el estudio que tituló *Toponimia arcaica de El Salvador: significado de los nombres geográficos indígenas*.³⁶ Otro estudioso de lo indígena será Adolfo Herrera Vega, que en 1934 publicara un interesante estudio titulado *El indio occidental de El Salvador y su incorporación social por la escuela*. Herrera Vega —en su prólogo— defiende esas actitudes negativas de la población no indígena para con ellos, «los indios», y justifica su manera de ser.³⁷

Es lamentable que en este país, en muchos casos y en marcados momentos de la historia, sólo han podido publicar el producto de sus estudios aquellos investigadores que concuerdan con los funcionarios de gobierno de turno. Don Tomás Fidias Jiménez, incansable investigador, pues lo atestiguan sus múltiples artículos, fue un desafortunado en ese aspecto. Si es que así podemos describir su caso.

A finales de la década de los 50, Richard N. Adams publica un importante estudio sobre la situación de los indígenas a escala centroamericana, que de inmediato se convierte en un célebre documento de referencia ante el vacío existente, sobre todo en lo que

36 Véase al respecto: Tomás Fidias Jiménez, *El ambiente indígena de los movimientos emancipadores de El Salvador*. San Salvador. Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. 1965. 47 páginas. También: *Toponimia arcaica de El Salvador: significado de los nombres geográficos indígenas*. San Salvador. Tip. La Unión. Dutriz Hnos., 1936. 123 páginas.

37 Véase al respecto: Adolfo Herrera Vega, *El indio occidental de El Salvador y su incorporación social por la escuela*. Impreso en la Tipografía Comercial de don Nicolás Cabezas Duarte. Santa Ana. San Salvador. 1934.

concierno a nuestro país. El documento se titula *Cultural survey of Panamá, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Honduras*.³⁸ Este trabajo —alabado por unos pero fuertemente criticado por otros—, sirvió de punta de lanza para que los que criticaban a este antropólogo norteamericano lo vincularan con los servicios de inteligencia de ese país. Sin más, se trató de interesantes trabajos que surgieron en los inicios de la guerra fría.

El santaneco Geofredo Uriel Valencia —que toda su vida académica la realizó en México— profundizó en la historia y la lengua náhuat. Un considerable número de sus trabajos fue publicado en Guatemala y México, donde dejó un grupo de académicos que siguen y contemplan su obra.³⁹

Pedro Geoffroy Rivas va a dar un toque especial al conocimiento de la toponimia salvadoreña con su estudio publicado *Toponimia náhuat de Cuscatlán*. Algunos ven a Geoffroy Rivas como el precursor de la antropología en nuestro país; y en la sala introductoria del Museo Nacional de Antropología «David J. Guzmán» forma parte de la galería de los pioneros de esta ciencia en el país. También, en el mismo museo, el auditorium lleva su nombre. Otros lo vemos como un apasionado intelectual enamorado de la antropología, que desde la etnohistoria y la lingüística hizo importantes estudios. Escribió en revistas como *La Universidad, Anales, ECA* y *Cultura*. Sus trabajos incluyen una esfera temática muy amplia. Geoffroy Rivas es conocido ante todo como lingüista; pero, naturalmente, al revisar sus publicaciones vemos a un estudioso que aborda también temas antropológicos, culturales

38 Véase al respecto: Richard N. Adams, *Cultural Survey of Panamá, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Honduras*. Blaine Ethridge; Books Detroit, Michigan. 1976. (La primera edición fue de 1957 y la publicó Pan American Sanitary Bureau. Word, Health Organization).

39 Carlos René García Escobar. «Homenaje a Geofredo Uriel Valencia». VI Congreso centroamericano de Antropología: Centroamérica hacia la transformación sociocultural. San Salvador. 15-18 de agosto del 2006.

e históricos. Y como muy bien lo afirma Luís Alvarenga en el prólogo a uno de sus libros: «Geoffroy ha recuperado del olvido, desde una oración al dios Tlaloc hasta una acta jurídica que da fe de un divorcio del siglo XVIII, pasando por los documentos escritos en nahuatl y castellano de la Cofradía de la Vera Cruz, en Santa Ana».⁴⁰

No hay que olvidar que en los primeros años de 1900 muchos poetas se sintieron atraídos, desde la poesía, para hacer estimaciones sobre la cultura, como es el caso del poeta Miguel Ángel Espino, que en su libro *Mitología de Cuscatlán* aborda a los pipiles, enfocando aspectos referentes a su cosmogonía para pasar a sus dioses y su mitología, como los Anales, el Cipitín, la Siguanaba, el Tigre del Sumpul, Lolot el nahualista chontal, etc.⁴¹ Son poetas que tienen sus méritos, no más; pero sí, sus argumentos van a tener impacto en el sistema de enseñanza, y eso se constata hasta el día de hoy.

Hay que hacer mención de que el Estado, por su parte, se ha caracterizado por el estímulo de investigaciones y su respectiva publicación, precisamente en la línea del folclore. Y como la aproximación de la antropología es holística, la literatura en El Salvador, en la figura de Luis Efraín Salvador Salazar Arrué (Salarrué), va a encontrar también eco en muchas de sus publicaciones, que guardan un verdadero tesoro lingüístico, pues reflejan la idiosincrasia hablada y las experiencias socioculturales del salvadoreño de su época.

Creo conveniente resaltar que, desde 1980, ha habido una activa interrelación entre la antropología y la historia, pero ya desde otra perspectiva y enfoque. ¿Por qué reservarle un nombre especial a la historia de los grupos étnicos que están a mayor distancia del

40 Véase al respecto, el prólogo de Luis Alvarenga titulado «Vida, pasión y memorias de Pedro Geoffroy Rivas», en: *Pedro Geoffroy Rivas, La mágica raíz*. Antología de ensayos. Biblioteca Popular, DPI. San Salvador. Concultura. 1998.

41 Véase al respecto: Miguel Ángel Espino, *Mitología de Cuscatlán*. Ministerio de Educación. Dirección de Publicaciones. San Salvador. (Quinta edición) 1976. Primera edición. San Salvador. 1919.

historiador típico, o que han sido del interés específico de los antropólogos?

Eso es algo digno de profundizarse, pero no es el objetivo de este ensayo. La respuesta puede consistir en quitar el «etno» de la etnohistoria y hablar de historia antropológica: se está haciendo historia. Y la decisión de que el análisis antropológico también es histórico, o viceversa, debería de ser clara y directa. Este tema es para ser abordado en otro estudio.

En cuanto a la definición, al igual que la etnohistoria, la historia antropológica es, en esencia, la combinación del método y la teoría vigentes en historia y antropología; y el centro de interés de la historia, o la historiografía, en uno o más grupos étnicos.

No debemos olvidar que la antropología social y cultural establece sus diferencias con respecto al folclore en el hecho de que su objeto de estudio se realiza en sociedades vivas, analizándolas en su contexto histórico tal como se presentan, funcionan, se reproducen y se transforman. En este sentido, el presente no es una reliquia del pasado; y su objeto no se reduce a una operación de rescate. Se trata de una antropología que analiza y estudia, y, a su vez, hace comparaciones. Es una antropología que se plantea preguntas, y las fundamenta con base a una teoría. Para ello, la antropología social y cultural se apoya en la observación participante del investigador —estancias prolongadas *in situ* durante la investigación— y en otras disciplinas tales como la historia, la arqueología, la sociología, la demografía, la economía, etc., así como también en fuentes documentales.

Todo esto con el único objetivo de estudiar cómo evolucionan y se transforman dichas sociedades, estableciendo un método de trabajo que se basa en dos líneas de actuación: el dominio de técnicas cualitativas en general y el trabajo de campo en particular. Es decir, establece la cuantificación y el diseño de la investigación —la

validez, contraste, intersubjetividad y precisión de los datos— y el trabajo de campo.

La antropología social y cultural da prioridad a los trabajos particulares de la sociedad, estudia aspectos concretos de ella (organización social, rituales, técnicas, cultura material, etc.), y no descuida el sentido total de ese colectivo (historia, arqueología, geografía, economía, ecología, etc.). Así, estudiando sociedades locales, comportamientos, costumbres, técnicas, etc., sin perder de vista su marco de referencia antes mencionado, puede verificarse la situación en la que se encuentran dichas sociedades vivas, descubriendo cómo y en qué evolucionan.

Con todo, si se hace un recuento de los estudios realizados en el país, lo que ha sido sobresaliente son los trabajos folclóricos; pero hoy en día, felizmente, ya hay un repunte con los estudios caracterizados por la antropología social y cultural.

LOS ESTUDIOS DEL REPUNTE ANTROPOLÓGICO EN EL SALVADOR

Los estudios de Rodolfo Barón Castro, y en particular su obra *La población de El Salvador*, lo consagran como pionero de la investigación demográfica del país, ya que calculó la población indígena de 1524 al momento del contacto español.⁴² No obstante, en ese estudio hace algunas afirmaciones no tan oportunas desde el punto de vista de la comprensión del *otro*, y, más concretamente, si se quiere entender el fenómeno humano desde una perspectiva histórica y cultural.

Barón Castro escribe en su magistral obra refiriéndose a la población negra: «Los negros no llegaron en números suficientes como para hacer perdurar sus características logrando matizar los de ciertos lugares de población autóctona».⁴³

42 Rodolfo Barón Castro, *La población de El Salvador*. UCA Edit. San Salvador, El Salvador. 1978. Primera edición. Madrid, España. 1942.

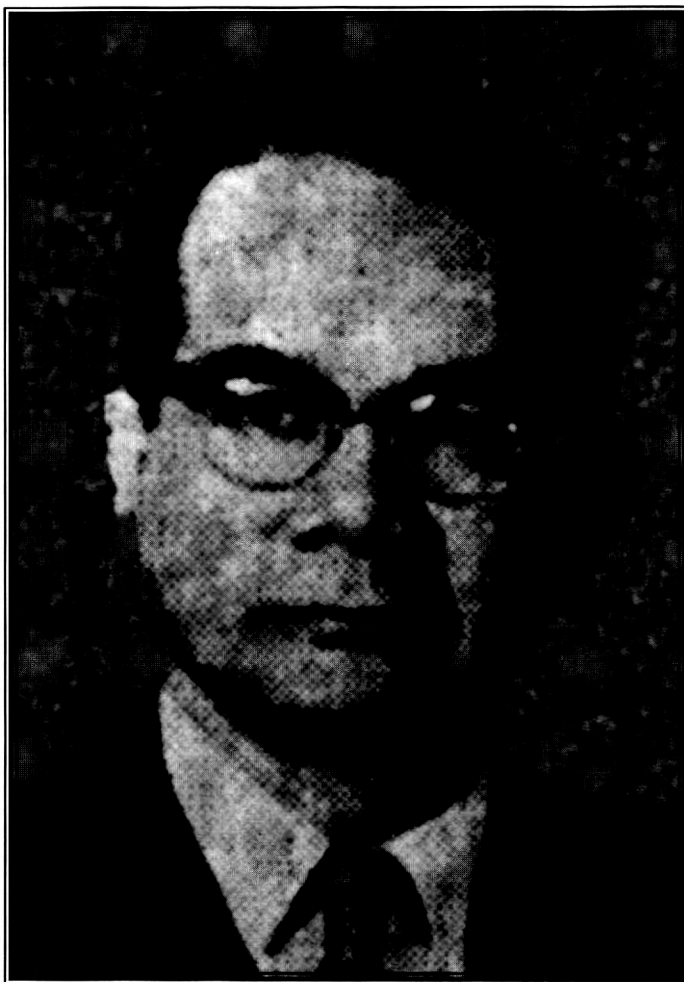
43 *Ibid.*, p. 163.



Doctor Rodolfo Barón Castro



Pedro Geoffroy Rivas



Doctor Alejandro Dagoberto Marroquín



Antropólogo y poeta José Antonio Aparicio «Ricardo Bogrand»



Antropóloga Concepción Clará de Guevara



Antropólogos, de izquierda a derecha, América Rodríguez, Concepción Clará de Guevara, José Antonio Aparicio (Ricardo Bogrand) y Ana Lilian Ramírez.



Antropóloga Gloria Aracely Mejía de Gutiérrez



Poeta Roque Antonio Dalton García

Estas son afirmaciones con cierto sentimiento de raíces del siglo XIX aún no desaparecidas. No hay que olvidarse de que –según los últimos estudios– la presencia negra era mayor de lo que afirmó Barón Castro. Los historiadores Carlos Loucel Lucha y Paúl Loken han afirmado lo contrario.⁴⁴

Importante es también el estudio de Juan Galdámez Armas, que describe cómo era la ciudad de Santa Ana; el espacio social y las relaciones de la gente de principios de 1900 en su comunidad.⁴⁵

Roque Antonio Dalton García (1935-1975), –el poeta– intenta, desde la antropología en la época moderna con su obra *El Salvador. Monografía*, hacer un estudio de la realidad histórica y cultural del salvadoreño; pero no es un trabajo fiable, ya que le falta rigor académico y su concepción sobre la historia como ciencia, parte del sarcasmo. No hay que olvidar que su interés –y en ello se consagró– fue la literatura. Dalton no puede llegar a dar una visión antropológica de la historia, puesto que se basa en el sarcasmo, la ridiculización y el *collage* en sus narraciones, y sin un hilo conductor. Este planteamiento es sostenido por otros historiadores, como Chester Urbina Gaitán, que ha estudiado a fondo el fenómeno y que comparte la misma idea.

Y es que estamos de acuerdo en que la visión de Dalton de la cultura y la historia es caleidoscópica y deshilvanada. No obstante, la interpretación que hace de los fenómenos socioantropológicos del país, y su libro *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*,

44 Véase al respecto: Carlos Loucel Lucha, *La presencia africana en la región salvadoreña. Un acercamiento desde lo local en la época colonial*. Asociación para el fomento de los estudios históricos. Junio, 2006. http://afehc-historiacentro.americanainde.phd?actionafi_aff.&cid=376. También: «Transforming mulatto identity in colonial Guatemala and El Salvador. 1670-1770». En. *Transforming anthropology*, january. Revista, Vol. 12.No. 1-2. Año. 2004. pp. 9-20.

45 Al respecto: Juan Galdámez Armas, *Hombres y cosas de Santa Ana*. Segunda edición. Santa Ana. Tipografía Comercial, 1955.

llegan para dar inicio a toda una corriente de estudios de historia oral que refuerza la tradición y el conocimiento popular desde la óptica de la lucha de clases y el materialismo histórico, que, sin lugar a duda, no pueden generar un concepto de nación,⁴⁶ pero sí despiertan interés entre los estudiosos de las ciencias sociales para profundizar y reflexionar sobre la realidad histórica y sociocultural del país.

David Browning nos ofrece también en forma magistral un estudio, haciendo un recorrido de la historia agraria de El Salvador desde la época prehispánica hasta la primera mitad del siglo XX. También detalla con suficiente paciencia las transformaciones en la tenencia de la tierra, las concepciones sobre su uso, producción y propiedad. También ayuda a comprender las diferentes visiones con respecto a la tierra, mientras el indio se consideraba a sí mismo y a su medio como partes integrantes de una relación interdependiente; y a través de su filosofía y de su práctica religiosa reconoció esto, y por eso siempre buscó el fomento de la unidad esencial del hombre con su hábitat.

El concepto de la comunidad del hombre con el suelo, el clima y las plantas era la base de las posturas hacia el uso y la propiedad de la tierra. Los españoles consideraban la tierra únicamente desde la perspectiva de la obtención de beneficios económicos. Los conquistadores consideraron la tierra y sus habitantes como el premio por la victoria. Lo anterior nos ayuda a comprender cómo, poco a poco, se va construyendo una visión sobre el uso de la tierra, que se va a desarrollar en la larga duración.⁴⁷

46 Véase al respecto: Roque Dalton, *El Salvador, Monografía*. La Habana. Casa de las Américas. 1965.

—Miguel Mármol. *Los sucesos de 1932 en El Salvador*. San José, Edit. Universitaria Centroamericana. 1972.

47 Véase al respecto: David Browning, *El Salvador. La tierra y el hombre*. Ministerio de Cultura y Comunicaciones. Viceministerio de Comunicaciones. Dirección de Publicaciones e Impresos. San Salvador, El Salvador. 1987. Primera edición en español en El Salvador. 1975.

En fin, la obra del abogado y diplomático Rodolfo Barón Castro *La población de El Salvador* y la del geógrafo David Browning *El Salvador, la tierra y el hombre* no son de antropología, pero sus contenidos han sido, y siguen siendo, un aporte de primer orden y reflejan una visión antropológica que sustenta una comprensión crítica de la realidad histórica y sociocultural de El Salvador.⁴⁸

No obstante, mucho antes que Browning, ya el abogado Alejandro Dagoberto Marroquín realizaría un importante estudio que sería el arranque académico de un nuevo período en la antropología nacional.

HACIA EL TRABAJO ETNOGRÁFICO PARA DEFINIR UNA ANTROPOLOGÍA SOCIAL Y CULTURAL

Desde 1950 hasta 1970, la influencia de la antropología mexicana se percibe en El Salvador. Estudiosos de la antropología de la talla del poeta Pedro Geoffroy Rivas, y luego el abogado Alejandro Dagoberto Marroquín, y antropólogos como Concepción Clará de Guevara y el doctor José Antonio Aparicio –todos formados en México por la falta de una escuela en el país– regresarían para convertirse en pilares de la antropología salvadoreña, aunque con diferentes enfoques y métodos de trabajo.

48 En este tipo de trabajos es pionero en El Salvador el doctor Alejandro Dagoberto Marroquín con su célebre estudio titulado *Panchimalco*. Véase al respecto: Alejandro Dagoberto Marroquín, *Panchimalco. Investigación sociológica*. Ministerio de Educación. Dirección de Publicaciones. San Salvador. El Salvador. 1980. También véase; Alejandro Dagoberto Marroquín. *El problema indígena en El Salvador*. En *América Indígena*, vol. XXXV No. 4, México. octubre-diciembre, 1975, p. 747. También, las imprescindibles obras de los jesuitas Segundo Montes, *El compadrazgo: una estructura de poder en El Salvador*. San Salvador, UCA Editores. 1979; y Carlos Rabel Cabarrus, *Génesis de una revolución. Análisis del surgimiento de la organización campesina en El Salvador*. México. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social. 1983.

Hay una marcada corriente en estos dos últimos –Concepción Clará de Guevara y Aparicio–, no obstante sus antecedentes; pero sí el folclorismo se nota en la primera, y la corriente social y cultural en el segundo.

El libro *Panchimalco. Investigación sociológica*, de Marroquín, será un importante referente, con justa razón, como estudio de caso, que, si bien es cierto es un estudio sociológico de una comunidad indígena en el país, se trata de uno de los primeros estudios antropológicos, en el amplio sentido de la palabra, en El Salvador.

La tendencia hacia la corriente folclorista, ya marcada por el acento académico de estudios descriptivos, será sustentada en la naciente antropología salvadoreña con muchos de los estudios llevados a cabo desde la Dirección Nacional de Patrimonio Cultural.⁴⁹

La «americanista» Gloria Aracely Mejía de Gutiérrez, formada en Alemania en la misma década de finales de los setenta, será una exponente de ello. Bajo su coordinación –como empleada de esa Dirección y posteriormente como jefa de Asuntos Indígenas del Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, Concultura–, se publicó la obra titulada *Tradición oral de El Salvador*.⁵⁰

49 Véase al respecto: Concepción Clará de Guevara (coordinadora), *Exploración etnográfica del departamento de Santa Ana*. Investigación del Patrimonio Cultural. Etnografía Salvadoreña 1. Ministerio de Educación, Dirección General de Cultura y Deportes. Dirección de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1972. También con la coordinación de la misma autora: *Exploración etnográfica del departamento de Sonsonate*. Investigación del Patrimonio Cultural. Etnografía Salvadoreña 2. Ministerio de Educación, Dirección General de Cultura y Deportes. Dirección de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1975.

50 Véase al respecto: Gloria Aracely Mejía de Gutiérrez (coordinadora), *Etnografía de El Salvador*. Sección de Etnografía. Departamento de Investigaciones. Dirección de Patrimonio Cultural. Dirección General de Publicaciones e Impresos. Concultura. San Salvador, El Salvador, C. A. 1984. También de la misma coordinadora: *Tradición oral de El Salvador*. op. cit.

Hay que resaltar que la antropóloga de Gutiérrez, desde su llegada al país, fue una fiel impulsora de la antropología; y en su afán por difundir la ciencia organizó congresos, conferencias y se destacó por el deseo de que la ciencia antropológica se estableciera en la academia. Esta profesional sobresalió en la Universidad Tecnológica de El Salvador, Utec, con su cátedra «Etnografía salvadoreña». Fue organizadora del importante encuentro de antropología realizado en el país, del que posteriormente apareció publicada la memoria con el título de *Memorias IV Congreso Lingüístico/I Simposio «Pueblos indígenas de El Salvador y sus fronteras»*, realizada por la Jefatura de Asuntos Indígenas de Concultura, San Salvador, en 1999.

Gloria Aracely de Gutiérrez murió a temprana edad, cuando aún tenía mucho que hacer. Creó la Asociación Salvadoreña de Antropología en 1995 con los antropólogos que, poco a poco, iban regresando al país, y cumplió como presidenta de la asociación y como maestra.⁵¹ Entre los antropólogos que sobresalieron como

51 Semblanza elaborada por Ramón Rivas, Antropólogo de la Utec, al momento de su muerte: *Llegó a Europa en la década de los setenta, con aquel deseo de formarse para después volver a su país. Así me lo dijo un día. Alemania fue el país que la acogió. Antropología fue su satisfacción. Volvió al país cuando recién comenzaba la guerra y también dijo que más de alguno la declaró loca por regresar a un país convulsionado y sobre todo a trabajar como antropóloga. Concultura la acogió y allí desarrolló su profesión. Su muerte, desde hacía tiempo, se había anunciado; pero saltó sobre ella como quien salta cercos de piedra con la esperanza de llegar por fin a donde ya no hay obstáculos y poder decir, 'ahora sí es plano, ahora sí se puede caminar tranquilo'. Con aquel semblante paciente que le caracterizó hizo frente a lo adverso, y nada ni nadie la detuvo, ni mucho menos la sombra de la muerte que la merodeaba fue capaz de desanimarla. Hasta ella misma llegó a pensar muchas veces que era un falso diagnóstico, pues por el trabajo —el que hizo hasta el último momento— se le olvidaban hasta los dolores. Tenía a su cargo una jefatura, la de Asuntos Indígenas de Concultura.*

Era la Gloria que todo lo lograba, quizá el nombre le venía a propósito. Impartía conferencias, y la importancia de primero conocer para después formar juicios era su punto de vista. Defendió, desde su profesión, a los indígenas, hasta en los últimos días de su existencia; y aunque algunos se aprovecharon de su semblante, bien sabía por qué lo hacían. Era, por lo mismo, conocida a escala internacional, y todas las notas de pesar que he recibido y hasta poemas dedicados a ella, son muestra de lo que

significaba. Investigó y publicó, y quería –a como diera lugar– dar a conocer lo que este país fue, lo que es y lo que queda de él. Pero cómo es la vida, que ni el tiempo la esperó para poder ver los dos trabajos que quedaron en imprenta. Para preparar uno de ellos, llegaba a mi casa después de sus labores y trabajábamos, entre chiste y seriedad, hasta ya entrada la madrugada; y partía todavía sola a Santa Tecla. Eran las dos de la mañana. «Qué me pueden hacer», me decía, cuando le hablaba de que tuviera cuidado en el camino.

Al día siguiente, a las nueve tenía reunión, había que contarle al comité lo que habíamos avanzado. Daba clases en la Universidad Tecnológica de El Salvador sobre aquella mal llamada materia «Expresiones folclóricas», que acordamos llamarla entre nosotros 'Antropología salvadoreña'. Sobre esto versa su otro libro, el que dejó en imprenta, inspirada en sus clases, las que impartía todos los sábados. ¡Estaba muy interesada en la formación de los futuros antropólogos! Y sobre eso, y de cómo incluir novedades y mejoras en el pensum, hablábamos y hablábamos. Organizamos conferencias; disfrutamos de ellas.

En la Asociación Salvadoreña de Antropología ha quedado un gran vacío. Fue la organizadora, la fundadora, la que convocaba a las reuniones, y no importaba si solo llegaban dos miembros, la reunión debía de celebrarse. Tenía contactos por todos lados, la conocía mucha gente. Y no solo aquí, eso lo vi también en los Congresos y reuniones en los que participamos en Centroamérica y México. En el último Congreso de Antropología en Jalapa, México, 2002, ¡hasta la sacaron en primera plana en el periódico, daba declaraciones, hablaba de la importancia de esta ciencia! La última vez que la vi –que no hace ni un mes–, llegó a mi oficina y hablamos largo. Y aunque dos días después iba a ser intervenida por última vez, me habló de planes y de preocupaciones, de cómo reforzar la carrera y la alegría de que el Perfil indígena por fin iba a salir. Me contó de su libro..., que había quedado bonito, que la antropóloga Conchita de Guevara había leído el manuscrito; pero me dijo en tono firme y de repente, como para terminar de hablar: «Me vengo a despedir, pues hoy sí me siento mal. Te entrego el cuadro de notas, pues no quiero que los alumnos encuentren dificultades». Luego se puso de pie, como para despedirse; la abracé y le dije, con aquellos consuelos de hipócrita, que no se preocupara, que todo iba a salir bien. Me dijo: «Nos vemos, la Conchita se va a encargar de todo con los alumnos». Abrazó a Adriana Wolmer, con quien sábado a sábado intercambiaban palabras, y todavía vi que desde la calle me decía adiós con su brazo levantado.

Un domingo le dimos sepultura, y sus restos, frente a la mirada atónita de sus padres, don Miguel Ángel y doña Celia Sara Gutiérrez de Mejía; uno de sus tres hermanos con su esposa, ya que sus otros dos hermanos, infelizmente por la distancia, no pudieron llegar a la hora indicada; su esposo Carlos Alberto; y sus hijos Juan Carlos y Mario Alberto, amigos, colegas de trabajo y un cielo gris de invierno con una brisa que anunciaba lluvia, y la mirada incrédula de sus alumnos, después del acertado sermón del pastor, fueron depositados en aquella planicie para siempre, y como para ya no saltar más cercos de piedra. Su obra intelectual, su virtud humanista y el don especial que la caracterizó han quedado en el recuerdo de los que la conocimos; y también escrito, como para recalcar y aprender de lo que investigó y compartió.

fundadores de la Asociación Salvadoreña de Antropología figuraron: Luis Córdova, Judith Cuadrón, Lorena Cuerno, Concepción Clará de Guevara, Ramón Rivas y el lingüista Jorge Lemus.

La antropóloga Concepción Clará de Guevara, con sus estudios *Exploración etnográfica del departamento de Sonsonate* y *Exploración etnográfica del departamento de Santa Ana*, su importante estudio etnográfico sobre el añil, que luego apareció publicado en *América indígena* con el título de «El añil de los indios cheles»,⁵² y un considerable número de materiales etnográficos que se publicaron bajo su coordinación en las instancias de gobierno, en donde se integró como antropóloga después de su arribo de México, son significativos. Estoy seguro de que el estímulo y acogida de estos trabajos serán grandes.

Las revistas *La Cofradía* y *Xipe*⁵³ son un vivo ejemplo de ello. Estos trabajos serán típicos casos de estudio de comunidades fuertemente influenciados por la antropología de Estados Unidos; pero con acento mexicano, en donde se reflejan como ejemplo –y muchas veces como guía– los trabajos de antropólogos como Ricardo Pozas y Robert Redfield, con estudios sobre la comunidad entre los indígenas; y la gran obra de Óscar Lewis, con sus trabajos enfocados en su mundialmente conocida teoría sobre la *cultura de la pobreza*, y que tienen como referencia sus obras producto de sus investigaciones de campo en los barrios marginados de México.

Es así como el trabajo etnográfico lo vamos a ver representado en el país, a inicios de la década de los 70, con la antropóloga salvadoreña, recién llegada de México, Concepción Clará de

52 Véase al respecto: Concepción Clará de Guevara, *El añil de los «indios cheles»*. *América Indígena*. Vol. No. 4, Octubre-Diciembre, México. 1975.

53 La revista *La Cofradía* era una publicación mensual de la Administración del Patrimonio Cultural. Ministerio de Educación. Se publicó en la década de los setenta.

Guevara,⁵⁴ junto con los intelectuales y poetas Pedro Geoffroy Rivas y José Antonio Aparicio,⁵⁵ este último conocido con el seudónimo de *Ricardo Bogrand* en el mundo literario. Ellos van a despuntar en toda una serie de actividades enfocadas, en primera instancia, en la divulgación de la utilidad e importancia de la antropología; y esto se hará por medio de conferencias. De esa época, Clará de Guevara recuerda:

Cuando llegamos a El Salvador, queríamos trabajar en el marco de una antropología social, pero no se podía. Yo, por ejemplo, había profundizado en México en temas referente a género, pero la gente y la comunidad académica aquí no nos entendían, y además la antropología y su utilidad no se conocían. Nos tocó primero pensar en cómo dar a conocer nuestra profesión. Mi profesor de tesis fue el doctor Cámara Barbachano, y mi tesis versó sobre la servidumbre en el DF. Era un trabajo que financió el Seguro Social de México. México urgía de un estudio de base integral al seguro a las empleadas domésticas, y a mí me tocó participar en este equipo de investigación. Con José Antonio Aparicio volvimos a El Salvador graduados. Éramos los primeros antropólogos.

No se qué pasó con el abogado Pedro Geoffroy Rivas, quien estudió también antropología pero no se graduó. Cuando llegamos a El Salvador nos encontramos en el país con el doctor Francisco Lima, que era abogado; él había estudiado toda la carrera de antropología física en México, pero

54 Llega a México con una beca de la OEA y se gradúa en etnología, ya que ese era el título que se recibía. Fue alumna de Piña Chan, Fernando Cámara Barbachano y Óscar Lewis.

55 En el 2008, y en ocasión de llevarse a cabo el VII Congreso Centroamericano de Antropología en San Cristóbal de las Casas, México, hablé con el doctor José Antonio Aparicio, y no me dijo mucho. Noté a un hombre de mirada desconfiada, corto para dar respuestas, pero me dijo muy claro lo siguiente: «El Salvador es historia para mí; se hizo lo que se pudo». Tuve la fuerte impresión de que hablaba con un extranjero, un mexicano; y su acento y alegría al referirse a la cultura y pueblo que lo había acogido –cosa que no es mala– lo delataba. Me dijo que impartía clases en una universidad de San Cristóbal de las Casas.

no se graduó. Amaba la antropología; llegó a ser vicepresidente de la República.⁵⁶ Ya en El Salvador, el Dr. Lima se lamentó de no haberse graduado; y nos decía que «tenía una deuda con la antropología» y que quería ayudar a difundirla en el país.

Mientras tanto, ya estaba integrado a la sociedad nuevamente Pedro Geoffroy Rivas, un abogado, poeta y cafetalero de Santa Ana, que varias veces, por la situación aquí, se autoexilió en México. Pedro Geoffroy Rivas siempre se definió más como poeta, y así lo manifestó; pero en su corazón sentía un profundo respeto e interés por la antropología en la rama de la lingüística. Pedro Geoffroy Rivas había estudiado antropología en México a finales de la década de los 40, pues ya, en El Salvador, la inquietud de Pedro Geoffroy era trabajar por la antropología, y así es como conformamos el equipito: Pedro Geoffroy, José Antonio Aparicio y yo. Empezamos con una serie de charlas-conferencias y publicaciones en los medios de comunicación, y lo que perseguíamos era ofrecer información general sobre lo que era la antropología y sus campos de acción, hablábamos de su utilidad, de su historia, etc.

Se da la circunstancia que, por esa época, llega al Ministerio de Educación Walter Béneke Medina,⁵⁷ en calidad de ministro de Educación; y da la casualidad que era amigo de José Antonio Aparicio, y de inmediato apoya las ideas de difundir la antropología. Walter Béneke tenía un grupo de jóvenes intelectuales que se reunían a menudo y,

56 Vicepresidente de la República entre 1962 y 1967, como compañero de fórmula del coronel Julio Adalberto Rivera por el Partido de Conciliación Nacional. Este era un recién conformado partido político y, por ende, la primera vez que participaba en una contienda electoral. (Nota del autor)

57 Walter Béneke fue ministro de Educación en el período presidencial del general Fidel Sánchez Hernández (1967-1972). Béneke fue el ministro que introdujo la primera reforma educativa, la televisión educativa y estableció las carreras técnicas en bachillerato, y además fundó en Centro Nacional de Artes (hoy Cenar). Había sido Embajador en Japón. Murió de forma trágica y a consecuencia de la situación política que ha azotado al país. (Nota del autor)

entre copa y charla, se entusiasmaron Carlos de Sola, Francisco de Sola⁵⁸ y otros miembros del grupito de intelectuales amigos de Béneke, entre ellos Archi Baldochi,⁵⁹ Roberto Murray Meza⁶⁰ y el economista Ernesto Magaña.⁶¹ Ellos, los empresarios De Sola, ya tenían una fundación; y Carlos de Sola logra que su familia se interese. Pronto, la fundación sirve de apoyo y además como punto de reunión —hablo de la década de los 60—. Es entonces cuando en ese grupo surge la idea directa de que se podía trabajar en el Museo Nacional «David J. Guzmán»,⁶² que —de acuerdo con el ministro Béneke— era una bodega llena de mariposas y otros animales disecados que muchas veces la gente, por deshacerse de las cosas viejas, las enviaba a ese lugar llamado «museo», para que fueran exhibidas en las vitrinas. La licenciada Antonia Portillo de Galindo era la viceministra de Educación, y me apoyaba decididamente. El museo fue el primer proyecto de este grupo para demostrar lo que podía hacer la antropología.

La Fundación De Sola fue la que financió la llegada de expertos mexicanos en museografía; y esto con la finalidad de cambiar y darle

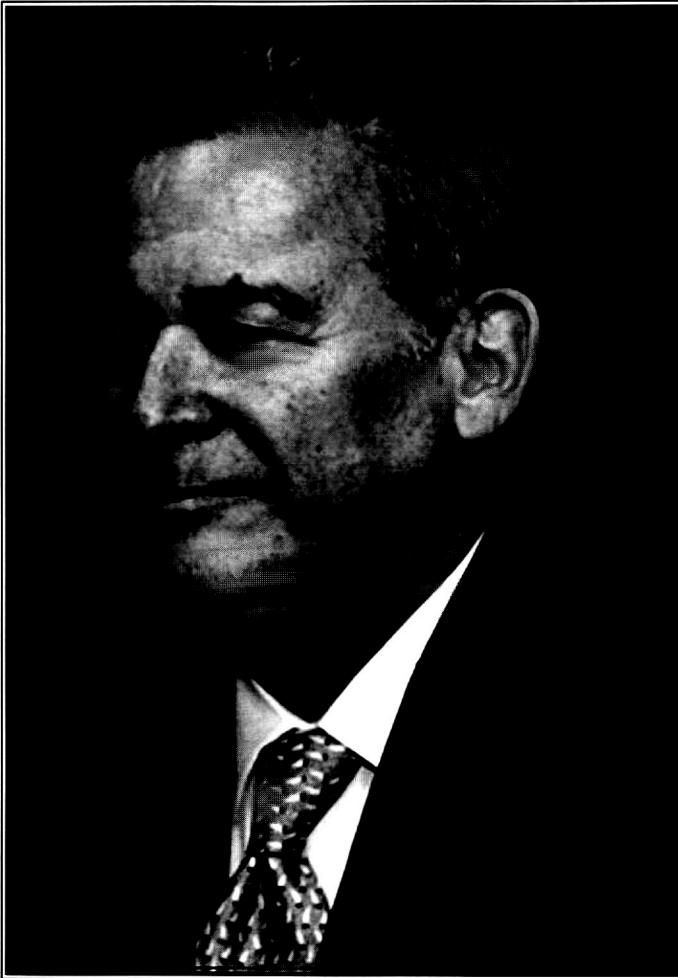
-
- 58 Este importante gestor cultural murió a la edad de 30 años, aún con muchos sueños y proyectos. Fue un importante bastión de la cultura en el país y primer director de recién restaurado Museo Nacional «David J. Guzmán», en su primera renovación en 1974, cuando adquiere el carácter de museo nacional de Antropología. El museo del sitio arqueológico de San Andrés lleva su nombre.
- 59 Distinguido empresario salvadoreño, (ya fallecido), que más tarde llegó a ocupar el cargo de presidente del Banco Agrícola de El Salvador.
- 60 Distinguido empresario salvadoreño.
- 61 Funcionario del Banco Agrícola Comercial e hijo del doctor Álvaro Magaña, presidente provisional de El Salvador de 1982 a 1984.
- 62 El 9 de octubre de 1883, durante el gobierno de Rafael Zaldívar, se creó el Museo Nacional. Este primer recinto, dedicado a la investigación de las ciencias naturales y la cultura nacional, estuvo ubicado en uno de los pabellones de la antigua Universidad Nacional. Desde el 13 de agosto de 1945 lleva el nombre de «David J. Guzmán». En 1962, el museo es trasladado a su ubicación definitiva en la avenida La Revolución, en la colonia San Benito de esta capital. A partir de 1974 adquiere un carácter antropológico e histórico. El diseño del nuevo edificio del Museo Nacional de Antropología fue inaugurado en 1999, y abierto al público en octubre de 2001. Véase al respecto: www.guanacos.com.



Don Carlos de Sola



Don Walter Béneke Medina



Don Roberto Murray Meza



Don Archi Baldochi

imagen al museo. Se contrata a un equipo de auxiliares, y de esta experiencia es que aparecen las publicaciones tituladas: Anales, Colección Antropología e Historia, La Cofradía y Xipe, ediciones periódicas con noticias de la cultura tradicional y enfocadas desde la antropología, la arqueología y la historia. Además, se trata de publicaciones que también enfocarán la arqueología, los sitios arqueológicos, investigaciones realizadas. En esto de la arqueología va a jugar un papel importante el doctor Stanley Boggs, residente en el país desde los años 50, y luego del también norteamericano, el arqueólogo Paúl Amaroli.

También, y de acuerdo con la antropóloga Concepción Clará de Guevara,

en la década de los 70 el filósofo José Humberto Velásquez,⁶³ conocido en el mundo académico como con el sobrenombre de Mono Sabio, y la socióloga Lucía Moreno de García O'Meany, ambos de la Universidad de El Salvador, fueron becados para estudiar cursos de antropología en Ecuador; y regresan diplomados para insertarse como docentes en la UES, pero sin poseer el grado de licenciatura en antropología.

Hay que reconocer que, por muchos años, Velásquez y García O'Meany serán referentes en la academia en lo que respecta a la enseñanza de esta ciencia, especialmente en la docencia universitaria.

63 Es autor de *La cultura del Diablo*, un libro que en forma de sátira analiza la cultura y actitudes del salvadoreño en todas sus manifestaciones, y *Leperario salvadoreño*, entre otros. Para este estudio tuve una conversación con el profesor Velásquez en su oficina de la Universidad Pedagógica. Fue una charla muy amena, y me corroboró mucho de lo conversado con la licenciada Concepción Clará de Guevara, y me dijo así: «Es una lástima que en este país se perdió tanto tiempo en eso de crear la carrera de Antropología. Afuera (se refería fuera de la universidad) no se sabía de su importancia como área del conocimiento, solo en la universidad se ofrecía la asignatura como complemento del pensum de varias carreras. Por muchos años, yo he ofrecido la asignatura; y puedo dar fe de que la misma me abrió los ojos...» .

El maestro José Humberto Velásquez, que conoció al doctor Alejandro Marroquín, y que además vivió las iniciativas de este profesional por crear la carrera de antropología, en el país, refiere:

Conocí al doctor Alejandro Dagoberto Marroquín entre 1957 y 1958, precisamente cuando él regresaba del su exilio en México a raíz del golpe de Estado de 1944. El doctor Marroquín hizo el primer intento por crear la carrera de antropología en la Universidad de El Salvador. El doctor hizo una reestructuración de la Facultad de Humanidades; reestructuró los planes de estudio y abrió la escuela de Antropología e Historia, pero el problema fue que no tuvo demanda de estudiantes...

Posteriormente llegaron antropólogos de Guatemala con la idea de colaborar con ideas e incluso ofreciéndose como docentes, pero que había que abrir otra vez la escuela de Antropología, pero no fue fácil. La cuestión es que —y yo lo veo así— siempre existe eso de las modas; y es que los estudiantes se vieron envueltos en eso de la moda de estudiar sociología y dejaron por un lado la antropología. Yo creo que eso es lo que pasó. Además, al graduarse, los nuevos profesionales iban a obtener un título como antropólogo social. Entonces la gente mejor optó por estudiar sociología. Habían otros problemitas, como es normal...

Como se mencionó, el doctor Alejandro Dagoberto Marroquín fue otro intelectual de renombre, que, con sus estudios, tuvo un papel importante en la consolidación posterior del quehacer antropológico en el país; y si bien es cierto su iniciativa de establecer la antropología en el país no caló, habría que estudiar a fondo el momento, pues a lo mejor con ello se encontraría los elementos para descubrir el porqué el proyecto no prosperó, ya que las intenciones eran buenas; y siendo cierto que el doctor Marroquín no era antropólogo de profesión, su pasión por la ciencia era obvia.

Estoy seguro de que la ausencia de profesionales en esa ciencia para consolidar el proyecto muy bien pudo haber sido uno de los principales impedimentos. De acuerdo con la antropóloga Clará de Guevara:

el doctor Alejandro Dagoberto Marroquín no era sociólogo de profesión, sino abogado; pero tiene entre sus muchos méritos el haber fundado la carrera de sociología en El Salvador. Incursionó en la antropología en México, pero no estudió la carrera. En México le facilitó un trabajo de campo el antropólogo norteamericano Robert Redfield, y con ello es que aprendió los elementos del trabajo de campo; y luego viene al país a hacer su primera obra, que es Panchimalco, la que de inmediato se reconoce como un estudio magistral y de referencia obligada en los estudios de antropología a escala internacional y luego aquí en el país.⁶⁴

Hay otras figuras salvadoreñas que fueron a México por cuestiones de estudio; pero se quedan en ese país, y muy pronto se convierten en referentes importantes de la antropología, como son los casos del lingüista Uriel Valencia y del antropólogo doctor Antonio Castro, que también incursionó –por un breve lapso– en la antropología en El Salvador, en calidad de docente de la Universidad de El Salvador; y luego se muda a Jalapa, Veracruz, México, y allí se va a dedicar a realizar trabajo antropológico. Hasta el día de hoy, el doctor Castro ha vivido la mayor parte de su vida en México.⁶⁵

Ana Lilian Ramírez y América Libertad Rodríguez, originalmente

64 Entrevista del autor con la antropóloga Concepción Clará de Guevara.

65 En el 2002, y en ocasión del V Congreso Centroamericano de Antropología, que se llevó a cabo en la Universidad de Jalapa, tuve el honor de conversar con el Dr. Castro en su oficina de la Universidad de Jalapa, y en ocasión de esa misma actividad, la biblioteca del departamento de Antropología de esa Universidad fue denominada con el nombre de este reconocido antropólogo salvadoreño, que hizo nido en tierra veracruzana; pero que me manifestó recordar siempre su país de origen.

trabajadoras sociales y luego antropólogas,⁶⁶ fueron las profesionales que, de acuerdo con la antropóloga Concepción Clará de Guevara, se integraron al primer equipo de investigación en el Museo Nacional de Antropología en la década de los 70; «eran profesionales de trabajo social. El museo las apoya para que vayan a estudiar antropología en México y que luego se integren al país».

En este grupo también estaban el psicólogo Lorenzo Amaya, que es la persona que en toda su vida profesional se ha dedicado al estudio histórico y cultural del añil, o jiquilite; y la trabajadora social Maribel Henríquez,⁶⁷ que con la coordinación de la antropóloga Clará de Guevara, sin ser antropólogos, harán importantes estudios de rescate cultural y en el marco de la tradición oral.

Estos son los profesionales que iniciaron en el país el trabajo meramente etnográfico y desde una institución estatal, la Dirección de Patrimonio Cultural, mucho antes que naciera Concultura en 1992.

LA CORRIENTE SOCIAL Y CULTURAL

Es considerable que don Alberto Masferrer (1868-1932), con su obra *El minimum vital*, haya dado un importante impulso y ejemplo de hacer antropología social y cultural. Si se analiza el trabajo de este personaje, vemos que él mismo propone un concepto de ser humano más ligado a la naturaleza y con una visión política más abierta, más popular. No obstante, no hace referencia específica a los indígenas. Lo importante de su obra es que aborda al ser huma-

66 De América Libertad Rodríguez Herrera, el estudio sobre historia urbana en San Salvador titulado *San Salvador. Historia urbana (1900-1940)*. Colección. Ciudad y memoria. Agencia Española de Cooperación, Aeci. Titulado; *Telares de palanca*. Dirección Nacional de Patrimonio Cultural. Concultura. DPI. San Salvador. 2002.

67 De la licenciada Maribel Henríquez, y, siguiendo la línea etnográfica, hay un interesante libro titulado: *Telares de Palancas de El Salvador*. Reeditado por Concultura, Dirección de Publicaciones e Impresos, San Salvador, 2001.



Humanista Alberto Masferrer



Sacerdote y sociólogo Segundo Montes Mozo

no como eje central; y de ahí su importancia en la historia de los estudios antropológicos en El Salvador.

El doctor Alejandro Dagoberto Marroquín, con su célebre estudio titulado *Panchimalco. Investigación sociológica*, y que fuera publicado por la Editorial Universitaria en 1959, y su otro libro titulado *San Pedro Nonualco* y otros artículos, entre ellos: “Evaluación de la acción indigenista”, y otros sobre la historia de Centroamérica, arrancó con el quehacer de la corriente social y cultural en la antropología salvadoreña.

Sin más, el sacerdote jesuita sociólogo Segundo Montes Mozo, cobardemente asesinado durante el conflicto armado de los 80, da un aporte valioso para el estudio de la sociedad salvadoreña, en especial para adentrarse en el conocimiento del *compadrazgo* en la zona occidental del país. La insurrección de 1932 es analizado en este trabajo con base en el comportamiento del compadrazgo, tanto en la fase rebelde como en la represiva.

La costumbre cultural-religiosa de nombrar padrinos, escogidos de entre las familias de poder, constituye –de acuerdo con Montes– una práctica habitual de ascenso, consolidación y protección de la escala social y una manera inequívoca de establecer lazos que contribuyen a afirmar la estructura económica y política vigente. Él sostuvo que “el Estado mismo, para una serie de contratos civiles entre personas naturales, exige firmas y la presencia de testigos que, en caso de matrimonio, vienen a desempeñar la función de verdaderos compadres”.⁶⁸

Esa es la antropología que –desde el trabajo pionero del doctor Marroquín– hoy en día vemos perpetuada, y que trata de adecuarse al contexto sociocultural actual, tomando como referente la historia cultural de país. Y hay estudios que lo confirman.

68 Véase al respecto: Segundo Montes, *El compadrazgo. Una estructura de poder en El Salvador*. UCA, Edit. op-cit.

Los estudios publicados de los antropólogos Mac Chapin, con sus importantes trabajos interpretativos de la situación de la población indígena de época reciente;⁶⁹ Ramón D. Rivas,⁷⁰ investigador y

- 69 Véase al respecto: N. Mac Chapín, *Antropología social. La población indígena de El Salvador*. Colección Antropología e Historia, No. 20. Dirección del Patrimonio Cultural. Ministerio de Educación. Dirección de Publicaciones e Impresos. San Salvador, República de El Salvador, C. A. 1990. También, N. Mac. Chapin, *La población indígena de El Salvador. Mesoamérica*. Publicación del centro de Investigaciones Regionales de Mesoamerica y Plumsock Mesoamerican Studies. Cirma, Antigua Guatemala-Vermont. Número especial El Salvador. Año. 12. Cuaderno. 21 de junio de 1991.
- 70 Véase al respecto: Ramón D. Rivas. *Pueblos indígenas y garifunas de Honduras (Una caracterización)*, Editorial Guaymuras, Tegucigalpa, 1993. 492 páginas.
 –*Los antiguos dueños de la tierra. Pueblos indígenas y garifunas de Honduras (Una caracterización socioeconómica, política y cultural)*, Proefschrift Katholieke Universiteit Nijmegen, 1994. 323 páginas.
 –*Cultura y desarrollo con pueblos indígenas (Guías de trabajo)*, Editorial Guaymuras, Tegucigalpa, 1995. 98 páginas. Coedición con Marvin Barahona.
 –«The case of the Pech in Honduras» (pp. 52-56) in *Voices of the Earth-Indigenous peoples, new partners and the right to self determination in practice*. The Netherlands Centre for Indigenous People and Leo van der Vlist (Edit.), Amsterdam, 1994.
 –*Etnolingüística en Centroamérica y México*, Editorial Guaymuras, Tegucigalpa, abril 1998. 480 páginas. (Coedición con Atanasio Herranz y Marvin Barahona)
 –*Rompiendo el espejo. Visiones sobre los pueblos indígenas y garifuna*, Editorial Guaymuras, Tegucigalpa, julio, 1998. 144 páginas. (Coedición con Marvin Barahona).
 –«Cultura y desarrollo: el caso de los pueblos indígenas de Honduras» en *Antropología e identidades en Centroamérica*. Carmen Murillo Chaverri (Ed.) Colección del Libro del laboratorio de Etnología. Oficina de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica. 1996. pp. 87, 103. (Coedición con Marvin Barahona).
 –«La imagen de los indígenas en la sociedad hondureña». En María Eugenia Bozzoli, Unicef, Uned, et al. Primer Congreso Científico sobre Pueblos Indígenas de Costa Rica y sus Fronteras. Memoria. Universidad de Costa Rica. San José, Costa Rica 1998. pp. 383, 398. (Coedición con Marvin Barahona).
 –«¿Existe un movimiento indígena en Honduras? Hacia una interpretación de la protesta indígena en Honduras», en *Memorias. IV Congreso Lingüístico, Primer Simposio «Pueblos indígenas de El Salvador y sus fronteras»*. Consejo Nacional para la Cultura y el Arte. Concultura. San Salvador. El Salvador. Abril 1999. pp. 34, 62. (Ramón Rivas y Marvin Barahona).
 – *Ilobasco. Una aproximación histórica y antropológica*. Universidad Tecnológica de El Salvador. Tecno Impresos. San Salvador, El Salvador. 2000. p. 417.

catedrático universitario; Carlos Benjamín Lara Martínez,⁷¹ Hugo

–*Memoria*. Encuentro. Red Centroamericana de Antropología. Tecno Impresos. Universidad Tecnológica de El Salvador. San Salvador, El Salvador. 2001. p. 432. Ramón Rivas, Gloria Aracely de Gutiérrez (coordinadores).

–*Antropología y arqueología de la isla Conchagüita en el golfo de Fonseca*. Facultad de Arte y Cultura. No. 6. Colección Antropología. Universidad Tecnológica de El Salvador. Tecno Impresos. Noviembre, 2005. (Ramón Rivas y Esteban Gómez).

–«Cultura e identidad en tiempos de crisis». Revista de la Universidad Pedagógica de El Salvador, *Uperspectiva*. Año 1 No. Volumen, 1. Enero-Abril de 2000. pp. 1, 17.

–*Cultura e identidad. Aparición y desarrollo de los conceptos. Memoria*. Segunda Jornada Indígena Centroamericana sobre Tierra, Medio Ambiente y Cultura, San Salvador. Julio, 1999. Impreso en Costa Rica. pp. 254, 257.

–«Persistencia indígena en El Salvador». *Científica* 5; Universidad Don Bosco. Año 4. No. 5, Junio, 2004. pp. 29-49.

–*Maras y transculturación. Orígenes de la violencia entre las pandillas juveniles en Ilobasco*, El Salvador. Facultad de Arte y Cultura. No. 1. Colección Antropología. Universidad Tecnológica de El Salvador. Tecno Impresos. Diciembre, 2004.

– «Culturas indígenas urbanas y rurales en El Salvador». Cuadernos Españoles. Madrid, España. 2006.

– «Los garifunas». En Roberto Sosa. *Documentos para la historia de Honduras*. Tomo II. Tegucigalpa. Honduras. Editorial Imagen y Palabra. Primera Edición. 2002. pp. 614-643.

–«Los lencas». En Roberto Sosa. *Documentos para la historia de Honduras*. Tomo III. Tegucigalpa. Honduras. Editorial Imagen y Palabra. Primera Edición. 2004. pp. 52-96.

–«Los tawhakas». En Roberto Sosa. *Documentos para la historia de Honduras*. Tomo III. Tegucigalpa. Honduras. Editorial Imagen y Palabra. Primera Edición. 2004. pp. 136-149

–«Hacia una reflexión teórica y antropológica de la violencia. Pensando en El Salvador». *Revista Entorno*, No. 33. Universidad Tecnológica de El Salvador. Septiembre 2004. Marzo, 2005.

–*Deseo local y patrimonio histórico en Suchitoto*. Facultad de Arte y Cultura, No. 3. Colección Antropología. Universidad Tecnológica de El Salvador. Tecnoimpresos. Abril, 2005.

71 Al respecto, Carlos Benjamín Lara Martínez: «Iglesias evangélicas y conflicto político en El Salvador», *Cristianismo y sociedad*, No. 103, México. pp. 107-121. 1990.

–*Salvadoreños en Calgary. El proceso de configuración de un nuevo grupo étnico, San Salvador*, Dirección Nacional de Patrimonio Cultural. Concultura. 1993.

de Burgos,⁷² América Rodríguez; Lorena Cuerno, que ha estudiado ampliamente los grupos sociales en áreas marginadas de las grandes urbes, destacándose sus trabajos de investigación referentes a las *maras*; y los interesantes trabajos de investigación de los lingüistas Ernesto Lemus,⁷³ Rafael Lara Martínez,⁷⁴ así como los del filólogo

–*Joya de Cerén. La dinámica sociocultural de una comunidad semicampesina de El Salvador*, San Salvador, Unesco-Concultura. 1997.

–«Transformación sociocultural». En O. Martínez Peñate: *El Salvador, sociología general (Realidad nacional de fin de siglo y principio del milenio)*. San Salvador, *Nuevo Enfoque*. 1999.

–*Joya de Cerén. La dinámica sociocultural de una comunidad*. DPI. Concultura. San Salvador. 2003.

–*La población Indígena de Santo Domingo de Guzmán. Cambio y continuidad sociocultural*. Dirección de Publicaciones. Concultura. 2006.

- 72 El antropólogo salvadoreño, pero radicado en Canadá, doctor Hugo De Burgos, que entre 1998 y 2001 estuvo en Concultura, hizo un importante aporte con sus reconocidas monografías sobre Chalatenango, Sonsonate y Suchitoto. Véase al respecto: Hugo De Burgos, *Suchitoto*. Biblioteca popular. DPI. San Salvador, El Salvador. Concultura. Aeci. Agencia Española de Cooperación Internacional. 1999. También, del mismo autor: *Chalatenango. Historia urbana*. Biblioteca popular. DPI. San Salvador, El Salvador. Concultura. Agencia Española de Cooperación Internacional, Aeci. 2000. También: *Sonsonate. Historia urbana*. Biblioteca popular. DPI. San Salvador, El Salvador. Concultura. Aeci. Agencia Española de Cooperación Internacional. 2000.
- 73 El aporte del doctor Jorge Lemus –premio Nacional de Cultura 2010–, para la compresión y rescate de la lengua nahua, desde los estudios científicos, es grande. Entre sus trabajos se destacan: «Una aproximación a la realidad del indígena salvadoreño», en *Revista Científica*. Universidad Don Bosco. Año 11. No. 12. Abril, 2011. San Salvador.
–Atlas sociolingüístico de pueblos indígenas en América Latina. Unicef/Aecid/Finproeib-Andes. Primera Edic. Cochabamba, Bolivia. 2009 (véase la parte de El Salvador).
–Introducción a la lengua y pueblo pipil (trabajo en progreso, por publicarse en 2011).
- 74 El doctor Rafael Lara Martínez, con sus constantes y acertadas publicaciones sobre la realidad histórica y cultural salvadoreña, pero en ese afán de desmitificar lo contraproducente en lo social, ha sido un importante analista de la cultura nacional; y sus ya consagradas publicaciones son un ejemplo de ello. Entre sus estudios recientes sobresale: *Mitos en la lengua materna de los pipiles de Izalco*

David Hernández,⁷⁵ que ha desarrollado una importante labor investigativa sobre la cultura en el país desde la óptica de la literatura.

En efecto, todos estos profesionales, en los últimos años, han brindado importantes aportes interpretativos sobre la realidad sociocultural del país.

El antropólogo Pedro Ticas, ahora catedrático de la Universidad Pedagógica —que gran parte de su vida así como toda su formación académica la ha hecho en México— ha realizado importantes estudios socioantropológicos que se han publicado, y que conciernen principalmente a la realidad sociocultural de poblaciones urbanas y campesinas, tanto en México como en El Salvador. Sus estudios son variados y su bibliografía es amplia.⁷⁶

en El Salvador. De Leonhard Schultze Jena. Traductor e intérprete: Rafael Lara Martínez. Colección Investigación. Editorial Universidad Don Bosco. San Salvador, 2010.

- 75 El doctor David Hernández ha profundizado en la historia de los pueblos que habitaron lo que hoy es el territorio salvadoreño. Sus análisis son referentes de primer orden para la comprensión del fenómeno; a su vez, son elementos de juicio para profundizar, desde lo científico, en la comprensión histórica y cultural de esos pueblos durante y en las postrimerías de la Colonia, y ya en la época republicana. Véase al respecto: David. Hernández, *Indigene Kultur und nationales Trauma*. Wissenschaftliche Verlag, Berlin, 2000, 210 páginas (*Cultura indígena y trauma nacional*. Editorial Científica de Berlín, 2000, 210 páginas). Quinta Edición, 2009. (Tesis doctoral Universidad Libre de Berlín, Alemania). Este es libro de texto en las carreras especializadas de las universidades de Alemania.
- «El Salvador, modelo por armar». Versión comprimida de tesis doctoral. San Salvador, 2005, Editorial Universitaria. Prólogo de Ramón Rivas, 189 páginas
- «Die deutsche Anthropologie in Mesoamerika». Primera tesis doctoral de David Hernández. Universidad de Hannover, Alemania, 1997. Manuscrito en idioma alemán. («La antropología alemana en Mesoamérica»).
- 76 Véase al respecto: Pedro Ticas, *Prolegómeno de una antropología de la educación salvadoreña*. Universidad Pedagógica de El Salvador. 2007.
- Apuntes sobre historia nacional y actualidad*. Universidad Pedagógica de El Salvador, San Salvador, 2005.
- Jóvenes en proceso de inserción social: una aproximación socioantropológica*. Corte Suprema de Justicia. Universidad Pedagógica de El Salvador, San Salvador, 2003.

No hay que olvidar que la organización de actividades internacionales de importante repunte académico en áreas de la cultura en forma de *simposiums*, congresos y conferencias magistrales ha sido de suma importancia para el actual desarrollo de la ciencia, de lo sociocultural. Por ejemplo: en 1996, y con la coordinación de la antropóloga Gloria Mejía de Gutiérrez, Concultura organizó el *IV Congreso Lingüístico/I Simposio «Pueblos indígenas de El Salvador y sus fronteras»* en San Salvador, los días 25, 26 y 27 de septiembre de 1996.⁷⁷

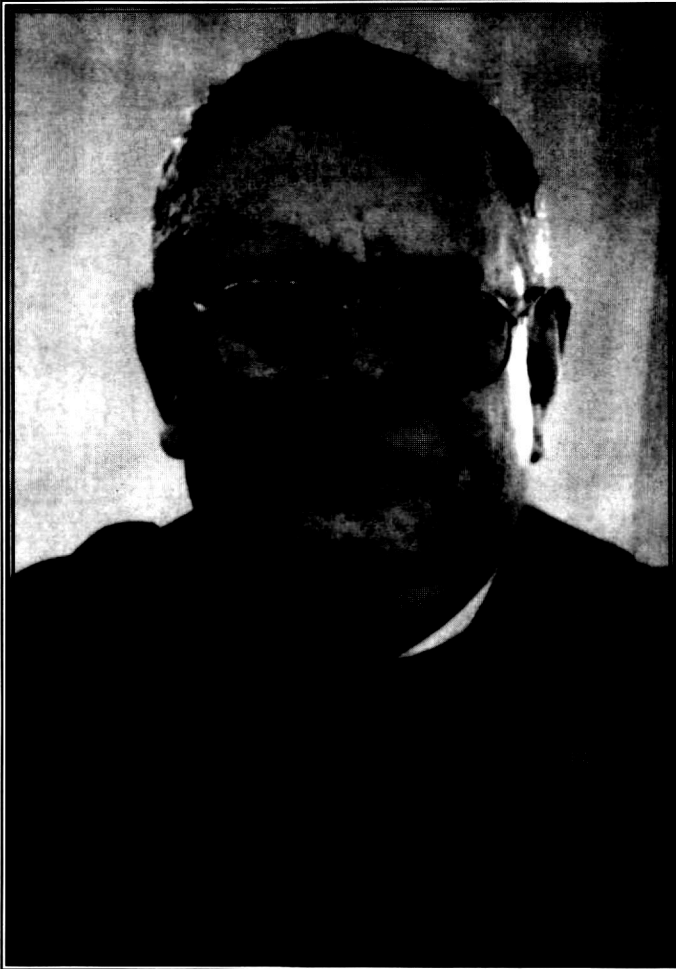
La arqueología es una disciplina que estudia las sociedades a través de sus restos materiales, sean estos intencionales o no. Contrario como muchos creen no es una ciencia auxiliar de la historia, que complementa con documentos materiales aquellos períodos no suficientemente iluminados por las fuentes escritas. Se trata de una ciencia social autónoma, que estudia a los seres humanos a través de su cultura material y psicológica. Tradicionalmente se ha definido la arqueología como el «estudio sistemático de los restos materiales de la vida humana ya desaparecida».

Hay arqueólogos que enfatizan aspectos psicológicos conductistas, y definen a esta ciencia como «la reconstrucción de la vida de los pueblos antiguos».

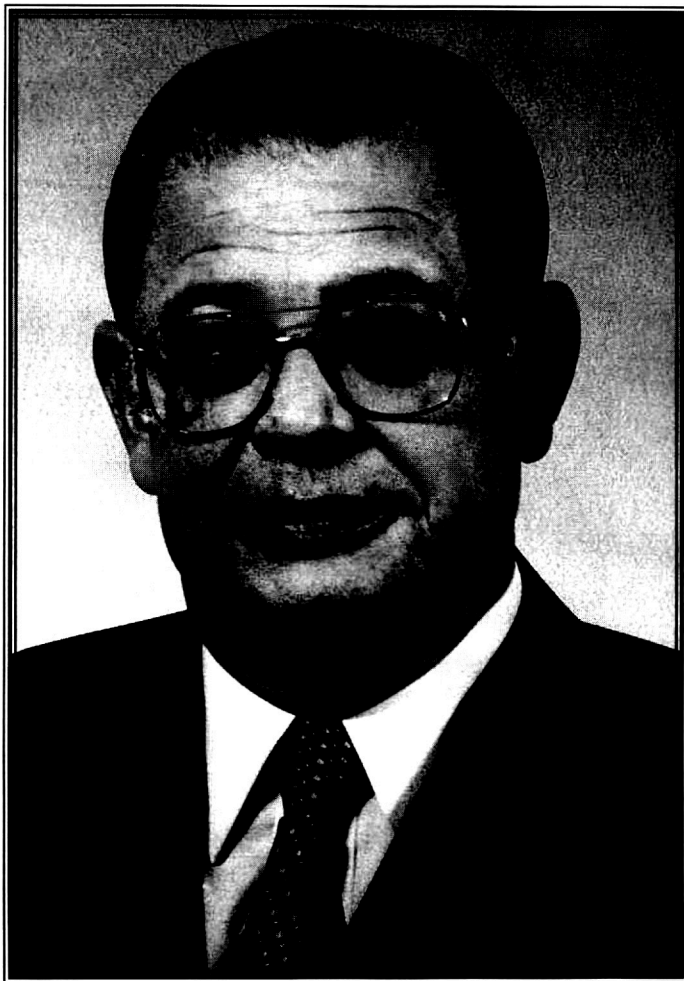
En fin, la arqueología ha estado casi siempre considerada como una disciplina perteneciente a la antropología, y mientras que esta se centra en el estudio de las culturas humanas, la arqueología se dedica al estudio de las manifestaciones materiales de estas.

Pedro Ticas/Yolanda Flores. *Condición sociocultural y jurídica de menores en conflicto con la ley. Región oriental*. Corte Suprema de Justicia. San Salvador. El Salvador. 2001.

77 Véase al respecto: *Memorias*. IV Congreso Lingüístico/I Simposio «Pueblos indígenas de El Salvador y sus fronteras». Coordinadora, antropóloga Gloria Mejía de Gutiérrez, Consejo Nacional para la Cultura y el Arte. Concultura. Dirección Nacional de Promoción y Difusión Cultural. Jefatura de Asuntos Indígenas. San Salvador, El Salvador. Abril, 1999.



Ingeniero José Adolfo Araujo Romagoza
Vicerector de Desarrollo Educativo de la Universidad Tecnológica de El Salvador.



Doctor José Mauricio Loucel,

Rector Vitalicio y Honorario de la Universidad Tecnológica de El Salvador.



Licenciado Carlos Reynaldo López Nuila
Vicepresidente de la Universidad Tecnológica de El Salvador.



*De izquierda a derecha (de pie): Carlos Osegueda, Mario Mata y Guillermo Cuéllar
De izquierda a derecha (sentados): Ismael Sermeño, doctor René Alfredo Portillo
Cuadra, Georgina Hernández y Jorge Colorado.*

Así, mientras los arqueólogos estudian un antiguo instrumento de cerámica como un elemento cronológico que ayudará a ponerle una fecha a la cultura que es objeto de investigación, los antropólogos vemos el mismo objeto como un instrumento que puede servir para comprender el pensamiento, los valores y la cultura de quien lo fabricó. Para muchos de nosotros, los antropólogos, la arqueología es un importante método de investigación, pero a la vez es una ciencia muy particular y de suma importancia. Ahora bien, si se redimensiona el quehacer arqueológico en este país, vemos que este hasta hace poco (10 años) es que se ha institucionalizado en la academia y se institucionalizó en la Universidad Tecnológica de El Salvador.

Y es que a lo largo de muchos años se ha demostrado cierto interés, pero solo por la localización y descripción de los sitios arqueológicos. Arqueólogos de diferentes países han hecho algunas veces realidad su interés, han investigado y han salido del país. Son pocos los estudios que conocemos de ellos. A lo mejor hay más refundidos en bibliotecas del mundo, a lo mejor no. Léase bien: hasta hoy ha existido por parte de los pocos arqueólogos nacionales descripción y localización, y muy poca investigación. Mas grave aún: tengo la fuerte impresión de que algunos confunden la identificación de sitios arqueológicos con investigación, que son dos cosas diametralmente diferentes.

No obstante, en la antropología, así como en la historia, hemos aprendido que la arqueología por medio de su objeto de estudio puede ser una herramienta de primer orden para comprender el pasado, el presente y vislumbrar el futuro. Pero cuando se habla de vislumbrar nos referimos al hecho de dejar de pensar en la arqueología como el estudio de sociedades muertas, lo cual no es del todo cierto ya que la cultura se transmite a pesar de que los autores originarios ya no existan. Por ejemplo: el hecho de que un artefacto encontrado fue elaborado hace 1200 años, eso no implica que hay una discontinuidad cultural, sino que el objeto puede ser una fuen-

te primordial para la configuración de estructuras mentales en la actualidad, que como tal muy bien puede ofrecernos elementos de juicio para ir conformando una identidad sustentada con raíces que este elemento cultural; ya sea un sitio arqueológico, o simplemente lo que un objeto encontrado puede brindar.

Me gustaría que este análisis nos llevara a ver la necesidad de estructurar una interpretación teórica fuerte y consistente que articule el pasado en función del presente y el presente en función del pasado, y que, a la vez, se ligue con el futuro. En otras palabras, lo que quiero es procurar rebasar aquella visión sincrónica que se tiene del patrimonio *si qua* cultura.

La antropología me ha enseñado que para el aprendizaje de la arqueología es imprescindible disponer de una visión más dinámica y diacrónica de los estudios arqueológicos. El presente no puede tener sustento sin el pasado, de ahí la importancia de estructurar una forma de conocimiento que no solamente describa —como ya nos hemos acostumbrado, y, es más creemos que eso es investigación— sino que a su vez haga suyo el análisis para así disponer de los elementos que van a generar el conocimiento.

Pero un hecho de singular importancia en el quehacer antropológico nacional se presenta⁷⁸ cuando, en el año 2000, la Utec hace realidad la gestión que venía realizando desde hacía tres años para conformar lo que sus autoridades denominaron «la institucionalización de las carreras de la cultura», oficializando, así, el Ministerio de Educación, las licenciaturas en Antropología, Arqueología e Historia; un acontecimiento único en la historia académica del país. El doctor José Mauricio Loucel, rector de la Utec, apoyado por el licenciado Carlos Reynaldo López Nuila, entonces rector adjunto, el ingeniero José Adolfo Araujo Romagoza, vicerrector

78 Los antropólogos Carlos Benjamín Lara Martínez y Ramón Douglas Rivas, pero sobre todo el primero, tendrán un papel muy importante en la conformación de la licenciatura en Antropología Social y Cultural en la UES.



Acto de graduación: El doctor Ramón Rivas presidiendo discurso de graduación. Atrás, de izquierda a derecha, Ing. Nelson Zárate Sánchez, (en la actualidad Rector de la Utec), Lic. Rafael Rodríguez Loucel e Ing. Lorena Duque de Rodríguez.



Doctor Manuel de Jesús Galdámez

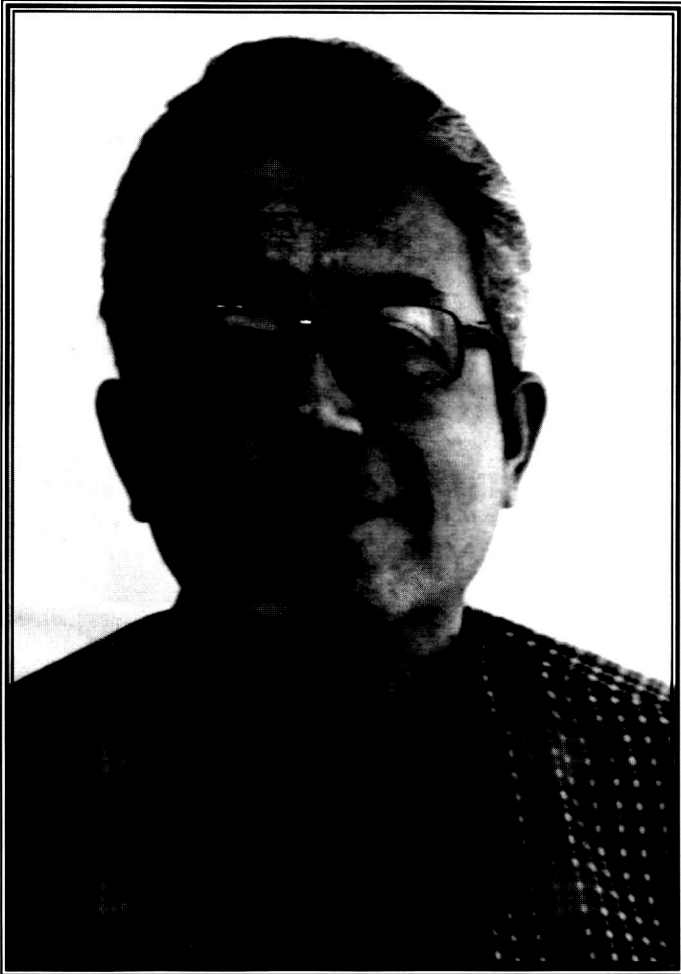


Proyecto restauración y puesta en valor del sitio arqueológico e histórico Ciudad Vieja.

De izquierda a derecha: Arqueólogo William Fowler, Antropólogo Ramón Rivas y Arqueólogo Roberto Gallardo.



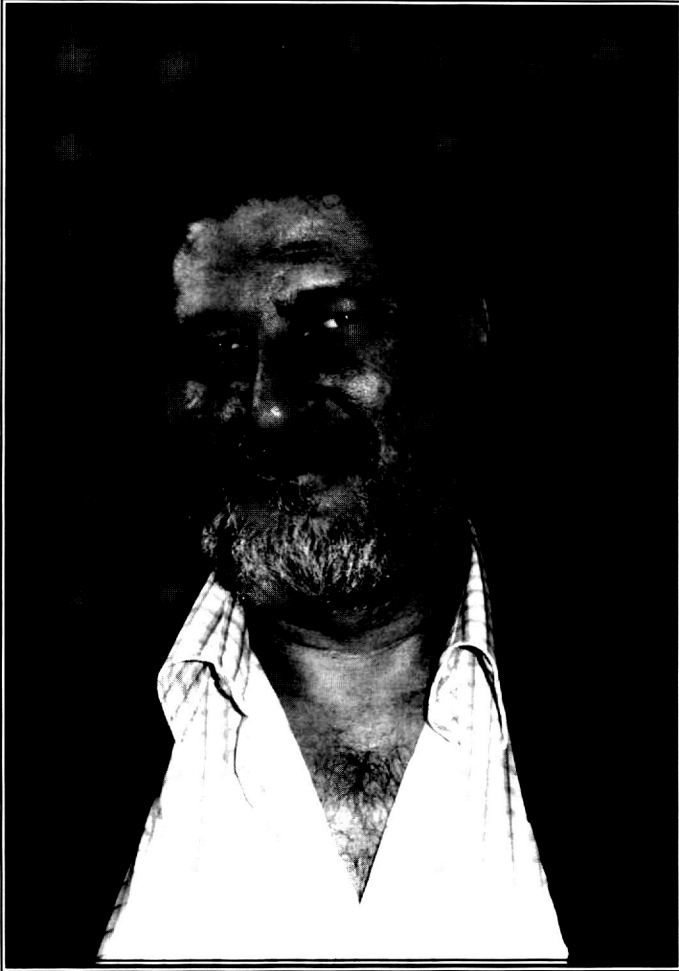
Al fondo estudiantes de arqueología de la Universidad Tecnológica de El Salvador, en tareas de restauración.



Arqueólogo José Vicente Genovés



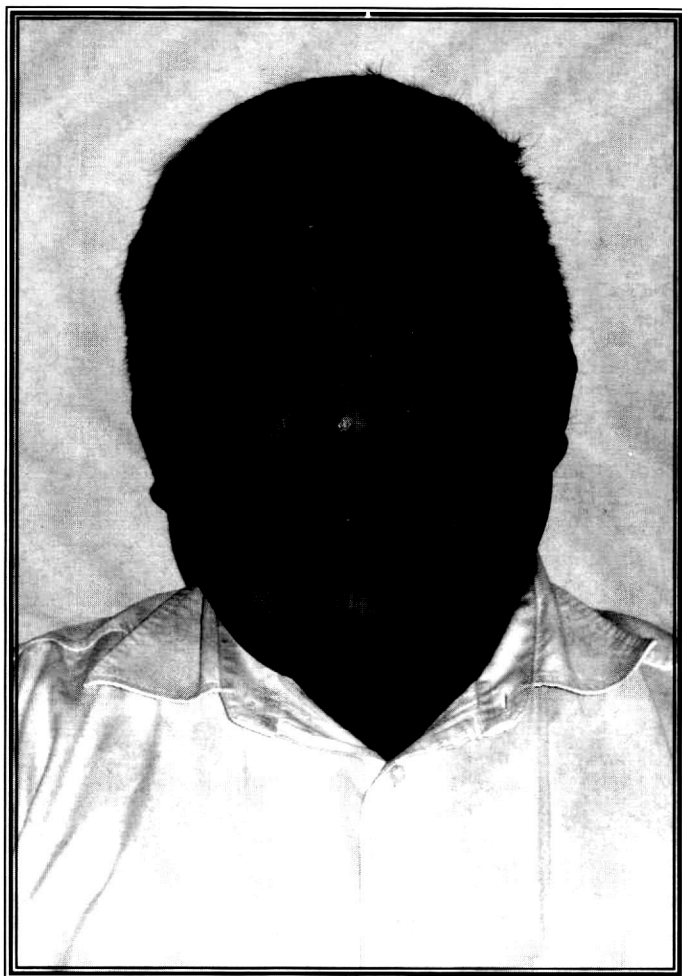
Antropóloga Lorena Cuerno Clavel



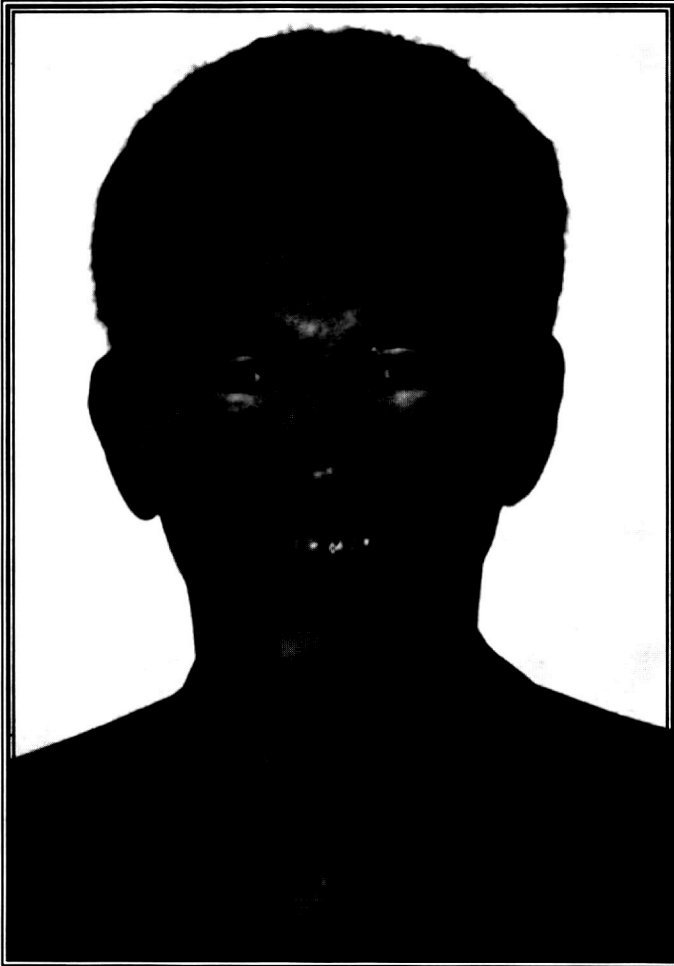
Antropólogo Carlos Benjamin Lara Martínez



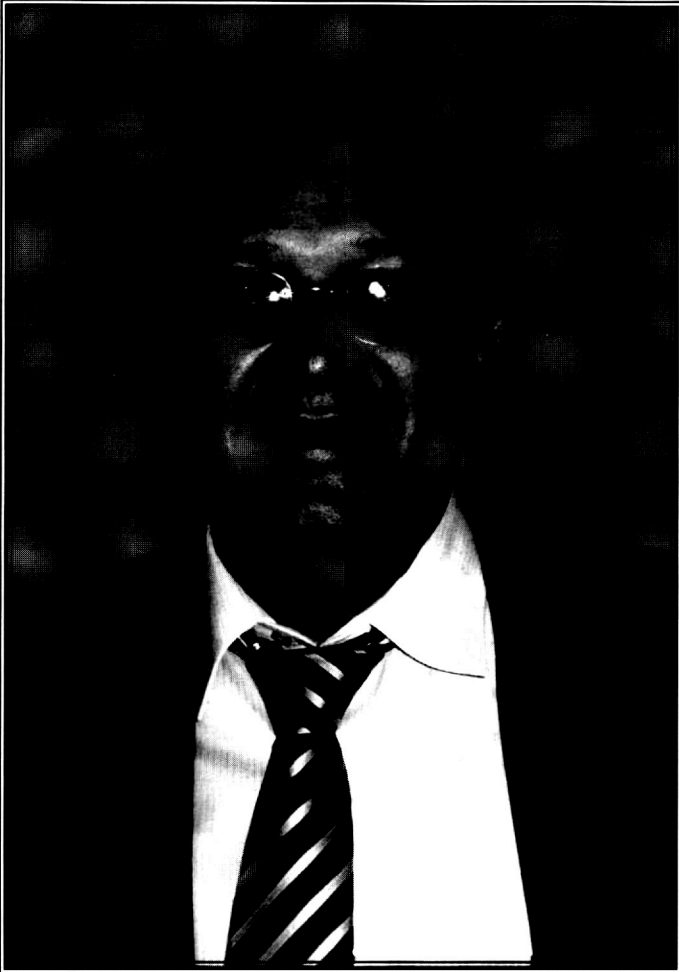
Antropólogo Hugo de Burgos



Lingüista y Filólogo David Antonio Hernández Santos



Lingüista Rafael Lara Martínez



Lingüista Jorge Lemus

de Desarrollo Educativo, y el doctor Manuel de Jesús Galdámez, investigador de la universidad en ese entonces, sin ser antropólogos, pero conscientes de la necesidad de estudiar estas ciencias en el ámbito nacional, inician estas carreras con un modesto equipo de docentes y bajo la asesoría del antropólogo Ramón Douglas Rivas, por el departamento de Antropología e Historia; y el arqueólogo Vicente Genovés, por la parte de Arqueología. Antropólogos, arqueólogos e historiadores de Estados Unidos, México, España, Costa Rica, Japón, y salvadoreños formados en universidades de México y Holanda, serán los primeros que van a iniciar con la formación de los futuros profesionales en esas «carreras de la cultura».

En el 2005, la UES inicia la carrera de Antropología Sociocultural;⁷⁹ y, en septiembre 2006, la Utec gradúa la primera promoción de seis antropólogos, dos arqueólogos y un historiador, que habían iniciado su carrera en el año 2000. Los nuevos profesionales se convierten así en los primeros académicos en la historia de este país que culminan sus estudios en forma satisfactoria en estas especialidades.

Los antropólogos son: Mario Mata, Georgina Hernández, Guillermo Cuéllar, Jorge Colorado, Ismael Sermeño y Carlos Osegueda. Cada uno enfocado en su propio campo en el estudio de la cultura nacional, son ahora un grupo de profesionales que, a lo largo de años de estudio, han culminado con importantes

79 La inauguración de la institucionalización de la licenciatura en Antropología Sociocultural estuvo a cargo de la entonces rectora, doctora María Isabel Rodríguez, y demás autoridades universitarias. El licenciado Carlos Benjamín Lara Martínez y yo recibimos diplomas de reconocimiento por haber contribuido y hecho posible la creación de tan importante carrera. Hay que reconocer que el licenciado Lara Martínez, con su empeño y dedicación, en ese entonces, al trabajo de investigación y docencia en la UES, tuvo un papel primordial para su creación. Interesante es de recordar la presentación del plan de estudios de la carrera que hicimos con Lara Martínez a las honorables autoridades y docentes de la Facultad de Humanidades. Tuve la fuerte impresión de que solo el entonces decano, licenciado Pablo Castro, mostró interés.

tesis, todas enfocadas en tópicos de la realidad nacional que la antropología nos ofrece como en un mosaico interesante; pero que el fin único es el estudio del ser humano salvadoreño inmerso en la sociedad y la cultura. La tarea es encontrar las respuestas a esos hechos que imposibilitan el funcionamiento y desarrollo del mismo ser humano en su sociedad y cultura, y para lograrlo hay que dejarse de mezquindades; y no hay que olvidarse de que la antropología es holística.

Otro aspecto importante, al hacer un recuento histórico de la antropología en El Salvador, es el hecho de que el 23 de junio de 2006 la Utec inaugura el Museo Universitario de Antropología –conocido por sus siglas como MUA–, primera instancia cultural de esta clase en el país. Este significativo acontecimiento fue inaugurado por la entonces ministra de Educación, licenciada Darlyn Xiomara Meza, y por las autoridades universitarias. El museo abrió sus puertas al público el día 4 de julio de aquel mismo año. De acuerdo con el doctor Loucel, rector de la Utec, «el museo está dirigido principalmente a la comunidad universitaria, docente y estudiantil, ya que forman parte de su entorno inmediato y que constituye el público más cercano al museo, tomándolo como un referente inmediato de la cultura nacional».⁸⁰

Para darle seguimiento a este importante proyecto, en el 2005 se comisiona a Ramón Douglas Rivas, antropólogo y entonces director de la escuela de Arte y Cultura de la Utec, como director del proyecto. Rivas había trabajado anteriormente en instituciones de divulgación cultural internacionales, como el Museo del Trópico en Ámsterdam (The Royal Tropical Institute), y más recientemente en Concultura, específicamente de 1999 a 2000, en la curaduría de las colecciones para la exposición permanente del nuevo edificio del Museo Nacional de Antropología «David J. Guzmán», que fue inaugurado en octubre de 2001.

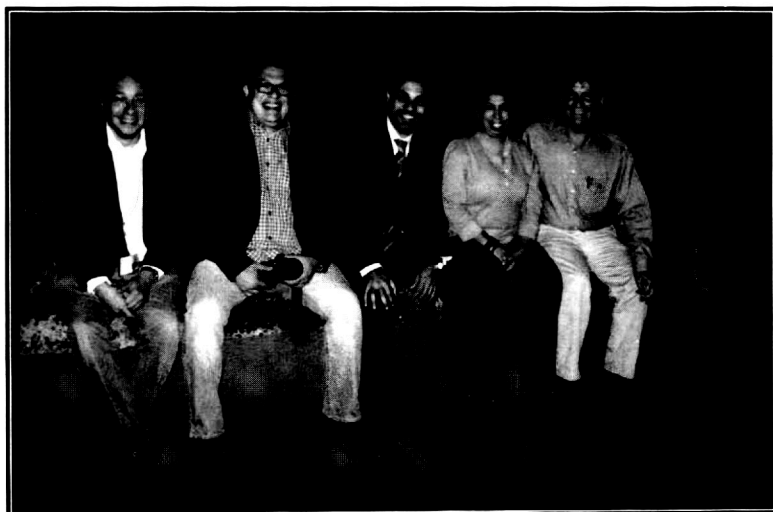
80 Entrevista del autor con el señor rector de la Utec, Dr. José Mauricio Loucel.



Museo Universitario de Antropología, MUA, Universidad Tecnológica de El Salvador.



De izquierda a derecha: Tomás Barrientos, Coordinador de la Carrera de Arqueología, Universidad del Valle, Guatemala. Jorge Colorado, Ramón Rivas y José Heriberto Erquicia.



De izquierda a derecha: Jorge Colorado, Marlon Escamilla, José Heriberto Erquicia, Marielba Herrera y Paul Amaroli.

Pero ya en la Utec, el diseño de los guiones de las exposiciones permanentes y museografía del MUA, Rivas reúne a un selecto grupo de técnicos especializados en la producción, diseño y montaje de exposiciones museográficas. Dicho grupo estuvo compuesto por el arquitecto y museógrafo José Óscar Batres, el arquitecto Eduardo Góchez, el museólogo Jorge Natividad Mejía Rivas y el técnico museógrafo Leonardo Regalado; a este le correspondió realizar ilustraciones y desarrollar temas correspondientes a la exhibición permanente.⁸¹

La edición de la revista *El Salvador investiga*,⁸² por parte de la Dirección Nacional de Promoción y Difusión Cultural de Concultura, se constituye en un hecho importante en el país. Esta publicación que fue semestral, en cuatro años editó siete números, vino a reforzar el conocimiento de importantes tópicos en la antropología, la arqueología y la historia nacional. La Revista de Museología *Kóot*, edición semestral del Museo Universitario de Antropología de la Universidad Tecnológica de El Salvador, es ahora un importante órgano de difusión científica que desde la museología aborda importantes temas de historia, arqueología, antropología y naturalmente de museología.

Ahora bien –y para concluir–, es importante señalar que, ante este panorama histórico, la dificultad a la hora de reconstruir la historia de la antropología en El Salvador estriba en que, a pesar del volumen de información que existe en bibliotecas y otros centros documentales fuera de las fronteras patrias, no se ha establecido unidad sobre teorías, enfoques o estrategias de investigación, sino que ha dependido de los temas que cada autor ha considerado de interés, por lo que no se puede hablar de una historia de la antropología, de

81 Véase al respecto: Museo Universitario de Antropología, MUA. Universidad Tecnológica de El Salvador. *Catálogo*. Septiembre, TecnoImpresos. San Salvador. 2008.

82 Esta importante revista apareció durante la gestión de don Federico Hernández Aguilar (2005-2009), como presidente de la entonces Concultura,

una época histórica o de una corriente de pensamiento; y eso vale también para la arqueología y, a lo mejor, hasta para la historia.

REFLEXIONES FINALES

Por muchos años, en El Salvador, la antropología y la arqueología eran tema solo para investigadores extranjeros, universidades o instituciones gubernamentales y no gubernamentales de países desarrollados que encontraban en esta región mesoamericana un sitio perfecto para conocer sobre nuestros ancestros, conocer la cultura de nuestros antiguos habitantes o para poner en práctica sus conocimientos, teorías o hipótesis relacionadas con la antropología y la arqueología de nuestros países.

Aunque la antropología en El Salvador es una ciencia de reciente institucionalización, puedo asegurar, con el precedente que ese deseo por conocer y describir a ese *otro*, que en este país inició desde hace ya varios siglos, con investigadores principalmente extranjeros –viajeros– y luego nacionales, que con mucha formación y tendencia europea heredaron grandes conocimientos sobre nuestra cultura.

Pero, en esta recapitulación, a lo que quiero referirme y recalcar es, en concreto, a tres aspectos que considero de suma importancia para su análisis:

1) La necesidad, en nuestro país, de crear políticas públicas que protejan nuestra cultura con sus máximas expresiones tangibles e intangibles. Urge tomar como punto de partida a las poblaciones indígenas, que, si bien es cierto los pueblos que aún persisten son poblaciones campesinas con una fuerte tradición indígena, aún conservan muchas y variadas formas ancestrales de su cultura originaria dignas de aprovecharse, para el buen desarrollo del país y la sana convivencia. 2) El fortalecimiento y la promoción de las carreras de Antropología y Arqueología en las actuales y futuras

generaciones. 3) El rompimiento de paradigmas mezquinos que impiden el avance del conocimiento científico y que den paso a la integración de ese conocimiento.

El primer punto consiste en impulsar una política pública que empiece por crear leyes que protejan y promuevan la cultura tangible e intangible de nuestro país.

En ese sentido, aquí entendemos como política pública al conjunto conformado por uno o varios objetivos colectivos considerados necesarios o deseables y por medios y acciones que son tratados, por lo menos parcialmente, por una institución u organización gubernamental con la finalidad de orientar el comportamiento de actores individuales o colectivos para modificar una situación percibida como insatisfactoria o problemática.

Desde ese enfoque, considero que todos los sectores sociales y de la academia misma debemos impulsar acciones que permitan, en primer lugar, tener una ley de patrimonio cultural efectiva, moderna y con suficiente poder coercitivo para que castigue a cualquier persona o institución que viole el patrimonio cultural de nuestro país.

Asimismo, urge crear políticas públicas que promuevan nacional e internacionalmente las culturas vivas originales, pero también el patrimonio arqueológico de nuestro país. Hay mucho por conocer, investigar y promover en El Salvador; debemos romper el espejo y conocer –sin mitos– a los pueblos indígenas; pero también los sitios arqueológicos que son de gran interés para investigadores que buscan conocer la cultura de los nuestros antepasados.

El segundo punto está relacionado con la necesidad de fortalecer y promover en las actuales y futuras generaciones el estudio de la antropología y la arqueología, que parte de la realidad de que la falta de educación orientada a hacer conciencia de la importancia del

pasado cultural y el presente hace que muchos salvadoreños no le concedan el valor que dicha educación tiene para conocer de dónde venimos, quiénes somos y para dónde vamos.

Es lamentable que en el país existan muy pocas universidades que posean la carrera de Antropología para generar conocimiento sobre los temas antes señalados, que son de gran importancia para interpretar los orígenes sociales de nuestra cultura. Si tan solo lográsemos ubicar a la antropología y la arqueología como disciplinas científicas de investigación histórico-cultural, entonces será mucho más fácil conocer los antecedentes de nuestra nación, los cambios históricos e ideológicos de nuestra idiosincracia y el conocimiento de las raíces de nuestra patria.

Al igual que en otros estados del área centroamericana, he observado que el estudio de la antropología y la arqueología afronta serios problemas en su enseñanza, ya que los estudiantes tienen poco acceso a la alta tecnología para realizar sus estudios; poco acceso a una bibliografía actualizada; reducidos espacios de publicación de sus investigaciones; nulo debate como mecanismo de avance en el desarrollo de la disciplina y poca difusión para generar interés en otros jóvenes. A esto se suma la necesidad de generar investigaciones más explicativas por parte de los actuales investigadores, sometidas a debate y corroboración, que solo podrán ser realizadas si se actualiza y reorienta la enseñanza.

Ante todo esto, considero que se debe incorporar a los estudiantes a las diversas actividades que se realizan, tanto en la academia como por parte de instituciones público-privadas que trabajan en lo cultural, a fin de que estos participen activamente y así se consolide el aprendizaje y formación de los nuevos profesionales de estas especialidades.

El tercer punto, está basado en la necesidad de romper paradigmas mezquinos que de una u otra forma están impidiendo el avance

del conocimiento científico, y que no dan paso a la integración de nuevas investigaciones.

En este punto quiero referirme a la necesidad de generar más cohesión en el trabajo de todos los antropólogos y arqueólogos que, de una u otra forma, estamos haciendo investigaciones en este país. Considero que no podemos seguir creando feudos entre antropólogos y arqueólogos para encapsular el conocimiento antropológico.

Ni el antropólogo, ni el arqueólogo, deben verse a sí mismos, ni permitir que la comunidad los mire, como los investigadores de temas y situaciones estériles, sin importancia para el presente y para el futuro de la sociedad. Es necesario que sus investigaciones y sus resultados sean difundidos a la comunidad, pues una comunidad arqueológica aislada no contribuye al desarrollo de la antropología, ni mucho menos a la misma arqueología en su función social.

En estos tiempos en que todo es globalización; en que se han roto los tejidos sociales de nuestras sociedades; en que nadie sabe qué futuro vendrá, es de importancia romper con un pasado oscuro y de silencio en el ámbito antropológico y arqueológico. Debemos ser críticos y aprovechar coyunturas para transformar aquella forma de enseñar que no sirve; para nada y así proteger nuestra cultura, esa cultura que la mayoría de las veces no conocemos por medio de políticas públicas que tengan la participación y el consenso de todos.

En fin, mi opinión es que la enseñanza y el buen aprendizaje de la cultura deben basarse en una colaboración efectiva entre especialistas de múltiples disciplinas. Exige también la cooperación de las instancias de la administración, de investigadores, de empresas privadas y del gran público. Entonces tenemos que involucrarnos en este apasionante tema en el que ya estamos trabajando; y ese es el estudio y comprensión del ser humano, de ese ser humano

salvadoreño, por medio de las herramientas metodológicas que nos proporciona la antropología.

Y es que a casi medio siglo de haberse institucionalizado la antropología en Centroamérica, aún hace falta su consolidación en las nuevas generaciones de científicos formados en otras profesiones de las ciencias sociales. En otras disciplinas, muy poco se sabe o se valora sobre la importancia y alcance de la antropología social y cultural en nuestras sociedades. ¿Por qué será? Salvo en Costa Rica y en Guatemala, que sus antropólogos ofrecen publicaciones sobre variados temas, es evidente que, exista una limitación en la producción y difusión de estudios antropológicos. Pareciera que la antropología es desconocida entre las múltiples instituciones de nuestros países. Y es por ese desconocimiento de la utilidad y alcance de esta ciencia que constato también que los antropólogos que formamos, debido a la escasez, se tienen que ubicar en otras actividades; y esas son grandes limitaciones para el desarrollo de dicha ciencia. Los espacios laborales son pocos. Así mismo, constato también la escasez de buenos profesores, de buenos académicos, que no repitan los errores de sus antecesores, muchas veces errores de carácter formativo.

Se necesita conocer más a fondo sobre procesos sociales relativos a las identidades, la violencia, las instituciones, mestizaje, políticas culturales, globalización y transculturización. Pero de hecho se presentan mas fenómenos sociales, muchos más, que nos confrontan y nos tocan a todos, y muchos de estos fenómenos son parte de nuestra vida diaria.

Y es que a todos nos metieron al tren de la globalización, y muchos no estábamos preparados, y de ahí las consecuencias sociales y culturales y en todas sus dimensiones de hoy. ¿Qué pasa ahora con los pueblos culturalmente diferenciados, los indígenas? ¿Qué pasa con los campesinos?, ¿Qué pasa con los jóvenes? Muchos nos estamos enfocando a la antropología urbana. Eso

es necesario, pero no debemos olvidar y preguntarnos ¿qué pasa con los indígenas y sus comunidades? En coordinación con ellos, con los indígenas, y digo en coordinación pues muchas de sus comunidades ahora ya disponen de profesionales propios y competentes. Pero claro está que nosotros, los antropólogos, en nuestro medio, es decir, en la sociedad que nos rodea, debemos estudiar al mismo tiempo muchos problemas tales como la realidad y los efectos de la drogadicción; el problema de la gobernabilidad, la violencia, ese sentimiento de «democracia» que se tiene en la sociedad actual; problemas de multiculturalismo y de la segmentación de la vida social. No nos olvidemos que en este mundo globalizado vivimos, por un lado, la segmentación de la vida social en distintos grupos y subgrupos. La migración ha desintegrado familias, caseríos, cantones, villas, pueblos, y hay que ver lo que sucede en las grandes ciudades.

Se constata una enorme brecha social, cultural y tecnológica entre los jóvenes, y los adultos y porqué no, hasta en la forma de ver la vida. Y ello conlleva situaciones nada agradables para el buen convivir. La cultura juvenil tiene problemas sintomáticos: el problema evidente de la alimentación cultural. La globalización y ahora las mismas sociedades y culturas en donde nosotros vivimos son víctimas de ello. Son sociedades en donde no nos conocemos, y hacemos las cosas y convivimos y actuamos como sonámbulos, que es casi lo mismo que estar muerto. Si uno se pone a criticar diría que hace falta todo, que lo que se ha hecho es poco y que falta mucho para consolidar a escala local, nacional e internacional. Sin olvidar que la proyección social comunitaria es de suma importancia en la obtención de conocimientos del otro. Pero para conocer a ese *otro* es necesario, en nuestra ciencia, participar y observar. Pero, en muchos casos, hasta de ese requisito para poder hacer una verdadera antropología nos están alejando.

Vivimos en la cultura del ajetreo. Hay que hacer las cosas corriendo, lo que muchas veces no te permite reflexionar bien sobre lo que

estas estudiando, ni mucho menos sobre cómo estas estudiando ese fenómeno que te interesa. Y a lo mejor los resultados son vitales para saber el porqué las cosas funcionan como funcionan en cierta comunidad. La interacción con comunidades y con instituciones es de suma importancia para esta disciplina. No podemos hacer antropología desde el escritorio, ni mucho menos podemos enseñar antropología si no hay trabajo de campo. Las sociedades y sus culturas se transforman todos los días; en 15 años hemos visto suceder mucho, y aún trabajamos algunos temas de entonces. Pero a lo mejor de ello solo quedó lo que llamamos «el cascarón», pues el contenido cambió. Considero que es importante, ante los cambios que se han dado en estos últimos tres quinquenios referidos, ver sobre qué bases culturales se debe y/o se puede trabajar con las comunidades.

Una perspectiva de esta naturaleza puede también hacer viable el futuro de integración centroamericana, sobre todo si se parte de que ahora todo mundo habla de integración. Es decir, la integración centroamericana podría basarse sobre criterios de participación —entendida esta como gobernabilidad—, de democratización, de compartir quehaceres culturales; o sea, de mostrar las diferencias, etc, de búsqueda de ideas comunes, sobre la base de que estas han existido y siguen existiendo. Y me refiero aquí a esa serie de particularidades sociales y culturales de los distintos países.

No debemos olvidar que los que estamos aquí, hemos sido formados en una ciencia que estudia y analiza los fenómenos sociales y culturales contemporáneos no como hechos estáticos y definitivos, sino como partes de un proceso. Solo estudiando los procesos de cambio en los diferentes aspectos de nuestras complejas realidades social, económica, política-ideológica, podremos comprender mejor la situación en la que nos encontramos, y así poder explicar, en algunos casos, nuestras transformaciones socio-culturales e históricas, tan necesarias para entender el presente.

Un tema que en lo personal me gustaría que se abordara más y desde una antropología histórica es; ¿cuál ha sido el impacto del nacionalismo en los centroamericanos? Con ello es importante ver la proyección del Estado en cada uno de nuestros países. El Estado ha dejado mucho que desear en lo referente a esos aspectos —nacionalismo y espacios públicos—, lo que naturalmente ha trastocado la cultura. Por ejemplo, pienso en el caso de las fiestas patronales. No importan dónde. Pueden celebrarse allá en los caseríos, en los cantones, en los pueblos y en la gran ciudad. En esas fiestas es donde hay interacción de diferentes grupos y clases sociales, en donde se da cierto sentido de comunidad. Eso se está perdiendo y casi no se ha estudiado, por lo menos en El Salvador; o si se ha hecho, es muy poco.

Todo mundo se ha enfocado a estudiar lo que se ve, lo que resalta. Si no solo fijémonos en los lemas que han encabezado cada congreso; cosa que no es mala. Pero la cuestión es que —y lo hecho de menos— no se han formado círculos de debate y de complementarización entre las áreas económicas, políticas, culturales y sociales de los fenómenos. No hay interacción entre nosotros los antropólogos, cada quien trabaja en su feudo y en su dominio, y cada quien lleva a sus allegados al estudio de esos temas. Esto provoca una parcelización del conocimiento, lo que no permite complementarlo y debatir sobre otros enfoques del fenómeno de estudio. Debatir sobre teorías y su posible aplicabilidad.

En la historia de la antropología en Centroamérica es notoria la ausencia de redes de antropólogos que estén estudiando un mismo fenómeno —Se ha abordado el tema en los muchos encuentros y hasta se ha hablado repetidas veces de unificar algunos pensum, sobre todo en asignaturas básicas, pero no existe el debate entre los colegas de los diferentes países. Y esto —a lo mejor parezco pesimista en como lo voy a manifestar— pero considero que es el producto de una visión aldeana de rivalidad el hecho que cada quien cree que trabaja de la mejor forma y que lo hace mejor. In-

cluso se puede hablar de una contaminación por un nacionalismo académico. Y esto se da a escala de países, e incluso, casi siempre, en los mismos países.⁸³ Es necesario que desde las universidades públicas y privadas se promueva la continua actualización de profesionales con la invitación de académicos de renombre que lleven a remozar y actualizar la disciplina antropológica. Entre todos los presentes hay gente con mucha experiencia en docencia e investigación. Hagamos un inventario y empecemos a rotar por los diversos centros de formación de antropólogos. Hay que ver nuevas estrategias pedagógicas, se deben de estudiar y analizar para que rescaten la visión del otro. La historia oral es fundamental.

En nuestras sociedades hemos llegado a la invisibilización del otro, inmersos en la cultura del yo: yo universidad, yo de este departamento de antropología y yo con este tema de investigación. Y punto. Es más: yo experto.

La interacción entre el profesional y los medios de comunicación es fundamental para intentar llevar el conocimiento a un gran público que no sea el académico y así lograr que el impacto del conocimiento sea mayor. Cuestiones de edición, producción de videos, programas de radio, de televisión y entrevistas, entre otras, son fundamentales en la sociedad de la información actual. Esto, como ustedes muy bien lo saben, contribuye a la democratización del conocimiento y a la formación de conciencia.

Lo que lo motiva a uno a ir a un congreso es el poder compartir el producto de las investigaciones con otros colegas, presentar nuevas temáticas de estudio ante la comunidad científica regional, aparte de que es fundamental en la proyección personal académica. No obstante, se constata que, en la actualidad, hay

83 Para una referencia completa de este tema véase, Ramón D. Rivas. Comentario a la conferencia de Margarita Bolaños Arquín. En, Gabriel Asecencio Franco (editor) *La antropología en Centroamérica. Reflexiones y perspectivas. Red Centroamericana de Antropología*. Universidad de Ciencias y Arte de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México. 2010. Páginas 75-83.

influencia de modas e influencias académicas. Lo que no está mal; pero la cuestión es que si nos insertamos en las modas no se llega a dominar a cabalidad ni la teoría ni la metodología para abordar esos temas, lo que nos lleva a caer en ambigüedades en el uso de ambos elementos investigativos.

Por ejemplo, hoy todo mundo estudia las migraciones. Pero yo me pregunto: ¿desde qué perspectiva antropológica? Pero, además, no hay que olvidar que los procesos en los que nuestros países están inmersos son muchos y, en la mayoría de las veces, cruciales para la sobrevivencia de la gente, y, por lo general, para la gente más pobre. Por eso, la antropología, con todo ello, y sus profesionales, deben de ir a pasos agigantados para lograr entender los fenómenos. Pero en muchas áreas cruciales de la investigación —y que se requiere de estudios urgentes— muchas veces no hay profesionales capacitados. Pero hay más: casi nunca, se «criollizan» las propuestas teóricas al ámbito nacional. En otros casos —y eso es grave también— los estudios antropológicos carecen del engranaje teórico y metodológico.

El reto de los profesionales en la antropología es construir o adaptar las propuestas teóricas al ámbito nacional. ¿Sucede esto? En el mejor de los casos, sería primordial construir herramientas metodológicas y teóricas propias, y ya no copiar. No es malo eso, pero sí debemos de tener cuidado con las influencias. Pero, ¿se adapta todo ese conocimiento a todas las realidades posibles?

La endogamia académica en muchos de nuestros países no es buena. Se necesita de una continua actualización de los conocimientos por parte de los académicos destacados. Pero, ¿qué sucede? Muchas veces los presupuestos no alcanzan para ello. Hay que ver muchas de las bibliotecas en nuestros países, estas están con muy poca bibliografía. La otra cuestión es que en áreas especializadas no se encuentran los docentes requeridos.

En este recuento histórico de los congresos constato que el trayecto es largo. El reto de ahora es comprobar si los estudios que hemos venido haciendo han servido de algo, si han trascendido. Naturalmente que sí. El tiempo lo dirá. A lo mejor ya hay frutos pero no los vemos. El reto es trascender de los estudios que ya hemos emprendido, o si no conviene continuar con ellos —en caso de que la sociedad no los requiera—. Pero es necesario visualizar periodos más contemporáneos con una perspectiva mayor; como por ejemplo, en temas como género y de allí, abordar aspectos como violencia, equidad, edad, grupos subalternos, minorías, historia ambiental, historia de la ideas, migraciones, etc. Lo que quiero decir es que a lo mejor hemos estudiado aspectos generales de un fenómeno, y ahora lo que toca es desmenuzarlo y estudiar las partes de este sin dejar de ver que las partes son complementos del todo.

No obstante, es evidente que en algunos casos hay un gran trillamiento de temas, y nos olvidamos que en muchos casos hay que hacer uso de otras herramientas científicas. Muchas veces abordamos fenómenos y no profundizamos en ellos; queremos ir a la vanguardia con las nuevas tendencias teóricas y nos olvidamos que en las viejas o clásicas teorías hay fundamentos de juicio valederos que aún podemos utilizar. Por ejemplo, hemos dejado solo a los historiadores el estudio de la construcción de los Estados y de las identidades nacionales. Cuando para nosotros los antropólogos, si hablamos de identidades, es importante saber este tipo de teorías —sociales—, y con ello quiero decir que no solo debemos irnos a estudiar el fenómeno de la «identidad o las identidades» como tal.

Si estudiamos con profundidad un fenómeno auxiliados de otras herramientas metodológicas tendremos una idea global del fenómeno. Por ejemplo, muchas veces falta ver cómo ha sido propagado el concepto de nación y cómo se ha adaptado; y aquí no solo tienen que ver los historiadores, sino que también con nosotros los antropólogos. En algunos estudios se constata que nosotros los antropólogos nos estamos acostumbrando a estudiar a las pobla-

ciones actuales, pero nos olvidamos de la historia. Lo sincrónico prevalece en lo diacrónico.

Felizmente, por lo menos yo no he constatado entre nosotros los antropólogos centroamericanos que en los congresos se conformen mesas cerradas integradas por colegas que lleguen a leerse entre ellos mismos y no permitan la ingerencia de nuevas generaciones, de nuevas temáticas y de nuevos períodos de estudio. En otras disciplinas de las cuales nos auxiliamos los antropólogos si lo he corroborado. Ojala que sigamos así.

Pero, eso sí, en muchos de nuestros países —salvo algunas excepciones— el quehacer antropológico esta desvinculado de la realidad social y de la interacción comunitaria e institucional; muchos somos buenos en teoría pero no en trabajo de campo. Pero la pregunta es: ¿Por qué las cosas no se hacen como se deben hacer? Aquí no es que me quiera curar en salud, pero hay factores endógenos y exógenos que limitan las buenas intenciones.

Habría que preguntarnos también ¿qué tan buenos son los cateóricos de antropología en Centroamérica? ¿Qué tanto motivamos a los estudiantes a incursionar en nuevas temáticas o estudios que hacen falta? Es importante preguntarnos si los estudiantes tendrían posibilidades de estudiar una especialidad en el extranjero. Eso influye en la formación y, por ende, en el quehacer antropológico. Urgen postgrados de calidad; y todo esto pasa por limitaciones de tipo presupuestario. Y volvemos a lo mismo.

Claro debe de quedar sobre la necesidad de una mayor formación interdisciplinaria de los profesionales en el campo de las ciencia sociales y en concreto de la antropología. Si de verdad se quiere un desarrollo mayor de las disciplinas académicas, es necesario la apertura de espacios laborales; y para eso debemos trabajar nosotros como antropólogos. Es notorio la falta de conocimiento por parte de la sociedad de la importancia y trascendencia que tiene esta ciencia.

Arqueología en El Salvador:

Recorrido histórico y descriptivo





Para el estudio y comprensión del ser humano, la antropología se complementa con tres herramientas claves como son: la arqueología, la lingüística y la historia. Estas tres ciencias son métodos de estudio en la antropología y sin ello, ese deseo e interés por saber del *otro* en tiempos pasados y presentes sería imposible. Si vemos el caso de El Salvador, ese deseo por conocer quienes fueron y como vivieron los pueblos prehispánicos que habitaron esta parte, que hoy conforman nuestra geografía nacional no es de reciente data, como lo atestiguan referentes bibliográficos,⁸⁴ dispersos en archivos, bibliotecas y documentos de carácter privado.

Un importante trabajo de síntesis de la arqueología en el país entre 1850 y 1991, lo realizó el arqueólogo mexicano (Yucateco) Rafael Cobos. Impresionante el trabajo en el que, este arqueólogo no solo ofrece una visión histórica de la arqueología en el país, sino que también las investigaciones que se han llevado a cabo hasta 1991.

Y es que Cobos describe dos períodos en particular: Viajeros y Exploradores y las Investigaciones arqueológicas.⁸⁵ De acuerdo a Cobos, y haciendo referencia al período de los viajeros y exploradores, este período se inicia al momento en que Ephraím Squier llega a Honduras en 1849, para negociar con el gobierno de dicho país la construcción de un canal interoceánico.

84 Un importante centro de documentación en nuestro país es la biblioteca especializada ubicada en uno de los edificios del Museo Nacional de Antropología «David J. Guzmán».

85 Véase, Rafael Cobos. *Síntesis de la Arqueología de El Salvador*. Colección Antropología e Historia. No. 21. Dirección General del Patrimonio Cultural. Concultura. San Salvador, República de El Salvador. 1994.

Entre 1849 y 1853, Squier, viajó por Honduras y El Salvador y realizó breves anotaciones respecto a asentamientos prehispánicos y la ocupación del valle de Cuscatlán durante el período Postclásico. Habel, en 1878, excavó una tumba en el centro del poblado denominado Apaneca, durante su visita al sitio, en la década de los 60's del siglo XIX.

Habel también reportó haber pasado por Cihuatán en su viaje desde Chalatenango hasta Guazapa. Comentarios respecto a la geografía de El Salvador tierra adentro, y a lo largo de la costa, son las aportaciones de Montessus de Ballore que visitó el país en 1892.

Además, Montessus de Ballore mencionó la existencia de sitios arqueológicos cerca de la hacienda de Opico (ruinas de Tehuacan) y en el valle de Zapotitán (San Andrés). Respecto al primer sitio, Montessus de Ballore apuntó que los materiales cerámicos de Tehuacan presentaban cierta filiación con materiales de Mesoamérica y Suramérica.

Karl Sapper en 1896, además de estudiar volcanes (como el de Guazapa), describió sitios arqueológicos y algunos artefactos.

Lehman en 1910, por su parte, realizó comentarios sobre las principales lenguas habladas en El Salvador antes del contacto europeo.

A fines del siglo pasado y principios del presente⁸⁶ dos médicos salvadoreños emprendieron la tarea de explorar y localizar sitios arqueológicos en su país. El primero de ellos, González en 1906, visitó las ruinas de Tehuacan en enero de 1891 y describió varios montículos ubicados en el centro del sitio⁸⁷. Años más tarde, otro

86 Rafael Cobos se refiere a 1800 y 1900. Nota del autor.

87 Rafael Cobos se refiere al educador doctor Darío González después de su visita escribió un interesante artículo en la revista *La Universidad* (Serie III, Número 6, San Salvador), que gentilmente el arqueólogo Paul Amaroli gentilmente me

salvadoreño, Rodríguez⁸⁸ en 1895 hizo comentarios respecto a sitios arqueológicos de la región.

La primera noticia publicada respecto a la gruta de Corinto fue proporcionada por Barberena en 1950⁸⁹, quien a mediados del siglo pasado visitó el sitio. La presencia y ocupación de región específicas por grupos étnicos antes de la Conquista, la mención de asentamientos precolombinos y el hallazgo de material arqueológico es la aportación de Peccorini en 1913⁹⁰. Es más, Peccorini en 1926, visitó las ruinas de Quelepa y reportó haber observado varios montículos, terrazas artificiales, un 'camino' de piedra con orientación Norte-Sur en el grupo Este y la presencia de varias piedras talladas».

De acuerdo a Cobos, entre 1915 y 1965 es que se llevan a cabo las primeras investigaciones arqueológicas en el país. Así, Cobos es de la opinión que «sin lugar a dudas, la aportación de Herbert

proporcionó y que he hecho otra vez público en Colatino del 4 de marzo del 2011. Y es que Tehuacán es un importante sitio arqueológico de El Salvador y, hasta el momento, son mínimos los esfuerzos que las administraciones culturales del estado han hecho para su investigación y protección. Como muy bien lo cita Paul Amaroli, «desde hace 150 años, las publicaciones de varios viajeros han registrado sus impresiones de las pirámides y otros rasgos. En 1977, la Asamblea Legislativa incluyó Tehuacán en un listado de sitios nombrados como monumentos nacionales, con lo cual se reconoció su importancia, sin tomar otras acciones». Nota del autor.

- 88 Rabel Cobos se refiere aquí a L. A. Rodríguez que en 1895 publicó un interesante documento titulado Antigüedades salvadoreñas. *La Quincena*, Vol. 5: 311-313. San Salvador. Pero también véase: el interesante estudio que publicó en 1912 titulado *Estudio geográfico, histórico, etnográfico, filológico y arqueológico de la República de El Salvador en Centro América*. Internacional Congreso of Americanist, Proceeding, 17th. Session. I México. Nota del Autor.
- 89 Al respecto. Santiago Barberena. La gruta de Corinto, *Anales del Museo Nacional «David J. Guzmán»*, Tomo I (3):68-71. San Salvador. 1950. Nota del autor.
- 90 Al respecto, Atilio Peccorini. Algunos datos sobre arqueología de la República de El Salvador. *Journal de la Societe des Americanistes de Paris*, 10: 173-180. Paris. 1913. También véase, Ruinas de Quelepa. *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística*, No. 1:249-250. San Salvador. 1926. Nota del autor.

Spinden en 1915 a la arqueología salvadoreña radica en el hecho de que plantea la primera secuencia para El Salvador utilizando cerámica, figurillas y otros materiales arqueológicos de colecciones privadas. Spinden clasificó sus materiales comprándolos con las muestras obtenidas de otros contextos arqueológicos, controlados, reportados en el centro de México, occidente de México, Oaxaca, Veracruz y Guatemala⁹¹.

Friedrich Weber, en 1922, publicó sus resultados clasificatorios de figurillas de barro reconociendo en ellas características Arcaicas y otras con rasgos mayas.⁹²

Tanto Spinden como Weber trabajaron con colecciones de materiales recobrados por otras personas y no contaron con datos referentes al contexto en el cual fueron hallados. El primer intento de localización de sitios precolombinos y del siglo XVI se atribuye, sin lugar a dudas, a Jorge Lardé en 1926 quien se encargó de visitar varios sitios a fines de la década de 1910 y principios de los 20's. Como resultado de sus trabajos Lardé publicó un 'Índice Provisional' de ruinas y sitios arqueológicos, sumando un total de 132 asentamientos para todo el país.

Durante los años 1924-1926, Paul Lothrop, visitó varios asentamientos prehispánicos en El Salvador como son: Quelepa, Chalchuapa, Cihuatán, La Bermuda, Cuscatlán, etc. Como resultado de sus trabajos de recorridos y tomando en cuenta el 'Índice Provisional' de sitios de Lardé, Lothrop, en 1926 publicó su lista de 65 sitios arqueológicos.

Hacia principios de la década de 1940, John Longyear y Stanley Boggs orientaron sus esfuerzos para efectuar un reconocimiento y localizar sitios arqueológicos en todo el territorio salvadoreño.

91 Al respecto. Herbert J. Spinden. Notes on the archaeology of Salvador. *American Anthropologist*, N. S. 17: 446-487. 1915. Nota del autor.

92 Rafael Cobos, op. cit., página 13.



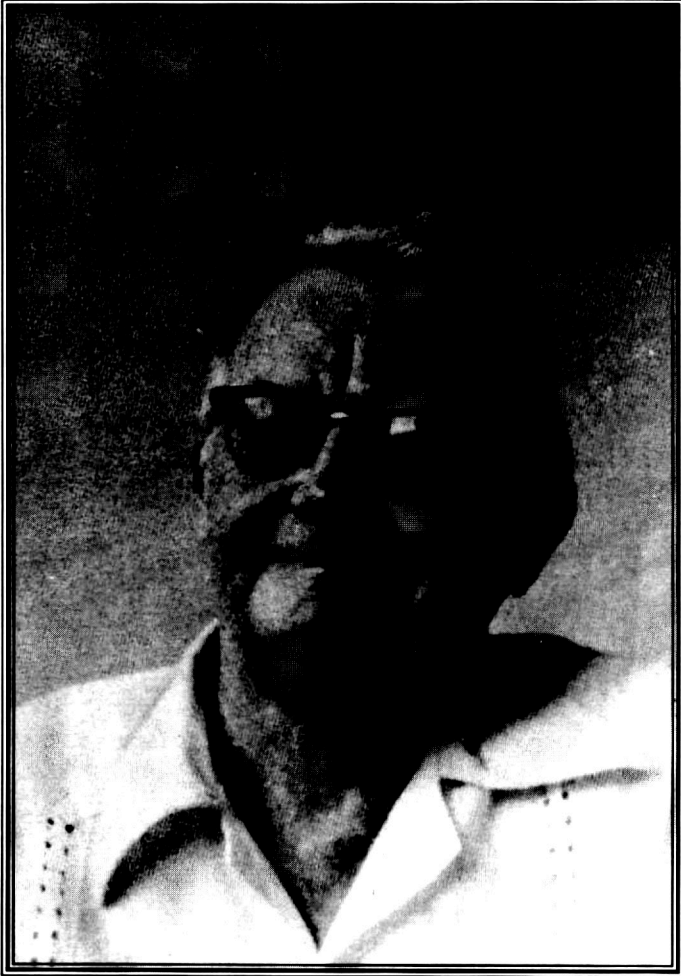
Atilio Peccorini

Desde lo empírico se interesó por los primeros reconocimientos arqueológicos en el país.



Antonio Sol

Desde lo empírico se interesó por los primeros reconocimientos arqueológicos en el país.



Arqueólogo Stanley H. Boggs

Durante 1941-1942, Longyear⁹³ reconoció la porción oriental del país, es decir, desde el río Lempa hasta el Golfo de Fonseca. Entre los años de 1940-1942, Boggs localizó asentamientos en las partes centrales y occidental de El Salvador». ⁹⁴

Y de acuerdo a Cobos, «El trabajo de recorrido por parte de Longyear y Boggs incrementó nuestro conocimiento respecto a la existencia de asentamientos prehispánicos en todo El Salvador y sentó las bases para futuros trabajos de reconocimiento regional y la selección de sitios para efectuar excavaciones». ⁹⁵

Durante los años de 1953 y 1954, Franz Termer en 1961, recorrió el volcán de Guazapa y áreas circunvecinas como parte de su estudio geológico de El Salvador. Este investigador Alemán reportó haber visitado varios asentamientos prehispánicos localizados en la falda occidental del volcán y a orillas del río Guazapa. El sitio arqueológico más importante visitado en 1953 por Termer, en compañía de Boggs y Haberland, fue Cihuatán⁹⁶.

De acuerdo a Cobos, «la década de 1920 marca en la arqueología salvadoreña el inicio de la excavaciones controladas y la búsqueda de contextos estratigráficos para poder conocer y diferenciar las distintas manifestaciones culturales de aquellos grupos que poblaron El Salvador antes del siglo XVI» ⁹⁷. Siguiendo a Cobos, «Hacia mediados de 1920, Lothrop excavó en las haciendas Milingo y Los Almendros como parte de sus trabajos de investigación en

93 Al respecto. John M. Longyear. Part II, Archaeological Reconnaissance, 10. Department of Santa Ana. En *Archaeological Investigations in El Salvador. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology*. Harvard University, Vol. IX. No. 2, pp 17-19. Harvard University, Cambridge. 1944., Nota del autor.

94 Op. cit., páginas 20, 21.

95 Rafael Cobos, op. cit., página 21.

96 Ibid.

97 Ibid., página, 22.

El Salvador es el último sitio, Lothrop en 1927 encontró en el mismo nivel estratigráfico alfarería Tohil plumiza, Maya y Nicoya policroma, fragmentos de figurillas que representan a Tlaloc. En 1926, Lothrop..., reconoció la importancia del trabajo de Lardé y ambos investigadores decidieron explorar al sitio del Cerro El Zapote, en el barrio de San Jacinto (San Salvador). La secuencia cultural propuesta por Lothrop para el período prehispánico en El Salvador sugería los siguientes aspectos: se reconoció una ocupación temprana en la zona (período preclásico) estaban representadas por sus correspondientes alfarerías además de que fueron contemporáneas en algún momento; desde un punto de vista cerámico, los tipos Arcaicos presentes en el nivel o estrato inferior persisten hasta períodos muy tardíos (maya y pipil) pero con variaciones particulares.

En 1929, el entonces Director del Departamento de Historia, Antonio Sol, elaboró un croquis y realizó excavaciones en Cihuatán. Durante las excavaciones practicadas en la estructura conocida como el 'templo de los Idolos' se encontró cerámica y fragmentos de figurillas zoomorfas (jaguars). Sin embargo, Sol no realizó el análisis de los materiales recuperados durante sus trabajos en el sitio»⁹⁸.

El 18 de marzo de 1940, los esposos John y Cris Dimick así como el matrimonio formado por Maurice y Muriel Ries realizaron las primeras excavaciones en San Andrés. Hacia principios de 1941, el joven arqueólogo Stanley Boggs se integró al proyecto San Andrés. Los resultados de análisis cerámicos y arquitectónicos de San Andrés durante los 40's nos indican, de una manera tentativa, que el asentamiento tuvo su apogeo durante el Clásico Tardío-Terminal, es decir, de 600/700 d.C.

Stanley Boggs llegó a continuar los trabajos de restauración de estructuras y excavación. En noviembre de 1941 hasta mediados

98 Ibid. Página, 23.

de marzo de 1942, Longyear realizó recorridos, levantó un plano y practicó excavaciones en Los Llanitos. Las conclusiones de Longyear respecto a Los Llanitos sugieren una sola ocupación del sitio durante el Clásico Tardío (700-900 d.C.). La hacienda Tula, ubicada al Sur de Santa Tecla, fue excavada por Stanley Boggs a principios de 1942 y el análisis de la cerámica determinó una ocupación Clásico Tardío en el sitio.

Entre los años de 1942 hasta 1944, Stanley Boggs efectuó trabajos de restauración y excavación en Tazumal. El estudio de la alfarería y arquitectura precolombina hallados en Tazumal fueron fechados para el período Clásico Tardío. En el punto conocido como Loma del Tacuazín (suroeste de San Salvador) Boggs reportó haber encontrado varias vasijas y tres 'urnas funerarias' en el verano de 1946. Las piezas se localizaban a más de 2 metros de profundidad a partir del nivel actual del terreno y a 1.5 metros por debajo de una capa de tierra blanca joven. Esta tierra blanca fue identificada como ceniza arrojada por el volcán Ilopango y, por lo tanto, el contexto en el cual fueron halladas las vasijas fue fechado para el período Preclásico Tardío.

Porter, excavó en Barranco Tovar (San Salvador) en 1953 y encontró alfarería que identificó como característica del período Preclásico Tardío. Años más tarde, Robert J. Sharer⁹⁹ analizó los materiales recobrados por Porter y afirmó que la alfarería encontrada por Porter correspondía al Preclásico Medio, es decir, algún momento entre 800 a.C. -300/250 a.C.

En 1954, Haberland excavó en las cercanías de Atiquizaya y en Atalaya, asentamientos ubicados en el occidente de El Salvador y

99 Al respecto. Robert Sharer (editor) *The prehistory of Chalchuapa, El Salvador*. University of Pennsylvania Press, 3 Vols. Philadelphia. 1978. También, Robert Sharer y James Gifford. Preclassic ceramics from Chalchuapa, El Salvador and their relationship with Maya lowlands. *American Antiquity*. Vol. 35 (4): 441-462. 1970. Nota del autor.

encontró restos culturales del período Preclásico Tardío. William Coe trabajó también El Trapiche, en la zona de Chalchuapa¹⁰⁰, en el occidente del país decorados por medio de la técnica Usulután»¹⁰¹.

Siguiendo a Cobos, las investigaciones de Haberland y Grebe continuaron a mediados de 1950., en el río Gualcho, en el departamento de Usulután y en la hacienda San Francisco en 1964. En el mes de abril de 1954 y en noviembre de 1958 Haberland visitó la gruta de Corinto y realizó un reporte de las pinturas con imágenes antropomorfas y de otra índole. El sitio San Nicolás (departamento de Ahuachapán) fue excavado en diciembre de 1959 por Navarrete fechando la alfarería de este lugar para los períodos Preclásico Medio y Preclásico Tardío¹⁰².

Cobos es de la opinión y así la aceptamos que «la actividad arqueológica reportada entre 1940-1965, en El Salvador, así como los logros alcanzados por esos trabajos dieron como resultado aportaciones novedosas e importantes durante el período de las investigaciones arqueológicas en su Fase I. Es más, —dice Cobos— hasta la primera mitad de la década de 1960, el arqueólogo contaba con un marco cronológico-cultural preliminar el cual indicaba que El Salvador fue ocupado durante el período Preclásico (Cerro El Zapote, Barranco Tovar, Chalchuapa, etc.), Clásico Tardío-Terminal (Los Llanitos, San Andrés, Cerro El Zapote) y Postclásico (Cihuatán)»¹⁰³.

De acuerdo a Rafael Cobos, entre 1965 y 1991 se intensificaron las investigaciones arqueológicas. Según Cobos, la segunda mitad de la década de 1960 vio El Salvador la realización de dos proyectos arqueológicos con metas muy específicas, proyectos que se efectuaron en la zona de Chalchuapa (1966-1970) y Quelepa

100 Al respecto véase. William R. Coe. Excavations in El Salvador. *The University Museum Bulletin*, Vol. 19 (2): 14-21. University of Pennsylvania, Philadelphia. 1955. Nota del autor.

101 Op.cit. Página, 26.

102 Ibid. Página 28.

103 Ibid. Página, 29.

(1967-1969). El primero que fue dirigido por Robert J. Sharer y respectivamente por Wyllys Andrews V¹⁰⁴. En ambos proyectos se hicieron levantamientos topográficos, se hizo comparación de cerámica con otros contextos fuera de El Salvador y se hicieron estudios arquitectónicos. Fueron importantes estudios que brindaron nuevas pautas a la ciencia arqueológica.

De acuerdo a Cobos, entre 1970 y 1983, a excepción de los años de 1971 y 1972, el trabajo arqueológico en El Salvador se intensificó a tal grado que durante más de una década se realizaron reconocimientos, proyectos, rescates y salvamentos arqueológicos tanto a nivel regional como a nivel de sitio en todo el país.

En 1973, Casasola efectuó un rescate en el asentamiento denominado Jayaque. Casasola excavó 32 pozos de prueba y obtuvo fragmentos de cerámica, vasijas, figurillas antropomorfas elaboradas de cerámica, sellos, flautas y cerbatanas, restos óseos humanos, obsidiana gris. La fecha de datación fue en el complejo cerámico de Teotepeque Preclásico Medio 700-500 a. C y en el complejo cerámico Tamanique Preclásico Tardío 500-200 a. C.

En 1974 Richard Crane¹⁰⁵ excavó en terrenos de la hacienda Colima ya que la zona sería afectada por las aguas del río Lempa ante la construcción de la presa Cerrón Grande. El asentamiento denominado Cihuatán fue objeto de estudio por Hernández durante los años de 1974-1975. Se recobró material correspondiente al período Clásico Tardío Terminal.

104 Al respecto véase, Wyllys E. V. Andrews. Excavations at Quelepa, El Salvador. Ph.D. *Dissertation Department of Anthropology*. Tulane University. New Orleans. 1971. Además: La Arqueología de Quelepa, El Salvador. Dirección de Publicaciones e Impresos, Ministerio de Cultura y Comunicación. Sal Salvador. 1986. Nota del autor.

105 Al respecto. Richard Crane. Informe preliminar de las excavaciones arqueológicas de rescate efectuadas en 1974 en la Hacienda Colima, Departamento de Cuscatlán (Proyecto No. 2, Programa de «Cerrón Grande») *Anales del Museo Nacional «David J. Guzmán»*, Vol. 42-48: 13-27. San Salvador. 1975.

En 1975, William Fowler excavó tres montículos en la hacienda Las Flores encontrando cerámica de tipo Usulután datando el lugar en el período Preclásico Tardío y posiblemente abandonado hacia 250-300 d.C. A mediados de la década de 1970, Fowler estudió el asentamiento El Tanque con alfarería de características del Clásico Tardío. Un total de nueve asentamientos prehispánicos fueron por Ernest y Demarest como parte de sus trabajos de recorrido y excavación entre 1974 y 1975 en el valle central del río Lempa. Uno de los sitios El Perical, fue fechado para el Preclásico Medio; dos de los sitios, Río Grande y El Campanario evidenciaron ocupación durante el Preclásico Tardío. De acuerdo a Fowler y Solis y citado por Cobos en 1976 se dedicaron tres meses para efectuar recorridos y excavaciones en el sitio Santa María fechado para el período Posclásico.

En la porción sureste de la ciudad de San Miguel en los terrenos de la hacienda La Prisita en 1977, Manuel López¹⁰⁶ realizó un salvamento arqueológico durante el cual encontró alfarería de uso doméstico y fue fechado tentativamente para el período Clásico Temprano (300 d.C. -600 d. C.).

En 1977 Haberland regresó a la gruta de Corinto para excavar varios pozos estratigráficos. Las excavaciones revelaron una buena cantidad de tiestos cerámicos y material lítico y fue fechado en el período Clásico Tardío. Durante seis meses en 1977, Crane excavó varios montículos en el sitio El Carmen y plataformas en el sitio El Tanque. Crane reportó haber hallado tres tumbas.

El Tanque era un asentamiento del Clásico Tardío. En 1975 y en el transcurso de 1977 y 1978, Bruhns centró su atención en

106 Manuel López, desde el conocimiento empírico hizo una importante contribución en la década de los 70 y 80 a los trabajos de salvamento e investigación arqueológica en el país, trabajó por muchos años en el Museo Nacional «David J. Guzmán». El conocimiento que este amante de la cultura tiene sobre el patrimonio arqueológico del país es grande. En la actualidad es el Embajador de El Salvador ante el Vaticano. Nota del autor.

recorrer los alrededores de Cihuatán, levantar planos topográficos de la zona y practicar excavaciones en diferentes estructuras. En 1977, San Andrés fue objeto de trabajos arqueológicos y de restauración por parte de personal de Patrimonio Cultural. En 1984 Jorge Natividad Mejía se encargó tanto de las excavaciones de la estructura como de la descripción de los materiales no cerámicos hallados en San Andrés.

El hallazgo más interesante encontrado en los estratos inferiores de la estructura -7 de San Andrés fue una ofrenda consistente en siete valvas de concha, una cuenta de jadeita, una espina o agujijón del pez mantarraya, un pedernal excéntrico, un sahumador con decoración bicroma, un cajete polícromo (tipo Copador) y varios fragmentos de alfarería. Todo ello fue fechado para el período Clásico Tardío. Richard Crane, en 1978, realizó excavaciones en San Andrés.

Entre 1977 y 1978 Fowler realizó labores de salvamento arqueológico en El Trapiche, Chalchuapa. La excavación reveló la presencia de restos óseos humanos ya que se pudo identificar a 33 individuos de los cuales 21 eran del sexo masculino. En nueve casos no se determinó el sexo. Todos los entierros fueron fechados por Fowler para el período Preclásico Tardío. En 1977, Arthur Demarest realizó excavaciones el asentamiento denominado Santa Leticia¹⁰⁷. El análisis de la cerámica de Santa Leticia ha demostrado que el sitio fue ocupado a partir de un momento muy tardío del preclásico Medio hasta finales del Preclásico Tardío (500/400 a.C.-100 d.C.). Por lo tanto, los materiales no cerámicos como son las navajas de obsidiana, manos de moler, metates de andesita y las esculturas que representan a individuos 'gordiflones' se fecharon para el lapso mencionado. Entre 1978 y 1979, el valle de Zapotitán fue foco de atención del 'proyecto Protoclásico' dirigido por

107 Al respecto véase, Arthur Demarest, *Santa Leticia and the Development of Complex Society in Southeastern Mesoamérica*. Ph.D. *Dissertation*. *Department of Anthropology*, Harvard University, Cambridge. 1981.

Payson Sheets. El proyecto se realizó tomando en cuenta tanto el aspecto geológico como el arqueológico¹⁰⁸. Desde el punto

108 De acuerdo a Sihione Shiabata, Shihenu Kitamura y Akira Ichikawa en un interesante artículo titulado “Reconsideración del fechamiento de TBJ desde el punto de vista estratigráfico” haciendo un rastreo de los análisis con C14 describen: “Tierra Blanca Joven (desde aquí en adelante se usa TBJ como el término abreviado) se observa en varios sitios arqueológicos de El Salvador y es la indicación valiosa que manifiesta una temporalidad en la Arqueología Mesoamericana. Además dicha Tetra se ha utilizado por arqueólogos como una clave importante para definir estratigráfico-temporalmente el límite entre los Períodos Preclásico y Clásico. El arqueólogo norteamericano Payson D. Sheets presentó el primer fechamiento absoluto de TBJ en base a los análisis de C14. Sheets logró el dato de 1708 ± 114 años [BP] como compuesto de radiocarbono de nueve muestras y concluyó que el tiempo de TBJ es 260 ± 114 años d.C. (Sheets 1983). Sin embargo dicho fechamiento contiene un margen de error de 114 años, el cual es relativamente grande y el dato era poco exacto para aplicarlo a la arqueología. Por lo tanto se esperaba el fechamiento de radiocarbono más preciso. Robert A. Dull realizó el fechamiento de dos nuevas muestras recolectadas en la ciudad Santa Tecla ubicada al oeste de la Capital San Salvador en el año de 1998 y junto con los datos de Sheets hizo una reconsideración del tiempo de TBJ (Dull et.al.2001). En el análisis ejecutado por Dull se excluyeron 5 datos anteriores de TBJ (Tx2324), TX3114, HV5001, HV5004, P-1803) con el motivo del margen de error grande, la influencia de efecto “reservoir” la diferencia grande en comparación con otros datos y entre otros, se logró el dato de 1605 ± 20 años [BP] (1 sigma) y se concluyó el fechamiento de TBJ como $408(429)536$ años d.C.[cal. AD](2sigmas) (Dull et al 2001). El fechamiento presentado por Dull es más exacto que al anterior hecho por Sheets en el aspecto de la precisión de medir el radiocarbono con la tecnología más avanzada. Sin embargo hay discusión entre arqueólogos sobre dicho resultado de TBJ, ya que acerca de la cifra central de fechamiento por C14, la información de Dull (Dull.et.al.2001) es aproximadamente 170 años más reciente que el dato de Sheets (Sheets 1983). El estudio de Sheets (Sheets 1983) se ha presentado antes de dar a conocer al mundo la curva calibrada internacional (Stuiver y Pearson 1986; Pearson y Stuiver 1986), por lo tanto no se puede comparar simplemente ambos resultados del fechamiento de TBJ. En 2001 el equipo de Peter J. Mehringer Jr. realizó la extracción de muestras de tierra en el agua cerca de la zona costera este del Lago de Yojoa, Honduras. Los dos núcleos recolectados en los sitios denominados Agua Azul y El Cacao muestran la existencia de una capa delgada de TBJ. Según el análisis de radiocarbono se logro el dato de 1810 ± 30 años [BP]. Se concluyó el fechamiento de TBJ como $130(234)340$ años d.C. [cal AD] (2 sigmas) (Mehringer et.al.2005). Durante los años de 2006 hasta 2008 Shigeru Kitamura del Proyecto Arqueológico de El Salvador de la Universidad de Nagoya y la Universidad de Hirosakigakuin había recolectado dos muestras encontradas debajo de la capa primaria de TBJ en un lugar localizado al sur de la Capital San

de vista geológico, el proyecto dirigió su atención a entender la historia de la actividad volcánica en el valle de Zapotitán (en particular) y otros puntos del país (en general)»¹⁰⁹.

De acuerdo al mismo Rafael Cobos, el recorrido de la costra del Pacífico salvadoreño para buscar los restos de centros productores de sal antes del contacto español fue realizado en 1978 por Andrews. Este arqueólogo reconoció cuatro importantes regiones productoras de sal a lo largo del Litoral: Acajutla (incluye El Tihuilote o Las Salinas, Salinitas y Salinas de Ayachapa), Jaltepeque, la bahía de Jiquilisco y La Unión (incluye El Tamarindo y Asanyamba).

Las actividades arqueológicas en El Salvador entre 1980 y 1991 se concentró básicamente en la parte occidental del país, aunque miembros del Departamento de Arqueología del Patrimonio Cultural efectuaron salvamentos arqueológicos en Asanyamba y Loma China, sitios ubicados en el oriente del país. La costa occidental de El Salvador también ha sido objeto de investigaciones arqueológicas. Durante 1982-1983 se levantaron planos y realizaron excavaciones en varias de las estructuras del sitio arqueológico Cara Sucia que de acuerdo al Jorge Natividad Mejía Rivas y Paul Amaroli¹¹⁰ el sitio evidenció

Salvador y el otro cerca de Metapán ubicado al noroeste de la ciudad capital. Según el análisis de radiocarbono se lograron respectivamente el dato de 1590±40 años [BP] 1630±40 años [BP]. Se concluyó el fechamiento de TBJ como entre 393 y 561 años [cal AD] (2 sigmas) y entre 335 y 540 años [cal AD] (2 sigmas) (Kitamura 2009). Véase: Sihione Shiabata, Shihenu Kitamura y Akira Ichikawa en un interesante artículo titulado “Reconsideración del fechamiento de TBJ desde el punto de vista estratigráfico”. Secretaría de Cultura de la Presidencia, El Salvador, Universidad de Hirosakigakuin, Universidad de Nagoya. 2009. En Bárbara Arrollo, et al. (Editores). XXIII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2009. Ministerio de Cultura y Deportes. Instituto de Antropología e Historia. Asociación Tikal. Guatemala 2010.

109 Rafael Cobos. Op. cit. Página. 41.

110 Al respecto véase. Paúl Amaroli. Cara Sucia: Nueva luz sobre el pasado de la costa occidental de El Salvador. *Universitas*, 1: 15-19. San Salvador. 1984. Además; Linderos geográficos y geografía económica de Cuscatlán, provincia pipil del territorio de El Salvador, *Mesoamérica* 12 (21): 41-70. 1991.

momentos de ocupación hacia finales del Preclásico Medio y durante el Preclásico Tardío¹¹¹.

Hasta aquí he tratado de hacer un bosquejo histórico de la arqueología en El Salvador apoyándome en el trabajo de Rafael Cobos.

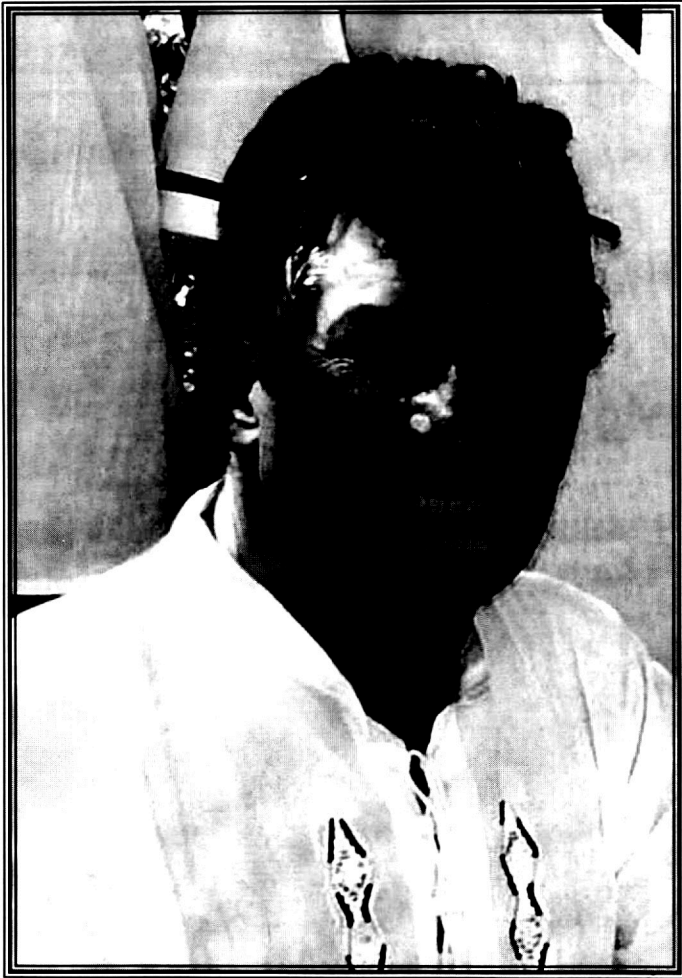
En la década de los años 80's, el Patronato Pro Patrimonio Cultural, una de las primeras ONG's dedicadas a la promoción y difusión del patrimonio nacional, específicamente el arqueológico. El Patronato fue una importante aliada de la entidad estatal encargada de administrar el quehacer cultural. Durante su existencia se coadministraron sitios arqueológicos como San Andrés y Joya de Cerén. También se publicaron importantes investigaciones.

Ahora bien desde 1991 hasta la fecha un caudal impresionante de investigaciones arqueológicas se han llevado a cabo a lo largo y ancho de nuestra geografía nacional.

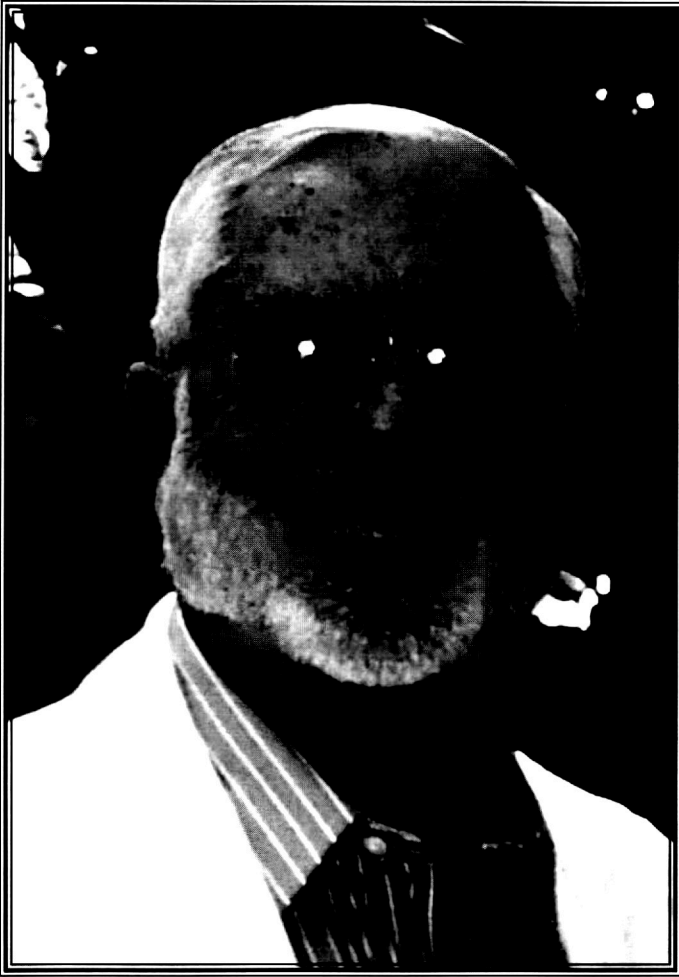
Importante es el aporte científico en el campo de la arqueología de arqueólogos japoneses que no solo llegaron a mediados de la década de los 90's para realizar investigaciones de campo sino que a su vez a formar los primeros arqueólogos nacionales que la Universidad Tecnológica de El Salvador graduó en el 2000. Los arqueólogos graduados fueron: Roberto Francisco Gallardo, José Heriberto Erquicia Cruz, Marlon Vladimir Escamilla y Claudia Abigaíl Ramírez y Fabricio Valdivieso.

Cabe decir que el arqueólogo Paul Amaroli ha jugado, desde su llegada al país, en la década de los 70's, un importante papel en la investigación y rescate de la arqueología nacional. En la actualidad es considerado como un importante referente de la arqueología nacional y forma parte de la Fundación Nacional de Arqueología de El Salvador cuyo Presidente es el doctor Rodrigo Brito.

111 Jorge Natividad Mejía Rivas jugó un papel importante al lado del doctor Stanley H. Boggs en investigaciones arqueológicas en los años 70's. Desde los años 90's se dedicó a la museología desempeñando un formidable papel como guionista en la Coordinación de Museos a escala nacional teniendo como coordinador al Arquitecto José Oscar Batres Posada.



Arqueólogo Paul Amaroli

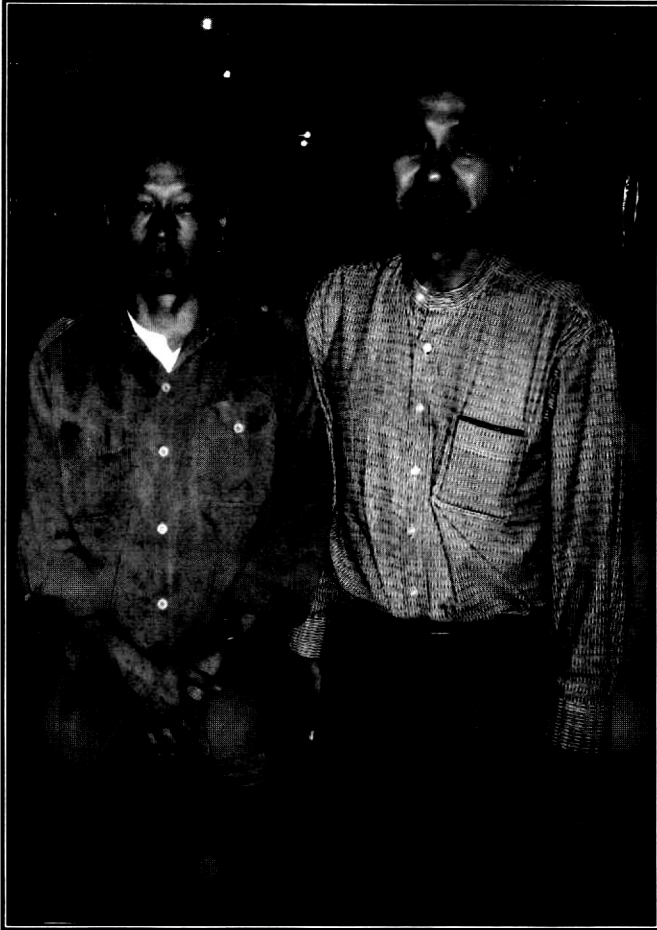


Doctor Rodrigo Brito

Desde lo empírico trabaja en la promoción del acervo arqueológico de este país. Es presidente de la Fundación de Arqueología de El Salvador, Fundar.



De izquierda a derecha: Arqueólogo Marshall Becker, arqueólogo Paul Amaroli, doctor Rodrigo Brito y antropólogo Ramón Rivas. Sitio arqueológico Cihuatán.



Profesores arqueólogos Shione Shibata y Nabuyuki Ito.



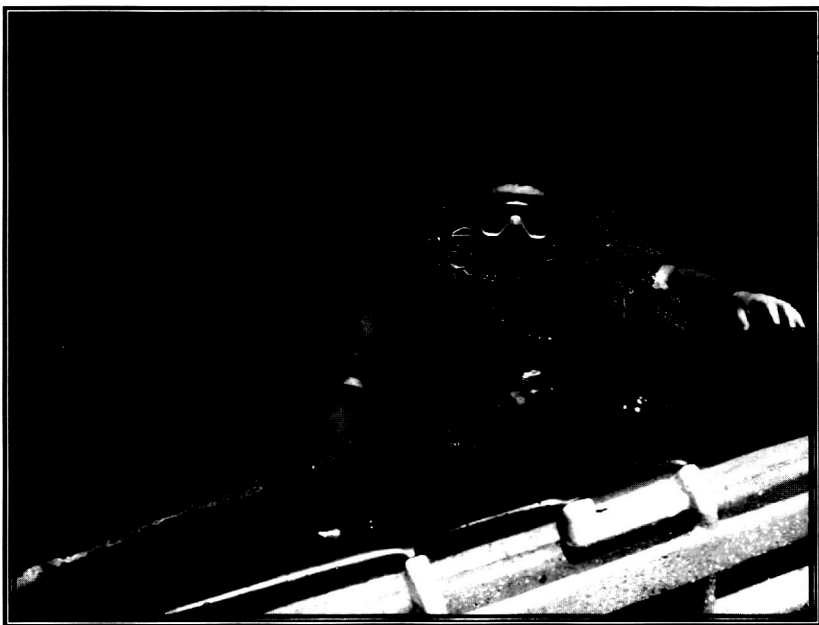
De izquierda a derecha: Dr. Manuel de Jesús Galdámez, Roberto Gallardo, Claudia Ramírez, Shione Shibata, William Fowler, Marlon Escamilla, Fabricio Valdivieso y Heriberto Erquicia Cruz.



De izquierda a derecha (de pie): Tsumigi Kato, Wakako Ikeda, Roberto Gallardo, Marlon Escamilla, Fabricio Valdivieso, Kuniaki Ohi, Mitsuru Kurosaki. Sentados: Claudia Ramírez y José Heriberto Erquicia.

Sitio arqueológico Casa Blanca.

El doctor Kuniaki Ohi, jugó un papel clave en la formación de los primeros arqueólogos que la Utec ha graduado.



Arqueólogo Marlon Escamilla, en prácticas de inmersión.

Los arqueólogos japoneses en sus inicios centraron su centro de investigación en el occidente de el país y específicamente en el sitio Arqueológico de Casa Blanca. Posteriormente sus trabajos se llevaron a cabo a escala nacional. Arqueólogos como Kuniaki Ohi¹¹², Noboboyuki Ito¹¹³, Shione Shibata y el joven científico Akira Ichikawa¹¹⁴ van a jugar un papel clave tanto en la investigación como en la docencia hasta el día de hoy. El aporte de los japoneses es grande y sus publicaciones, producto de las investigaciones, son voluminosas.

La Universidad Nacional de El Salvador publicó recientemente, y en el marco de la conmemoración del Bicentenario, en su órgano de difusión científico, *La Universidad*, un interesante número dedicado a los recientes estudios arqueológicos llevados a cabo en los últimos años. Entre los arqueólogos que presentan el producto de sus investigaciones con temas amplios y variados están: William R. Fowlwe, Marlon Escamilla, Geoffrey Mc Cafferty, Katryn Sampeck, Fabricio Valdivieso, Fabio Esteban Amador, Payson Sheets, George Maloof, Jeb J. Card. Heriberto Esquicia Cruz, Brian R. McKee, Sébastien Perrot- Minoot, Philippe Coste,

112 Véase al respecto: el monumental compendio de las investigaciones realizadas en Chalchuapa. Kuniaki Ohi. Chalchuapa. *Memoria final de las investigaciones Interdisciplinarias de El Salvador*. Instituto de Estudios Latinomericanos de Kyoto, Museo Universitario de las Culturas, Universidad de Estudios Extranjeros de Kyoto. Japón. 2000

113 Véase al respecto: Nobuyuki Ito (Editor). *Concheros en Punta Chiquirín, Departamento de la Unión. 2006-2009*. Colección Arqueología. Secretaría de Cultura de la Presidencia. Dirección Nacional de Patrimonio Cultural. Departamento de Arqueología. Dirección de Publicaciones e Impresos. San Salvador. 2011. También véase: Nabuyuki Ito, (Editor), *Casa Blanca, Chalchuapa, El Salvador, Proyecto Arqueológico de El Salvador* (Excavación en la Trincheras 4N). Universidad de Nagoya. Universidad Tecnológica de El Salvador, Tecnoimpresos, San Salvador, 2010.

114 Véase al respecto: Akira Ichikawa. *Estudios arqueológicos de Nueva Esperanza, Bajo Lempa, Usulután*. Colección Arqueología. Secretaría de Cultura de la Presidencia. Dirección Nacional de Patrimonio Cultural. Departamento de Arqueología. Dirección de Publicaciones e Impresos. San Salvador. 2011.

Claudia Alfaro Moisa, Carrie L. Denté, Lorelei Platz, y Ramón D. Rivas¹¹⁵.

Todos estos arqueólogos mencionados y otros como la doctora Karen Olsen Bruhns, Paul Amaroli, Esteban Gómez y Fabio Esteban Amador, han dado y siguen aportando importantes contribuciones científicas en la arqueología nacional.

Para los nuevos arqueólogos, la tarea es grande ya que a este momento la lista de parques arqueológicos nacionales visitables son: Tazumal (Departamento de Santa Ana), Casa Blanca (Departamento de Santa Ana), San Andrés (Departamento de La Libertad), Joya de Cerén (Departamento de La Libertad), Cihuatán (Departamento de San Salvador), La Gruta de Corinto (Departamento de Morazán).¹¹⁶

Pero, por su parte, Los sitios arqueológicos nacionales son: Cara Sucia (Departamento de Ahuachapán) Nuevo Tazumal (Departamento de Santa Ana), Ciudad Vieja (Departamento de Cuscatlán). La cantidad de sitios arqueológicos registrados en el Atlas arqueológico que posee la Dirección de Arqueología de la Secretaría de Cultura de la Presidencia, año 2012, es de 671 sitios registrados. El número aproximado de sitios arqueológicos que se encuentran en el territorio nacional sobrepasan los 1000.

La arqueología subacuática, como una necesidad y en el marco de la protección del patrimonio sumergido, ha surgido y ha tomado auge en el país y son los arqueólogos Roberto Gallardo del Departamento de Arqueología de la Secretaría de Cultura de la Presidencia y

115 Véase al respecto: Arqueología en El Salvador, *La Universidad*, Órgano científico socio-cultural de la Universidad de El Salvador. Nueva Época. Número 14-5. Abril/Septiembre. Colección Bicentenario. San Salvador. 2011.

116 Véase al respecto: Ramón D. Rivas. Investigaciones recientes en la «Gruta del Espíritu Santo en Corinto», Morazán. En Arqueología de El Salvador, *La Universidad*, Órgano Científico-sociocultural de la Universidad de El Salvador. Nueva Época. Número 14-15. Abril-septiembre. San Salvador 2011.

Marlon Escamilla de la Universidad Tecnológica de El Salvador los profesionales que han tomado la iniciativa y se han convertido ya en referentes nacionales de esa disciplina arqueológica. Marlon Escamilla también ha incursionado al estudio de la arqueología del paisaje vinculado a las migraciones nahua-pipiles del postclásico en El Salvador. Este es un tema novedoso en el sentido de que desde épocas remotas (el pasado prehispánico) este científico aborda ya el fenómeno de las migraciones.¹¹⁷

Por su parte, el arqueólogo Federico Paredes, ha venido haciendo importantes estudios en las fincas de café contorno a la ciudad de Ataco. Ojalá este esfuerzo de investigación arqueológica sea tomado en consideración por las autoridades nacionales y locales, y que las fuerzas vivas organizadas del lugar se apropien de este acervo histórico y cultural, para con ello, fortalecer más el conocimiento del pasado.

El estudio del arte gráfico rupestre ha tomado auge en el país, y tanto arqueólogos nacionales como internacionales han hecho ya importantes reconocimientos y estudios como es el caso de los arqueólogos franceses, Elisenda Coladans que hizo estudios en 1996 y Sébastien Perrot- Minoot con Philippe Coste y la antropóloga y arqueóloga nicaragüense, Martha González en la década del 2000 Marlon Vladimir Escamilla Escamilla, por su parte ha realizado importantes reconocimientos y estudios en este campo de la arqueología. Claro está que el arte gráfico rupestre se encuentra diseminado a lo largo y ancho de nuestra geografía nacional.¹¹⁸

117 Véase al respecto: Marlon Vladimir Escamilla. La costa del bálsamo durante el postclásico temprano (900-1200 d.C.): Una aproximación al paisaje cultural nahua-pipil. *Revista La Universidad*, San Salvador 2011.

118 Hay un interesante documento escrito por Marlon Escamilla, en el cual hace un recuento del desarrollo teórico y metodológico de la arqueología en El Salvador. Véase al respecto: Marlon Vladimir Escamilla. Práctica y conducta de la arqueología salvadoreña, durante los últimos 25 años: El inicio de una arqueología nacional. XXV simposio de investigaciones arqueológicas en Guatemala. Guatemala 2012.

El estudio de la arqueología histórica ha sido iniciado en El Salvador y es el arqueólogo Heriberto Erquicia Cruz el profesional que desde la Vicerrectoría de Investigaciones de la Universidad Tecnológica de El Salvador ha venido desarrollando importantes estudios; entre otros sobre los métodos de la extracción del hierro y la arquitectura de los templos edificadas entre los siglos XVII y XVIII en lo que hoy es nuestra geografía nacional.

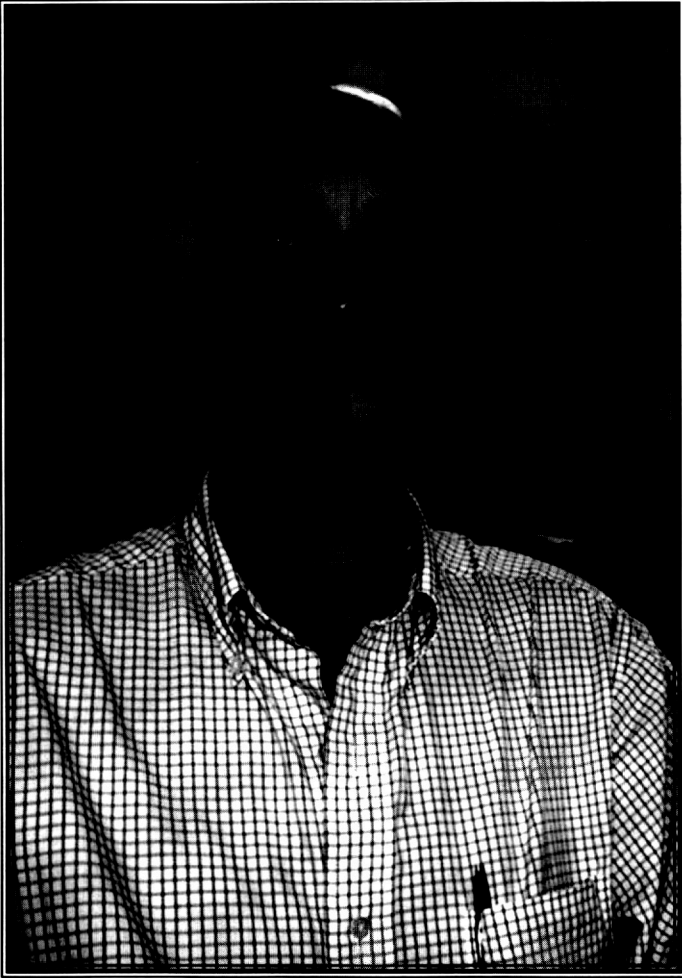
Año 2012, la Universidad Tecnológica de El Salvador es la única instancia de educación superior que ofrece la carrera de arqueología.

ALGUNAS REFLEXIONES

la arqueología se ha visto como una ciencia del pasado, y en muchos momentos de la historia —me refiero concretamente a nuestro país— es el Estado el que ha jugado un papel protagónico en el sentido de salvaguardar y difundir —por lo menos a su manera—, y los que lo han hecho son los amantes de esta área del conocimiento y no profesionales. Es difícil pero a la vez sumamente fácil de comprender ese hecho, de que el Estado no ha mostrado ningún interés por el estudio sistemático y comprensión del fenómeno arqueológico: Por una parte porque es caro; y por otra, investigar muchas veces puede conllevar a implicaciones.

Vivimos en una sociedad mediatizada social y culturalmente, y en muchos casos hay miedo por descubrir cosas que no queremos saber, aunque para la arqueología es menos, pero sí más para ciencias como la antropología y la historia.

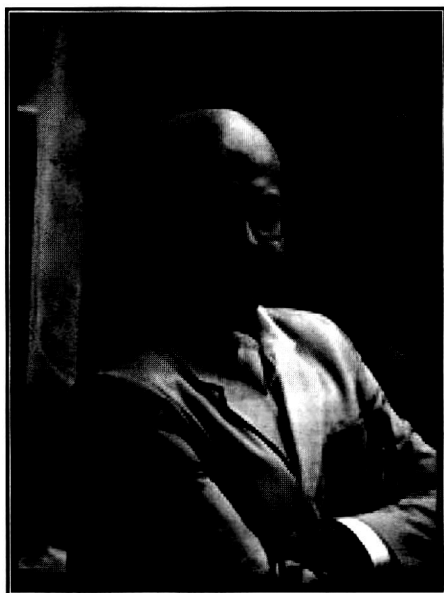
Para el Estado es mejor crear y apoyar aquellas ciencias que no te hacen reflexionar sobre la realidad pasada y presente, que prepara gente pensante y, por ende, crítica. Aunque usted no lo crea, somos uno de los países en el continente en donde estas ciencias recién se han institucionalizado en la academia, y las iniciativas han surgido de universidades privadas, como es el caso de la Utec.



Arqueólogo Payson Sheets



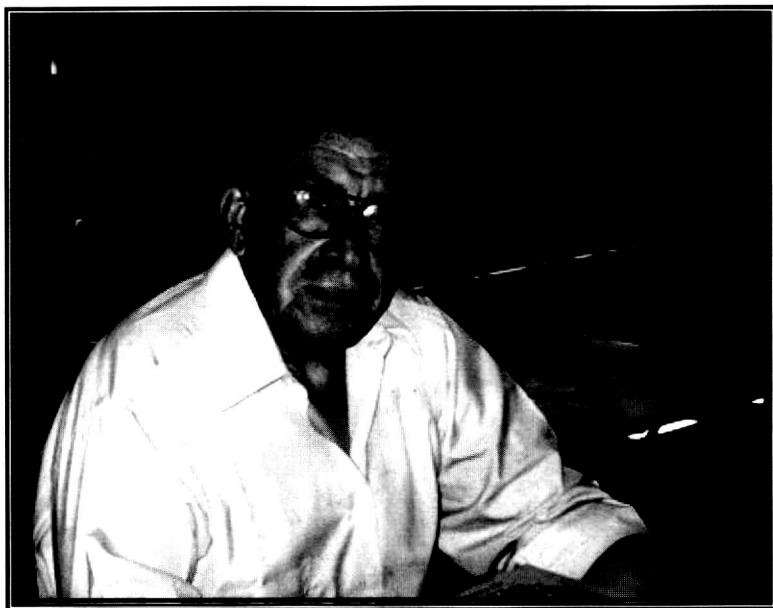
Arqueóloga Karen Olsen Bruhns



Arqueólogo Fabio Esteban Amador



*Arqueólogo Marlon Escamilla.
Al fondo una muestra de arte gráfico rupestre.*



Licenciado Pedro Antonio Escalante Arce



Arqueólogo Roberto Gallardo



Arqueólogo José Heriberto Erquicia Cruz

Es, a lo mejor, este proteccionismo por parte del Estado el que no ha permitido el salir del estudio de las organizaciones sociales pasadas para pasar al estudio de las sociedades contemporáneas.

En muchos momentos de la historia, la arqueología ha seguido un fuerte proceso de oficialización-burocratización, y los arqueólogos se han dedicado solo a identificar sitios arqueológicos u otros restos del pasado y no han tenido ni el tiempo ni el apoyo de los funcionarios de turno para pasar a la investigación. En este país, el Estado no incentiva para la investigación; y esto es un hecho. En otros países existen, a la par de las universidades, institutos estatales de investigaciones antropológicas, arqueológicas e históricas.

Aquí los arqueólogos que laboran para la institución del Estado, siguiendo la tradición burocrática, no hacen más que saltar de lotificación en lotificación en busca de evidencias arqueológicas, es decir su labor es la de identificar si hay o no evidencia arqueológica *in situ*. Pero la pregunta es: ¿para qué? Sabido es que si se encuentra evidencia arqueológica no se procede a investigar, ni mucho menos a salvaguardar lo encontrado. Más de alguno dirá: Sí, pero hay tanto sitio arqueológico en el país que no se sabe qué hacer con todo lo que se encuentra. Los últimos hallazgos y destrucciones lo demuestran; caso Diego de Holguín, o como sucedió con el sitio arqueológico El Cambio, en donde un proyecto residencial destruyó y pavimentó los restos de un importante lugar. Y así hay muchos a lo largo y ancho de nuestra geografía nacional.

Precisamente por eso es que se necesita de instancias especializadas y con los debidos recursos para que, de la mano con las universidades, que también deben de disponer de recursos ofrecidos por el mismo Estado intensifiquen una verdadera arqueología que ahora tanto se requiere. A la larga el patrimonio es de todos. Pero qué puedo esperar yo de gobernantes, a todo nivel, que a lo mejor no saben si el cuero de sus zapatos es de burro o de vaca.

En todo caso, la preocupación de todo arqueólogo debe ser la de no quedarse solo a describir lugares o piezas arqueológicas y mucho más, sin trascender. La academia de hoy urge, en estos momentos, de unir esfuerzo hasta con el Estado y darle el verdadero valor y sentido que el conocimiento arqueológico tiene. Se trata de generar y a su vez producir conocimiento.

La historia y la arqueología son métodos vitales de la ciencia antropológica y en esta reseña histórica y descriptiva no podemos dejar el importante aporte que la historia y los estudios arqueológicos a lo largo de muchos años se han llevado a cabo en el país. El caso de Ciudad Vieja merece aquí especial atención y con ello los científicos que han dado su tiempo y dedicación a tan importante referente histórico en nuestra geografía nacional.

Por ello aunque su educación en la ciencia de la historia es en mayor parte empírica y como presidente de la Academia Salvadoreña de la Historia, Pedro Antonio Escalante Arce, ha dado una impresionante contribución a la comprensión de la historia y la cultura nacional. Dedicado desde la década de los años setenta a la puesta en valor del sitio arqueológico e histórico de Ciudad Vieja, primera ciudad en su género, fundada por los conquistadores españoles en lo que ahora es el territorio salvadoreño, Escalante Arce ha dedicado en calidad de gestor muchos años de trabajo. En los múltiples escritos tenemos: *Brasseur de Bourbourg. Esbozo biográfico* (San Salvador, 1988), *Códice Sonsonate. Crónicas hispánicas* (dos tomos, San Salvador, 1992) y *Los Tlaxcaltecas en Centro América* (San Salvador, 2001).

Si en este documento hago referencia a Ciudad Vieja es por el sencillo hecho que se trata de un ejemplo histórico muy particular en la historia y cultura de nuestro país que amerita especial atención. Es inconcebible que un sitio arqueológico e histórico de tanta importancia año 2012 ha quedado abandonado en el tiempo y los encargados estatales de velar por el disfrute e investigación

del acervo cultural que es rico el país, dejen en abandono este importante lugar, como si se tratara de algo irrelevante.

No hay que olvidar que muchas ciudades hispanoamericanas de la época de la Conquista cuentan con un acta de fundación, pero con Ciudad Vieja no es el caso. Las investigaciones histórico-arqueológicas del lugar demuestran con certeza que la ciudad se fundó en 1525 y se volvió a establecer el 1 de abril de 1528 en el valle de La Bermuda. Es casi seguro que el actual lugar de ubicación de Ciudad Viejo es el mismo que se fundó el 1525. El mismo Barón Castro afirma que «al establecer el trazo, el 16 de abril de 1528, se repartieron los solares a los vecinos españoles. Y de acuerdo a Lardé y Larín, «en ese día la villa contó con 73 fundadores. En 1532 hay constancia de que 56 encomenderos residieron en la villa y que a través de los 17 ó 18 años de su ocupación, el número de vecinos (jefes de familia españoles) oscilaba entre 50 y 70. Después de varios años, los vecinos se quejaron que el sitio «era muy corto» para el crecimiento urbano y que sus tierras eran «estériles». En 1545 el ayuntamiento solicitó permiso de la Audiencia de Los Confines, hoy en día la ciudad de Gracias, en el departamento de Lempira, Honduras para trasladar la villa al sitio actual de San Salvador.

El 1 de abril de 1528 Diego de Alvarado, primo-hermano de Pedro de Alvarado, llegó a esta tierra procedente de México acompañado de soldados españoles y un considerable grupo de indios aliados de los pueblos tlacaltecas y fundó el lugar que hoy conocemos como Ciudad Vieja. El lugar se encuentra localizado a 10 km al sur de Suchitoto en la falda del cerro Tecomatepe y a orillas del río El Molino. La importancia que cobra hoy en día este sitio arqueológico y de acuerdo al Dr. William Fowler, arqueólogo y especialista del lugar, es que es uno de los pocos sitios de la época de la Conquista en todo el Nuevo Mundo que queda accesible, abierto y bien conservado. Los españoles habitaron esta ciudad, que es la primera que se fundó en El Salvador, por espacio de 17 años.¹¹⁹

119 Véase al respecto: William R. Fowler. *Ciudad Vieja: Excavaciones, arquitectura*

Es muy importante tomar en cuenta que la llegada del europeo se produjo a principios del siglo XVI y el conocimiento de la realidad demográfica, con su laberinto idiomático, comienza a definirse desde ese momento. Para determinar antes de 1524 la exactitud de la presencia de esos pueblos habrá que contar con la labor del arqueólogo, del antropólogo, del historiador y del lingüista que ayudan con diferentes técnicas a profundizar y dilucidar dicho paisaje allí donde no alcanza, o se enturbia, la memoria del hombre.

En 1970 es que se redescubre Ciudad Vieja y desde entonces es que la Academia Salvadoreña de la Historia comienza a interesarse por el sitio en la persona del historiador Pedro Escalante Arce. En 1995 se crea una Comisión Presidencial, presidida por el entonces presidente de la República Dr. Armando Calderón Sol. En 1996 comienzan los trabajos arqueológicos de excavación y estudio bajo la coordinación del Dr. William R. Fowler, de la Universidad Vanderbilt, de Tennessee (Estados Unidos) y el entonces estudiante de arqueología Lic. Roberto Gallardo. El trabajo de cabildeo por parte de los especialistas del sitio, miembros de la Academia Salvadoreña de la Historia y la entonces Concultura para darle el significado que este tan importante lugar tiene en los primeros años nuestra historia nacional hacen posible que el año 2001, la Embajada de España en San Salvador concediera fondos para el proyecto y en junio de ese mismo año una nutrida delegación de personalidades estatales de España junto a las autoridades de Concultura visitamos Ciudad Vieja.

En ese entonces, yo iba en calidad de Director de Investigaciones de Concultura. La delegación de funcionarios españoles estaba constituida por el Secretario de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica, el Director del Gabinete, don Santiago Miralles, acompañados por el Director General de Instituto de Cooperación Internacional y otros funcionarios

españoles, así como el entonces Embajador en El Salvador, el señor Andrés Collado, y el entonces recién designado Embajador don Juan Francisco Montalbán Carrasco.

Ya para ese entonces la Ministra de Educación Licenciada. Evelyn Jacir de Lovo hacía gestiones para que la institución estatal, en este caso Concultura, bajo un acuerdo, proporcionara fondos a la Academia de Historia para comprar los diversos terrenos que conforman el sitio.

Para el Arq. José Luis Cabezas Sañudo, en ese entonces Coordinador del Programa de Preservación del Patrimonio Cultural de la Cooperación Española en El Salvador y Honduras; «uno de los motivos de la AECI en el sitio es indudablemente el interés historiográfico del lugar, ya que se trata de uno de los primeros asentamientos coloniales en tierra firme y que debido a su breve vida que tuvo, refleja como lo haría una fotografía, una ciudad en la primera época de la conquista a través de sus cimientos, revelando detalladamente su trazado urbanístico y otros datos de la vida de la ciudad y por tanto de toda una época...».

Los estudios arqueológicos e históricos de este importante sitio realizados por el Dr. Fowler y los Arqueólogos salvadoreños Roberto Gallardo, Marlon Escamilla y José Heriberto Esquicia Cruz han venido arrojando ya una buena serie de publicaciones que en hora buena vienen a fortalecer aquel interés que existe en muchos de nosotros en conocer los orígenes de nuestras raíces como salvadoreños. Importante de mencionar es que en los últimos dos años jóvenes arqueólogos como Liuba Morán y Hugo Chávez han retomado esos estudios y los resultados son halagadores, esperamos aún las publicaciones que sin lugar a dudas resultarán de dichas investigaciones.

En enero del 2001 se llevó a cabo, en las instalaciones de la Utec, el encuentro de la Red Centroamericana de Antropología. Este acto,

en el que participaron los representantes institucionales que conforman la Red, que aglutina a universidades de Centroamérica y el sur de México y otras instituciones envueltas en el quehacer antropológico, desembocó en un importante minicongreso, que llevó por lema «*Antropología salvadoreña ante el nuevo milenio: un acercamiento al pensamiento antropológico centroamericano*».¹²⁰

Lo importante de estas actividades es su riqueza en ponencias y documentos; y de ellos, la diversidad de temas que de inmediato hacen redimensionar, en esos campos, que la ciencia tiene raigambre y utilidad urgente en El Salvador y en Centroamérica.

120 Veáse al respecto: antropólogos Ramón Rivas y Gloria Mejía de Gutiérrez, coordinadores. *Memoria. Encuentro de la Red Centroamericana de Antropología. Antropología Salvadoreña ante el nuevo milenio: un acercamiento al pensamiento antropológico centroamericano*. Universidad Tecnológica de El Salvador. Asociación Salvadoreña de Antropología. Primera edición. San Salvador, El Salvador. 2001.

Referentes bibliográficos

- Adams Richard N., *Cultural Survey of Panamá, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Honduras*. Blaine Ethridge-Books Detroit, Michigan. 1976. (La primera edición fue de 1957 y la publicó Pan American Sanitary Bureau. Word, Health Organization).
- Amaroli Paúl. Cara Sucia: Nueva luz sobre el pasado de la costa occidental de El Salvador. *Universitas*, 1: 15-19. San Salvador. 1984.
Linderos geográficos y geografía económica de Cuscatlán, provincia pipil del territorio de El Salvador, *Mesoamérica* 12 (21): 41-70. 1991.
- Andrews Wyllys E. V. Excavations at Quelepa, El Salvador. Ph.D. *Dissertation Department of Anthropology*. Tulane University. New Orleans. 1971.
La Arqueología de Quelepa, El Salvador. Dirección de Publicaciones e Impresos, Ministerio de Cultura y Comunicación. San Salvador. 1986.
- Armas. Juan Galdámez, *Hombres y cosas de Santa Ana*. Segunda edición. Santa Ana. Tipografía Comercial. 1955.
- Barberena, Santiago Ignacio, *Monografías departamentales*. San Salvador, Imprenta. Nacional, 1909-1914, 14 v.
- Barberena Santiago. La gruta de Corinto, *Anales del Museo Nacional "David J. Guzmán"*, Tomo I (3):68-71. San Salvador. 1950.
- Barata, María de. *Cuzcatlán típico*, San Salvador. 1950.
- Barón Castro, Rodolfo, *La población de El Salvador*. UCA Edit. San Salvador, El Salvador. 1978. Primera edición. Madrid, España. 1942.

- Barfield, Thomas, Editor. *Diccionario de antropología*. Siglo XXI. Editorial. México. 2000.
- Browning, David, *El Salvador. La tierra y el hombre*. Ministerio de Cultura y Comunicaciones. Viceministerio de Comunicaciones. Dirección de Publicaciones e Impresos. San Salvador, El Salvador. 1987. Primera edición en español en El Salvador. 1975.
- Cobos Rafael. Síntesis de la Arqueología de El Salvador. Colección Antropología e Historia. No. 21. Dirección General del Patrimonio Cultural. Concultura. San Salvador, República de El Salvador. 1994.
- Coe William R. Excavations in El Salvador. *The University Museum Bulletin*, Vol. 19 (2): 14-21. University of Pennsylvania, Philadelphia. 1955.
- Clará de Guevara, Concepción (coordinadora), *Exploración etnográfica del departamento de Santa Ana*. Investigación del Patrimonio Cultural. Etnografía Salvadoreña 1. Ministerio de Educación Dirección General de Cultura y Deportes. Dirección de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1972.
- Crane Richard. Informe preliminar de las excavaciones arqueológicas de rescate efectuadas en 1974 en la Hacienda Colima, Departamento de Cuscatlán (Proyecto No. 2, Programa de "Cerrón Grande") *Anales del Museo Nacional "David J. Guzmán"*, Vol. 42-48: 13-27. San Salvador. 1975.
- Cortes y Larraz, Pedro, *Descripción Geográfica-moral de la Diócesis de Goathemala*. (Parroquias pertenecientes al actual territorio salvadoreño). Dirección de Publicaciones e Impresos. San Salvador, El Salvador. C. A. Concultura. 2000. Primera edición. Imprenta Nacional 1921.
- Dalton, Roque, *El Salvador, Monografía*. La Habana. Casa de las Américas. 1965.
- Miguel Mármol. *Los sucesos de 1932 en El Salvador*. San José, Edit. Universitaria Centroamericana. 1972.
- Dawson, Guillermo J., *Geografía elemental de la República de El Salvador*. París. Librería de Hachette y Cía. 79 Boulevard Saint-Germain, 79. 1890.

- De Burgos, Hugo, *Suchitoto*. Biblioteca popular. DPI. San Salvador, El Salvador. Concultura. Agencia Española de Cooperación Internacional. Aeci. 1999.
- Chalatenango. Historia urbana*. Biblioteca popular. DPI. San Salvador, El Salvador. Concultura. Agencia Española de Cooperación Internacional. Aeci. 2000.
- Sonsonate. Historia urbana*. Biblioteca popular. DPI. San Salvador, El Salvador. Concultura. Agencia Española de Cooperación Internacional. Aeci. 2000.
- Demarest Arthur, Santa Leticia and the Development of Complex Society in Southeastern Mesoamérica. Ph.D. *Dissertation. Departament of Anthropology*, Harvard University, Cambridge. 1981.
- Dirección de Patrimonio Cultural, *Calendario de fiestas religiosas tradicionales de El Salvador*, San Salvador. 1976.
- Escamilla Marlon Vladimir. La costa del bálsamo durante el postclásico temprano (900-1200 d.C.): Una aproximación al paisaje cultural nahua-pipil. *Revista La Universidad*, San Salvador Abril-Junio. Editores: Secretaría de Cultura de la Presidencia de la República. 2011.
- Escamilla Marlon y W. Fowler. Práctica y conducta de la arqueología salvadoreña, durante los últimos 25 años: El inicio de una arqueología nacional. *XXV simposio de investigaciones arqueológicas en Guatemala*. Guatemala 2012.
- Espino, Miguel Ángel, *Mitología de Cuscatlán*. Ministerio de Educación. Dirección de Publicaciones. San Salvador. (Quinta edición) 1976. Primera edición. San Salvador. 1919.
- González Sol, Rafael, *Fiestas cívicas religiosas y exhibiciones populares de El Salvador*. Segunda Edición. 1947.
- Guzmán Martorell, David J., *Apuntes sobre la topografía física de la República de El Salvador*. San Salvador. Tipografía El cometa. 1883.
- Jiménez, Tomás Fidas, *El ambiente indígena de los movimientos emancipadores de El Salvador*. San Salvador. Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. 1965.
- Toponimia arcaica de El Salvador: significado de los nombres geográficos indígenas*. San Salvador. Tip. La Unión. Dutriz Hnos. 1936.

- Harris, Marvin, *El desarrollo de la teoría antropológica*. Siglo XXI Editores. México. 1987.
- Hartman, Carl, *Los izalcos*. "Impresiones de un viajero en el siglo XIX. 1897 y 1899". En revista *Trasmallo*. Memoria de los izalcos. Carl Hartman en El Salvador. Memoria histórica y acción social. Museo de la Palabra y la Imagen. San Salvador. Número 2, año 1, 2006.
- Haefkens, Jacobo, *Viaje a Guatemala y Centroamérica*. Guatemala. Edit. Universitaria, 1969. (Serie Viajero No. 1).
- Hyland, Daniel, *Anécdotas de un extranjero en El Salvador*. San Salvador. Edit. Lis. S. A. San Salvador. 1943.
- Ichikawa Akira. *Estudios arqueológicos de Nueva Esperanza, Bajo Lempa, Usulután*. Colección Arqueología. Secretaría de Cultura de la Presidencia. Dirección Nacional de Patrimonio Cultural. Departamento de Arqueología. Dirección de Publicaciones e Impresos. San Salvador. 2011.
- Ito Nobuyuki (Editor). *Concheros en Punta Chiquirín, Departamento de la Unión. 2006-2009*. Colección Arqueología. Secretaría de Cultura de la Presidencia. Dirección Nacional de Patrimonio Cultural. Departamento de Arqueología. Dirección de Publicaciones e Impresos. San Salvador. 2011.
- Casa Blanca, Chalchuapa, El Salvador, Proyecto Arqueológico de El Salvador (Excavación en la Trinchera 4N)*. Universidad de Nagoya. Universidad Tecnológica de El Salvador, Tecnoimpresos, San Salvador, 2010.
- Kuper, Adam, *Antropología y antropólogos*. La escuela británica 1922-1972. Editorial Anagrama. Barcelona. España. 1973.
- Lara Martínez, Carlos Benjamín, «Iglesias evangélicas y conflicto político en El Salvador», *Cristianismo y sociedad*, No. 103, México, 107-121. 1990.
- «Consideraciones sobre la problemática indígena en El Salvador», San Salvador, Dirección Nacional de Patrimonio Cultural, Concultura. 1993. 12 páginas.
- Salvadoreños en Calgary. El proceso de configuración de un nuevo grupo étnico, San Salvador, Dirección Nacional de Patrimonio Cultural. Concultura. 1993.

- Joya de Cerén. La dinámica sociocultural de una comunidad semicampesina de El Salvador, San Salvador, Unesco-Concultura. 1997.
- «Transformación sociocultural», en O. Martínez Peñate: El Salvador, sociología general (Realidad Nacional de fin de siglo y principio del milenio). San Salvador, Nuevo Enfoque. 1999.
- La población Indígena de Santo Domingo de Guzmán. Cambio y continuidad sociocultural. Dirección de Publicaciones. Concultura. 2006.
- Lara-Martínez Rafael, *Mitos en la lengua materna de los pipiles de Izalco en El Salvador*. De. Leonhard Schultze Jena. Traductor e intérprete: Rafael Lara-Martínez. Colección Investigación. Editorial Universidad Don Bosco. San Salvador. 2010.
- Política de la cultura del martinato. Colección Investigación. Serie Bicentenario. Editorial Universidad Don Bsc. San Salvador. 2011.
- Lemus, Jorge E., «Una aproximación a la realidad del indígena salvadoreño», en *Científica*, revista de Investigaciones de la Universidad Don Bosco. Año 11. Número 12. Abril, 2011. San Salvador.
- Larde y Larín, Jorge, *Orígenes de San Salvador, Cuscatlán, hoy capital de El Salvador*. San Salvador, Imprenta. Nacional, 1925. También del mismo autor: *El Salvador antiguo*. San Salvador, Ediciones del Ministerio de Cultura. 1950.
- El Salvador: Historia de sus pueblos, villas y ciudades*. Dirección de Publicaciones e Impresos. San Salvador, El Salvador, Concultura. 2000. Primera edición en El Salvador. 1957. *Toponimia autóctona de El Salvador occidental*. San Salvador, Ediciones del Ministerio del Interior. 1977.
- Longyear John M. Part II, Archaeological Reconnaissance, 10. Deepartment of Santa Ana. En *Archaeological Investigations in El Salvador. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology*. Harvad University, Vol. IX. No. 2, pp 17-19. Harvard University, Cambridge. 1944.
- Mac Chapin. N., *Antropología social. La población indígena de El Salvador*. Colección Antropología e Historia, No. 20. Dirección del Patrimonio Cultural. Ministerio de Educación. Dirección

- de Publicaciones. San Salvador, República de El Salvador, C. A. 1990.
- La población indígena de El Salvador. Mesoamérica*. Publicación del centro de Investigaciones Regionales de Mesoamerica y Plumsock Mesoamerican Studies. Cirma, Antigua Guatemala-Vermont. Número especial El Salvador. Año, 12. Cuaderno. 21. Junio, 1991.
- Márquez, Adolfo, *Leyendas salvadoreñas*. Imprenta La República, San Salvador. 1942.
- Marroquín, Alejandro Dagoberto, *Panchimalco. Investigación sociológica*. Ministerio de Educación. Dirección de Publicaciones. San Salvador. El Salvador. 1980.
- Mejía de Gutiérrez, Gloria Aracely (coordinadora), *Etnografía de El Salvador*. Sección de Etnografía. Departamento de Investigaciones. Dirección de Patrimonio Cultural. Dirección General de Publicaciones e Impresos. Concultura. San Salvador, El Salvador, C. A. 1984.
- Memorias*. IV Congreso Lingüístico/I Simposio «Pueblos indígenas de El Salvador y sus fronteras». Coordinadora Antropóloga Gloria Mejía de Gutiérrez, Concultura. Dirección Nacional de Promoción y Difusión Cultural. Jefatura de Asuntos Indígenas. San Salvador, El Salvador. Abril, 1999.
- Memoria*. Encuentro de la Red Centroamericana de Antropología. «Antropología Salvadoreña ante el nuevo milenio: Un acercamiento al pensamiento antropológico centroamericano». Universidad Tecnológica de El Salvador. Asociación Salvadoreña de Antropología. Primera edición. San Salvador, El Salvador. 2001.
- Menjívar, Rafael y Guido Véjar, Rafael, *El Salvador de 1840 a 1935*. UCA Editores. San Salvador, El Salvador. C. A. 1978.
- Ministerio de Educación. Dirección de Publicaciones. *Danzas, historiantes y chapetones*, San Salvador. 1976.
- Montes, Santiago, *Etnografía de El Salvador. El guachival centroamericano. Cofradías, hermandades y guachivales*. Tomos I y II. Ministerio de Educación. Dirección de Publicaciones. San Salvador. El Salvador. C. A. 1977.

- Montes, Segundo, *El compadrazgo: una estructura de poder en El Salvador*. San Salvador, UCA Editores. 1979.
- Museo Universitario de Antropología, MUA. Universidad Tecnológica de El Salvador. Catálogo. Septiembre, TecnoImpresos. San Salvador. 2008.
- Ohi Kuniaki. Chalchuapa. *Memoria* final de las investigaciones Interdisciplinarias de El Salvador. Instituto de Estudios Latinomericanos de Kyoto, Museo Universitario de las Culturas, Universidad de Estudios Extranjeros de Kyoto. Japón. 2000
- Parker, Franklin, Comp. *Travels in Central América, 1821-1840*. Gainesville, University of Florida Press, 1970.
- Peccorini Atilio. Algunos datos sobre arqueología de la República de El Salvador. *Journal de la Societe des Americanistes de Paris*, 10: 173-180. Paris. 1913.
- Ruinas de Quelepa. *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística*, No. 1:249-250. San Salvador. 126.
- Rafael Cabarrus, Carlos, «Génesis de una revolución. Análisis del surgimiento de la organización campesina en El Salvador». México. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social. 1983.
- Radcliffe-Brown, A. R., *El método de la antropología social*. Editorial. Anagrama. Barcelona. España. 1973. Publicación original en inglés publicada en 1953.
- Rivas Geoffroy, Pedro, *Toponimia nahua de Cuscatlán*. San Salvador, Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador. 1973.
- Rivas, Ramón D., *Pueblos indígenas y garífunas de Honduras (Una caracterización)*, Editorial Guaymurás, Tegucigalpa, 1993.
- Los antiguos dueños de la tierra. Pueblos indígenas y garífunas de Honduras (Una caracterización socioeconómica, política y cultural)*, Proefschrift Katholieke Universiteit Nijmegen, 1994.
- Cultura y desarrollo con pueblos indígenas (Guías de trabajo)*, Editorial Guaymurás, Tegucigalpa, 1995. Coedición con Marvin Barahona.
- «The case of the Pech in Honduras” in *Voices of the Earth-In-*

indigenous peoples, new partners and the right to self determination in practice. The Netherlands Centre for Indigenous People and Leo van der Vlist (Edit.), Amsterdam, 1994.

—*Etnolingüística en Centroamérica y México*, Edit. Guaymuras, Tegucigalpa, abril, 1998. (Coedición con Atanasio Herranz y Marvin Barahona)

—*Rompiendo el espejo. Visiones sobre los pueblos indígenas y garífuna*, Editorial Guaymuras, Tegucigalpa, julio, 1998. (Coedición con Marvin Barahona).

—«Cultura y desarrollo: El caso de los pueblos indígenas de Honduras», en *Antropología e identidades en Centroamérica*. Carmen Murillo Chaverri (Ed.) Colección del Libro del laboratorio de Etnología. Oficina de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica. 1996. (Coedición con Marvin Barahona).

—«La imagen de los indígenas en la sociedad hondureña». En María Eugenia Bozzoli, *et al.* Primer Congreso Científico sobre Pueblos Indígenas de Costa Rica y sus Fronteras. Memoria. Unicef, Uned, Universidad de Costa Rica. San José, Costa Rica. 1998. (Coedición con Marvin Barahona).

—«¿Existe un movimiento indígena en Honduras? Hacia una interpretación de la protesta indígena en Honduras», en *Memorias*. IV Congreso Lingüístico, Primer Simposio «Pueblos indígenas de El Salvador y sus fronteras». Consejo Nacional para la Cultura y el Arte. Concultura. San Salvador. El Salvador. Abril, 1999. (Ramón Rivas y Marvin Barahona).

—*Ilobasco. Una aproximación histórica y antropológica*. Universidad Tecnológica de El Salvador. Tecno Impresos. San Salvador, El Salvador. 2000.

—*Memoria*. Encuentro. Red Centroamericana de Antropología. Tecno Impresos. Universidad Tecnológica de El Salvador. San Salvador, El Salvador. 2001. (Ramón D. Rivas, Gloria Aracely de Gutiérrez, coordinadores)

—*Antropología y arqueología de la isla Conchagüita en el golfo de Fonseca*. Facultad de Arte y Cultura. No. 6. Colección Antropología. Universidad Tecnológica de El Salvador. Tecno Impresos. Noviembre, 2005. (Ramón D. Rivas y Esteban Gómez).

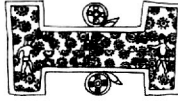
- «Cultura e identidad en tiempos de crisis». Revista de la Universidad Pedagógica de El Salvador, *Upperspectiva*. Año 1, No. 3 Volumen, 1. Enero-Abril de 2000.
- «Cultura e identidad. Aparición y desarrollo de los conceptos». Memoria. Segunda Jornada Indígena Centroamericana sobre Tierra, Medio Ambiente y Cultura, San Salvador. Impreso en Costa Rica. Julio, 1999.
- «Persistencia indígena en El Salvador». *Revista Científica* No. 5. Universidad Don Bosco. Año 4. junio, 2004.
- «Maras y transculturación. Orígenes de la violencia entre las pandillas juveniles en Ilobasco», El Salvador. Facultad de Arte y Cultura. No. 1. Colección Antropología. Universidad Tecnológica de El Salvador. Tecno Impresos. Diciembre, 2004.
- «Culturas indígenas urbanas y rurales en El Salvador». Cuadernos Españoles. Madrid, España. 2006 .
- «Los garífunas». En Roberto Sosa. Documentos para la historia de Honduras. Tomo II. Tegucigalpa. Honduras. Editorial Imagen y Palabra. Primera Edición. 2002.
- «Los lencas». En Roberto Sosa. Documentos para la historia de Honduras. Tomo III. Tegucigalpa. Honduras. Editorial Imagen y Palabra. Primera Edición. 2004.
- «Los tawhakas». En Roberto Sosa. Documentos para la historia de Honduras. Tomo III. Tegucigalpa. Honduras. Editorial Imagen y Palabra. Primera Edición. 2004.
- «Hacia una reflexión teórica y antropológica de la violencia. Pensando en El Salvador». Revista *Entorno*. Universidad Tecnológica de El Salvador. No. 33. Septiembre 2004-Marzo 2005.
- Deseo local y patrimonio histórico en Suchitoto*. Facultad de Arte y Cultura, No. 3. Colección Antropología. Universidad Tecnológica de El Salvador. Tecno Impresos. Abril, 2005.
- Rivas Ramón D. Comentario a la conferencia de Margarita Bolaños Arquín. En, Gabriel Ascencio Franco (editor) *La antropología en Centroamérica. Reflexiones y perspectivas*. Red Centroamericana de Antropología. Universidad de Ciencias y Arte de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México. 2010.

- Rivas Ramón D. Investigaciones recientes en la «Gruta del Espíritu Santo en Corinto», Morazán. En Arqueología de El Salvador, *La Universidad*, Órgano Científico-sociocultural de la Universidad de El Salvador. Nueva Época. Número 14-15. Abril-septiembre. San Salvador 2011.
- Revista UES. Arqueología en El Salvador, *La Universidad*, Órgano científico socio-cultural de la Universidad de El Salvador. Nueva Época. Número 14-5. Abril/Septiembre. Colección Bicentenario. San Salvador. 2011.
- Rodríguez Herrera, *América Libertad. San Salvador. Historia urbana (1900-1940)*. Colección. Ciudad y memoria. Agencia Española de Cooperación, Aeci. Dirección Nacional de Patrimonio Cultural. Concultura. DPI. San Salvador. 2002.
- Rodríguez, Leopoldo Alejandro, Estudio geográfico, histórico, etnográfico, filológico y arqueológico de la República de El Salvador, en Centroamérica, presentado al XVII Congreso Internacional de Americanistas, reunido en la ciudad de México, en septiembre de 1910. México. Antigua Impr. de Murguía. 1912.
- Rodríguez L. A. publicó un interesante documento titulado Antigüedades salvadoreñas. *La Quincena*, Vol. 5: 311-313. San Salvador. Estudio geográfico, histórico, etnográfico, filológico y arqueológico de la República de El Salvador en Centro América. Internacional Congreso of Americanist, Proceeding, 17th. Session. I México. 1895.
- Sharer Robert (editor) *The prehistory of Chalchuapa, El Salvador*. University of Pennsylvania Press, 3 Vols. Philadelphia. 1978. También, Robert Sharer y James Gifford. Preclassic ceramics from Chalchuapa, El Salvador and their relationship with Maya lowlands. *American Antiquity*. Vol. 35 (4): 441-462. 1970.
- Schultze Jena, L., *Mitos y leyendas de los pipiles de Izalco*. Ediciones Cuscatlán, San Salvador, El Salvador, C. A. 1977. El original en alemán fue publicado en 1935.
- Sahagún, Bernardino de, *Historia General de las cosas de la Nueva España*. «Colección sepan cuantos...». México. Editorial Porrúa. 1999.

- Spinden Herbert J. Notes on the archaeology of Salvador. *American Anthropologist*, N. S. 17: 446-487. 1915.
- Squier, E. G., *Apuntamientos sobre Centro-América particularmente sobre los estados de Honduras y San Salvador: Su geografía, topografía, clima, población, riqueza, producción, etc., etc., y el propuesto Camino de hierro de Honduras*. Antiguo encargado de negocios de los Estados Unidos acerca de las repúblicas de Centro-América. París. 1856.
- Stephens John, Lloyd (1821-1840), *Incidentes de viajes en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*. San José, Educa, 1971. 2 v. (Colección Viajeros 3).
- Thompson, George Alexander, *Narración de una visita oficial a Guatemala viniendo de México en 1825*. San Salvador. Ministerio de Educación, Dirección de Publicaciones, 1972.
- Valiente, Gilberto, *Metapán. Monografía del Distrito*, San Salvador. Imprenta Nacional. 1931.
- Vega, Adolfo H., *El indio occidental de El Salvador y su incorporación social por la escuela*. Impreso en la Tipografía Comercial de don Nicolás Cabezas Duarte. Santa Ana, San Salvador, 1934.

Familia y educación como ejes de socialización en El Salvador





En la actualidad es necesario, desde la academia, es decir, donde se debe producir el conocimiento, desde las universidades, reflexionar acerca de la relación que existe entre la familia y el Estado con respecto a la educación del ser humano. Soy de la opinión de que familia y Estado tienen un deber que cumplir en la educación de las personas. Esto es indiscutible. Pero la pregunta, naturalmente, es: ¿en qué proporción?

En el mundo contemporáneo constatamos marcadamente que la familia viene determinada por la misma naturaleza del ser humano y, en concreto, por la forma en que nos interrelacionamos; y así lo aprendemos en la antropología, que es la ciencia que nos muestra y describe el accionar del ser humano desde el punto de vista de su naturaleza biológica, psicológica, sociocultural, histórica y hasta religiosa. La antropología nos enseña que el ser humano nace, crece y vive dentro de la familia. Ser humano y familia, en cualquier sociedad, están esencialmente unidos; y no importa qué tipo de estructura familiar sea. No hay que olvidar que nosotros, aquí en El Salvador, solo conocemos lo que tradicionalmente hemos visto por familia.

Es por ello que, al hablar de familia, es referirse a un universal cultural. ¿Puede desarrollarse una persona fuera de la familia? La respuesta, negativa por lo obvia que es, no es así de simple. Sin embargo, en la práctica puede resultar no tan clara; y esta no incomprensión depende del grado de conciencia que se tenga de esta verdad antropológica. Muchas características psicológicas de las personas dependen de la relación paterno-materna durante los tres primeros años de su vida. Los hábitos y comportamientos sociales

tienen su arraigo en la primera etapa de la vida familiar. En pocas palabras, la familia es la formadora de la persona humana mediante la educación que ofrece. Este es el primer dato que la antropología nos enseña. Por eso, ninguna otra estructura, por buena y competente que sea, puede ocupar el lugar antropológico de la familia. Lo contrario sería antinatural, y, por consiguiente, nocivo para la vida humana.

La familia está primero y encima del Estado. Está primero en el orden del ser —orden ontológico—. Esto es así porque no puede haber sociedad si antes no existe la familia, que es la que produce y educa a las personas que integrarán la sociedad. En el orden del tiempo, la familia aparece primero que la sociedad. Estos son los datos que la antropología nos enseña.

Esta línea, el Estado tiene un papel secundario en la educación de las personas. No es que no lo tenga, sino que su papel se halla en segundo lugar. El Estado no dispone de estructuras que existan para ayudar a la familia en su tarea personalizadora. No es tarea del Estado suplir la función de la familia. Solo de manera excepcional puede y debe hacerlo. La relación del Estado con la institución familiar es de subsidio, que puede ser en distintos órdenes; uno de ellos es el educativo.

En este sentido, el Estado no solo debe proporcionar a la familia el edificio escolar y los maestros, sino también la competencia de estos últimos en cuanto a la materia que imparten. El Estado tiene la obligación de garantizar la gratuidad de la enseñanza de calidad. Pero ¿sucede esto?

La cuestión es que el Estado moderno surge a finales del siglo XV y principios del XVI, para proteger al individuo. En los siglos XVIII y XIX el Estado liberal crea conceptos como el de la niñez; el de la juventud dentro de un sistema capitalista, que lo único que le interesaba era la explotación de todo tipo de personas sin importar

su rango de edad. Es que el Estado moderno decide preparar adecuadamente al niño, al adolescente, con el fin de elevar su nivel de vida, su nivel sanitario y cultural. Y esto se ha mantenido hasta la década de los 80 del siglo pasado, hasta que se implantan las políticas neoliberales de ajuste estructural en lo macroeconómico; pero de desajuste en el plano social, donde no hay pensamiento filosófico sobre el concepto de *ser humano*.

Habiendo ya enfocado a la familia, la educación y el individuo como eje central en ello, constatamos que en los últimos años los conflictos sociales se han visto crecientemente interpretados como conflictos culturales. Y aquí entra ya otro actor, que es lo cultural. Es decir, todo lo que el ser humano hace. La cultura se ha convertido, de este modo, en una categoría operativa, en discursos hasta políticos y en políticas de toma de decisiones actuales.

Las teorías culturales se han limitado, por lo general, a responder a este proceso haciendo hincapié en un concepto diferente de *cultura*, que, aun siendo más «dinámico» o «ransnacional», no hace sino contribuir a la culturalización de lo político y de lo social hoy en curso, sin llegar a investigar las regularidades discursivas y las implicaciones inmediatamente políticas de la noción de *cultura* como tal. Frente a esto, se podría afirmar que la tarea de una crítica de la culturalización debería consistir en investigar en profundidad, desde una perspectiva tanto histórica como contemporánea, las funcionalidades políticas y las «materializaciones» sociales del dispositivo cultural.

En otras palabras, lo cultural y lo educativo no son una cuestión primordial para un Estado liberal, ya que choca con su filosofía programática donde el mercado regula todo, incluso las relaciones sociales. Eso es lo que sucede hoy en día en nuestro país. Es más, en la actualidad son los organismos internacionales los que dictan y definen las políticas educativas y culturales. Ante esta situación, surgen las preguntas: ¿Qué papel tiene la familia en todo esto? y

¿qué papel tiene la educación formal?, entendida esta como la que se encarga de la enseñanza pública. La pregunta de relevancia para todo científico social, y sobre todo para la ciencias sociales, es tratar de dar una respuesta del papel que juegan las instituciones en lo referente a la conservación de un orden social que cree cohesión alrededor de ciertos valores, ya que si vemos el desarrollo, tanto del individuo como de la sociedad, desde lo primitivo hasta lo tradicional, hay una transformación en todos los ámbitos.

En todas las sociedades –aunque en la antropología hemos aprendido que hay diferentes tipos de familia de la forma en como nosotros en nuestro medio la conocemos– el papel fundamental de esta es la de crear, mantener, reproducir generacionalmente los valores que la sociedad ha constituido como aglutinadores y de su preservación. En este sentido, si partimos de la teoría funcionalista sobre la función social de la familia, que es la de mantener, en primera instancia, la unidad del núcleo familiar entre sus miembros y de estos con la sociedad en general, constatamos que vivimos en una sociedad que a lo largo de la historia se ha caracterizado, por parte del Estado, por el uso de la violencia en todas sus dimensiones.

En este país ha existido una débil sociedad civil porque ha sido reprimida fuertemente, no ha tenido las oportunidades para desarrollarse. La sociedad civil ha sido reprimida a lo largo de la historia, y por eso se ha vuelto en un referente de oposición de contenidos ideológicos anticomunista y conservadora.

La familia no hace más que reproducir un orden cultural fundamentado en valores, principios y categorías que buscan el bien común. En este sentido, constatamos que las sociedades modernas experimentan un cambio cultural, principalmente por el modelo económico que impera (el capitalista), que se fundamenta en la producción industrial en serie, en el consumismo y en el individualismo. La pregunta es: ¿Cuál es el papel de la familia ante esto, ya que este conlleva transformación? Pues las sociedades, al igual

que la cultura, son cambiantes, son históricas. Anthony Giddens, ganador del Premio Príncipe de Asturias, en su libro *Un mundo desbocado*, dedica un capítulo a la familia en la actualidad. Este es un fenómeno muy en boga en la discusión de las ciencias sociales. El papel de la familia contemporánea es el de crear seres libres con capacidad de discernimiento, incluso de marcar la diferencia para no ser uno más en un mundo donde se pierde la perspectiva histórica e identitaria; la familia debe ser un asidero para el niño, un asidero donde encuentre calor humano, sus raíces y un lugar donde encuentre la forma racional de poder vivir en sociedad.

Pero ¿qué pasa cuando el Estado no tiene una concepción ética formativa de la persona?, ¿cuando el término *familia* es visto solo como un *slogan*? Así sucede también en la actualidad con los valores. Aquí cada quien puede inventar una cartilla y le pone el título de «valores»; y que se los aprenden de memoria, y ya se está cumpliendo. Y si lo hace el Ministerio de Educación, ¿por qué no lo voy a hacer yo que dispongo de una imprenta y del escritor que me ofrece el documento? Para los valores no hay recetas. Estos deben emanar de la cultura, porque aquellos valores que se infunden o se aprenden como canciones de un cancionero, luego pasan al baúl del olvido.

Con la «revolución cultural» de 1963, y en el caso específico de los Estados Unidos, se eliminaron las clases de Biblia y de religión del pensum de primaria y secundaria, es decir, del sistema educativo de ese país. La consecuencia de eso fue —de acuerdo con muchos analistas— el incremento de la violencia de una forma descomunal y la identificación de los jóvenes con subculturas que promueven el hedonismo, el individualismo; el satanismo, que ha aumentado como una especie de subcultura —muy fuerte el día de hoy—; el consumo de drogas, aumento en la portación de armas, etc. Es decir, todo aquello que va en contra del cuerpo social, de la unidad social. Científicos sociales de la talla de Marcel Mauss, Emilio Durkheim y Norbert Elías destacan en sus estudios socioantropológicos el carácter moralizador y cohesionador de la religión.

Martín Barbero es de la idea de que estamos en una época de incertidumbre donde los padres no saben a ciencia cierta en qué realidad se encuentran sus hijos, ya que tratan de entender el mundo de hoy con una visión personal desactualizada, desfasada, donde los medios electrónicos tienen una gran influencia en la formación de los jóvenes. A esto, me pregunto: «¿Cuál es la relación que se va a establecer entre la familia y los medios electrónicos?». Es decir, cuando los hijos se quejan de que los padres no los comprenden es precisamente por esto, porque no saben darles una orientación que racionalice la relación entre el joven y la tecnología. Entonces, comprar computadoras y pintar las escuelas de azul está bien, pero eso no es suficiente.

Ahora bien, si la familia, que es la reproductora del orden de convivencia social, no sabe responder de forma correcta ante las exigencias de sus propios miembros que la conforman, ¿cómo el Estado puede colaborar en dicho proceso formativo, ya se ve muchas veces desfasado en su papel formativo por lo tecnológico? Ese es el caso en nuestra sociedad salvadoreña. No nos engañemos ni permitamos que otros lo hagan.

El Estado –como afirma Michel Foucault– debe ser formador de conciencias que contribuyan a la libertad y al mejoramiento de la persona. Pero ¿sucede así? Esto, más que buscar una explicación, son retos del ser humano contemporáneo para encontrar una respuesta con raíces culturales e históricas propias. Vivimos en un mundo globalizado, transculturizado, y de ahí la importancia de hallar una respuesta. Los padres, es decir, las nuevas generaciones van, a su medida, tratando de componer este mundo cambiante, al que considero que los padres tienen que adaptarse, pero ese cambio debe de ser controlado; ese cambio debe ser anclado en una cultura, en una identidad, en un sentido social.

Hoy en día, las instituciones cambian, son históricas, se transforman –como lo afirma el sociólogo Max Weber–. Los valores con que fun-

cionan y crean estabilidad y cuerpo social no pueden cambiar. Otro problema es que los padres, en muchos casos, han tenido una mala formación con lastres como la intolerancia. Por ejemplo: a los papás se les enseñó a vestir de cierta manera; pero ahora los hijos tienen otra forma de presentarse en la sociedad; y esto, para los padres, crea inestabilidad porque consideran que esa forma es incorrecta. «Vos te vas a cortar el pelo así, vos te vas a vestir así»; y esto también lo hacen las instituciones educativas y hasta religiosas, pues son también producto de una sociedad con una historia de intolerancia. Pero el hijo está más interesado en lucir y actuar como vemos a las estrellas de cine, según la moda. Es decir, la familia y las instituciones de la sociedad imponen unos valores y una identidad a los que el joven tiene que circunscribirse. No estoy diciendo que hay que crear un orden familiar; se trata de ceder, de saber comunicar. Tampoco de hacer relajo; y de que «te vas a presentar chulón». En el momento actual es necesario leer, formarse.

Todo indica que la gente solo quiere cambiar, a su nivel, su imagen. El padre debe «crecer» con los hijos; el padre no lo sabe todo. Hay que adaptarse, pero con un asidero. Un referente que cree la autoestima, la confianza.

En la sociedad en que vivimos los jóvenes se ven bombardeados por el deseo individual, la búsqueda del placer en una forma irracional, libertina, irresponsable, sin tomar en cuenta las consecuencias de su conducta. La fiesta ha dejado de ser aquella forma de alegría y de cohesión familiar-social, y se ha sustituido por un elemento de placer personal. ¿Qué se espera de la educación hoy en día?

Si la educación –y esto hay que tenerlo muy claro– sigue, desde la primaria, transmitiendo valores y conceptos identitarios trasnochados para el mundo actual, o cedemos y nos adaptamos a las nuevas circunstancias históricas y culturales sin pensar, sin reflexionar sobre las ventajas y desventajas para mí, para mi familia y hasta para la sociedad y para el país, no estamos haciendo nada. Es más,

estamos perdiendo el tiempo, como docentes, como alumnos y hasta como padres de familia, pues estamos construyendo un ser humano que vive de ilusiones, en un mundo irreal, ya que eso es lo que aprendemos en la escuela —en este país hay escuelas del primer mundo y hay «chiqueros» del cuarto o quinto mundo—, en el instituto, en la universidad, y, por lo tanto, lo que hacemos es transmitir ese mundo de la calle transculturizado, deformado y, a lo mejor, impregnado de antivalores hacia la escuela, hacia la universidad. Naturalmente, debe saber que detrás de todo ello hay un orden social, político, económico, cultural, ideológico y religioso que debe ser redefinido y adaptado al mundo actual.

La educación es importante para mantener una forma de convivencia democrática; y es por eso que los contenidos deben de girar sobre la formación cívica, de valores, en el estudiantado. En el campo político, el Estado debe de imponerse ante los condicionamientos de los organismos internacionales.

En el campo cultural es necesario un mejor conocimiento de la cultura y de la historia nacional, en el que exista un ligamen entre Estado y ciencia (investigadores, profesionales, estudiosos de la cultura y de la historia nacional). En el campo económico y de desarrollo, la educación debe capacitar al joven en la formación de una mano de obra altamente especializada. Urge establecer políticas y estratégicas que ligen al sistema educativo con el mercado laboral.

Las universidades ya no pueden ser el centro de ilusiones y desilusiones de los jóvenes, pues la sociedad del momento exige concretamente la participación de estos profesionales en la vida nacional. Hay una cosa importante que mencionar, y es el hecho de que la educación ha dejado de ser un proyecto nacional para ser un bien privado.

Esto se da precisamente ante la poca intervención del Estado en mejorar la calidad del sistema de educación pública. Ante esta situación, surgen instituciones de formación de dudosa calidad, pero

que, a diferencia de lo que sucede en las escuelas públicas y hasta en la universidad estatal, en las privadas se ejerce más control en la calidad de la educación.

En muchos casos, las instituciones de enseñanza de carácter público se han convertido en sacos rotos, ya que no se ve el producto de todo lo que se invierte. Anarquía y desorden institucional reina en estas instancias públicas. Esto lo vemos a todo nivel, desde la primaria hasta la educación universitaria.

Hay casos en los sistemas de educación pública en que los docentes ni se preparan para sus clases, y hasta llegan borrachos al desempeño de sus funciones, aunque usted no lo crea; y esto se da en todo nivel. Claudio Rama, consultor de la Unesco, en afirmaciones muy optimistas, pero que a mi juicio la realidad es otra, señala que las universidades en Latinoamérica han servido como instrumentos de incorporación de la juventud indígena y campesina —que no es lo mismo— a la sociedad nacional de los países latinoamericanos. Habría que ver si esto es cierto en sociedades con tantos resabios racistas y de mentalidades segregacionistas y marginadoras. ¿De qué me sirve a mí integrar todo este tipo de gente en las universidades si en la realidad laboral hay exclusiones?

Conozco el caso de un indígena en Honduras. Estudiando en la Universidad Nacional uno de los catedráticos le dijo que para qué estudiaba si una licenciatura no le serviría en su comunidad indígena. Esto, en vez de propiciarlo como agente de cambio, lo desmotiva y le obstaculiza su desarrollo.

Hay otro caso en Costa Rica en donde un catedrático le insistió a un estudiante negro que le demostrara qué pensaba. Y así lo manifestó un medio comunicación costarricense. Son reminiscencias racistas que el mismo Estado ha ido fomentando; son lastres que se han hecho «cultura». La educación tiene que ser multicultural y humanista. Se trata de formar gente pensante y no solo técnicos.

El sistema de educación, en nuestros días, lo que hace es reproducir el orden establecido, la jerarquía de clases, el *status quo*. Esta es una constatación; y lo observamos no solo en nuestro país, sino en el continente. Peor aún, lo que se hace es simplemente implantar un sistema de formación un tanto modificado, y que corresponde a otro contexto histórico y cultural.

Eso, en palabras de Louis Althusser —en un interesante libro titulado *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*— Freud y Lacan, se afirma que «hay que replantearse el sistema educativo en el sentido del cambio social, y, en esto, al individuo hay que formarlo como la sociedad lo exige, como su contexto lo demanda». Esto es muy importante, ya que no hay que olvidar que la sociedad y las instituciones son cambiantes. En la sociedad contemporánea constatamos una especie de autonomía del ser humano con respecto a la sociedad.

El problema es que las instituciones se conceptualizan como transmisoras de una dominación política cultural ideológica y económica que impone un orden social, incluyendo la intolerancia, la marginación, el machismo, la homogeneidad cultural, entre otros. Estos no son más que resabios culturales que los jóvenes actuales rechazan. ¿Y por qué los rechazan? Precisamente porque son mandos desde el poder; no ha habido un diálogo participativo. Los jóvenes rechazan ese tipo de visiones, de marcos conceptuales. Tratan de mantenerse al margen, lo que es peligroso pues conlleva a la apatía y a la pérdida de valores.

La forma de conceptualizar la cultura, el ser humano, la sociedad, y la economía no va emparejada con la formación valorativa moralizadora cívica de los jóvenes. Por un lado, al joven se le ofrece una buena vida, gozar la vida al máximo en cuanto a bienes y consumo, no importando los medios que tenga que utilizar para llegar a dicho consumismo, pues ya esto no es ni social. La cuestión es que la posmodernidad te ofrece libertad, salirte de los esquemas tradicio-

nales; pero a la vez no te brinda un marco de referencia alternativo a ese que se considera desfasado. Robert Putnam apunta que en las sociedades se forma un capital social que sirve de *stock*, inventario, que les sirve de capital cultural; y la familia entra ahí, y es parte de ese capital cultural.

Cabe preguntarnos: ¿Ha funcionado la familia en El Salvador? ¿Cómo se ha constituido la familia en El Salvador?

Hace unos treinta años, la familia extendida —como la conocemos los antropólogos—, es decir, el núcleo familiar y toda la parentela, vivían en una sola casa. Inclusive había casos en que hasta la servidumbre con sus hijos convivían en un solo espacio. Esto se constataba en los pueblos, en el campo y mayoritariamente en las fincas. Es curioso. Y aunque no se han hecho estudios al respecto, vamos a proponer la siguiente hipótesis: en el caso nuestro, la guerra puso fin a esta tradición familiar, insertando a los miembros masculinos a la vida urbana y después a la migración; primero política y luego económica. Y esto es algo que en la antropología de nuestro entorno no se ha estudiado en el marco del sistema económico neoliberal.

Con los sucesos que se acrecientan en el país en la forma de desastres sociales y naturales, la familia nuclear pareciera que va agarrando auge, fenómeno que, en donde más se puede ver es en la clase media.

La pregunta es: ¿En qué situación se encuentra hoy en día la clase media, y con ello la familia? Lo recalco: en este país hace falta un estudio histórico y antropológico de las instituciones sobre la familia, ya que esta ha estado sujeta a cambio: el país ha sido eminentemente agrícola y mayoritariamente católico como fuente ideológica de primer orden, yo me imaginaba que el flamante censo que se realizó en el 2008 —y que sus escuetos resultados no convencieron ni a los que lo promovieron— nos podría dar pautas para analizar el fenómeno familiar en la actualidad.

No obstante, las migraciones internas han afectado la formación de capital social en el país, ya que los hijos, al no tener una supervisión de los padres, se entregan al individualismo, a la autonomía, sin tejer redes de solidaridad.

En la actualidad se constata, en términos generales en El Salvador del 2012, que ni familia extendida ni familia nuclear, sino una especie de congregación parental en el que una mujer mayor, que sustenta el título de abuela tiene la tarea de criar nietos, bisnietos y primos hermanos, a los que los días se le hacen largos hasta que llegue la remesa. Pero además pareciera que fueran animalitos de engorde, pues al no más echar cuerpo suficiente, estos nietos, bisnietos –y qué se yo que más– tienen que salir del país, pues el resto de la parentela se encuentra fuera del país, principalmente en los Estados Unidos. Estamos hablando de parentela y no de familia. Es crudo mencionarlo, pero este es el panorama que este año 2010 afronta El Salvador.

La pregunta es: ¿Cómo consolidar un sentido de identidad o, mucho más, de nación, cuando en la realidad vivimos en una sociedad *light*, altamente desintegrada?

Yo creo que –como científicos sociales– estamos en la obligación de analizar críticamente los gobiernos de Arena, pues, si bien es cierto se ha invertido en infraestructura, en el ámbito de políticas culturales enfocadas en la familia han sido gobiernos ineptos, sin sentido de nación, sin sentido humano. Es más, eliminaron el colón trayendo más desgracia para la familia salvadoreña. En el continente latinoamericano, El Salvador va rezagado en cuanto al gasto social; y el mismo Banco Mundial lo ha confirmado. La cuestión es que los préstamos no son bien administrados, ni son enfocados en áreas cruciales para el desarrollo nacional y principalmente social, incluyendo la familia. Todo lo contrario a como sucede en Chile, Costa Rica, Uruguay y hasta en el mismo Brasil con todos sus problemas debidos a la multi y pluriculturalidad y su gran dimensión territorial.

Urge que el Estado salvadoreño invierta más en el área social; y ese es el reto para el próximo gobierno que sea elegido por el pueblo. No hay que olvidar que la familia es parte de un entramado social en el que, si no se invierte, las posibilidades de desarrollo desde la educación son mínimas.

Considero que urge un estudio sobre las relaciones de género, es decir, sobre la evolución histórica, pues estudios como estos no solo dan pautas para una mejor comprensión de la sociedad, sino que a la vez dan elementos de juicio para la proyección de políticas que se enfoquen en la familia. Es preocupante constatar que una Secretaría de la Juventud no hace nada por una animación sociocultural de los jóvenes, promoviendo lo lúdico con un asidero cultural propio, es decir, diversiones que promuevan la identidad. Todo lo contrario, se enfoca en programas que, aparte de ser *light*, son imitaciones de concursos que los vemos en otros países.

Creo que, en un país como el nuestro, ya no se debe seguir jugando con las necesidades de la gente; es decir, hay que resolver los problemas cruciales de la familia salvadoreña en vez de dar un tratamiento cosmético, como los carritos, helicópteros y muñecas de plástico que se regalan todos los años para Navidad; o los arbolitos que todos los años, al inicio del invierno, se siembran, pero que el mismo Fovial o Caess se encargan de descombrar o simplemente arrancar de raíz. Es una ofensa no solo para el sector intelectual, sino para todo aquel que tiene uso de razón, ver candidatos, hoy en día, ofreciendo cielo y tierra, abrazando y cargando niños, tocando adultos mayores sin tener una claridad de las principales problemáticas del país.

Yo no lo logro entender –en mi poca imaginación– cómo un candidato de un partido gobernante ahora dice que verdaderamente se va a trabajar para el mejoramiento de la sociedad salvadoreña. ¿Acaso los otros gobiernos que han quedado atrás no han hecho nada? ¿Es esto una reconfirmación de aquello? El punto central

es que no ha habido una sociedad civil contestataria a las políticas autoritarias del Estado; y, cuando la ha habido, han sido reprimidas bruscamente y por eso se ha llegado a graves consecuencias.

La historia pasada y reciente de este país lo demuestra. En esto hay muchos ejemplos que la historia nos presenta. El legado histórico y antropológico de nuestro país —y que estamos obligados a estudiarlo— no nos permite transitar hacia una verdadera democracia donde la familia sea la propiciadora de esos valores sustantivos como la tolerancia, el respeto y la solidaridad. En estos momentos aún hay odio entre muchas familias salvadoreñas, ya que unas son de izquierda y otras de derecha. Parecemos pesimistas, pero la realidad nos está demostrando que la familia salvadoreña no se encuentra consigo misma.

Estamos ante un legado social de décadas que no es fácil de quebrantar. El Estado está obligado a enfocarse en el bienestar de la sociedad y, por ende, de la familia. Ahora bien, ¿cómo hacer para que la escuela sea una prolongación de la familia? ¿Cómo lograr que en la escuela el hijo no encuentre una educación diversa a la que los padres le transmiten? Este es un reto arduo para la escuela moderna en cualquier parte del mundo. Desde hace siglos, la sociedad ha venido dando respuestas a esta problemática antropológica.

La relación familia-escuela no puede reducirse tampoco a la planificación de actividades. En esto, también es mucho más lo que se quiere decir. Se habla de comunidad para intereses educativos. Los intereses técnicos —las asignaturas— y el modelo de persona que se quiere formar son los intereses humanos. Y en todo esto la familia tiene el deber de aportar sus intereses. Pero ¿sabemos verdaderamente en la actualidad qué tipo de familia tenemos en El Salvador?

Los que estamos en la tarea de formar debemos primero conocer las estructuras fundamentales para la sociedad, pilares claves; y eso es, en consecuencia, saber cómo está estructurada la familia. Esta es

una gran responsabilidad en sociedades como la nuestra en donde la historia pasada y reciente, y lo contemporáneo, nos pone de espejo una realidad desgarradora en el marco de la desintegración familiar, en todos sus aspectos. Soy de la opinión que en el país urge de una educación pluralista y abierta, propia de las sociedades modernas, actuales, que han comprendido que la educación debe dotar a las personas de las herramientas necesarias para desenvolverse de manera óptima en la sociedad.

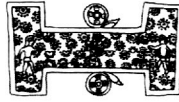
Claro debe de quedar que la educación no es una mera capacitación, sino que es el eslabón que permite que las personas ocupen un lugar dentro de la sociedad; y esto implica su formación integral, ya sea en aspectos propios de su individualidad, así como también en la adquisición de nuevos conocimientos que les permita resolver los problemas y alcanzar las metas que cada uno se plantea.

REFERENTES BIBLIOGRÁFICOS

- Althusser, Louis, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado Freud y Lacan*. Edit. Nueva visión. España. 2010.
- Bourdieu Pierre, *Capital cultural, escuela y espacio social*. Siglo XXI. Edit. Buenos Aires. 1990.
- Durkheim, Emilio, *Educación y sociología*. Edit. Península. España. 2003.
–*Las formas elementales de la vida religiosa*. Edit. Akal. España. 1992.
- Norbert, Elías, *Teorías del símbolo: un ensayo de antropología cultural*. Edit. Península. España. 1944.
–*Conocimiento y poder*. Edit. Edición de la Piqueta. España. 1994.
- Giddens, Anthony, *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Edit. Tauros, Madrid. 1999.
- Lévi-Strauss, Cláude, “Introducción a la obra de Marcel Mauss”, en *Sociología y antropología*. Edit. Tecnos. España. 1971.
–*Las estructuras elementales del parentesco*. Edit. Paidós. 2009 (1949)
–*Mito y significado*. Edit. Alianza. España. 2002.
- Mauss, Marcel, *Ensayo sobre el don: formas y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Edit. Plaza. Madrid. 2010.
- Putman, Robert D. y Goss, Kristin A., “Introduction”, en Putman, Robert (Comp), *Democracies in Flux. The evolution of social capital in contemporary society*. New York. Bowling Alone. 2002.
- Weber, Max, *Sociología del poder. Los tipos de dominación*. Edit. Alianza. España. 2007 (1921).
–*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Edit. Alianza. España. 2001 (1903).
–*Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Fondo de Cultura Económica. España. 1991.

En busca del *otro*
y de la identidad nacional





Quién es el salvadoreño de hoy, y qué nos hace sentirnos salvadoreños? Esos son los interrogantes centrales e hilos conductores de esta reflexión. Buscando una respuesta, he entrevistado a un buen número de personajes representativos de la vida nacional; y cada uno de ellos describe su sentimiento por el país a su modo y sin tapujos; y eso no los hace sentirse menos, pero tampoco más. Son salvadoreños. Todos los entrevistados de dentro y fuera del país afirman sentirse salvadoreños. Así, el presidente de la Academia Salvadoreña de la Historia, don Pedro Escalante Arce, me decía: «No es fácil condensar toda una identidad, o identidades, en una sola frase; pero lo que considero propio de los salvadoreños es la valentía ante el destino difícil de su historia. Y no solo lo valiente, sino esto: ‘la nobleza ante el infortunio’. Porque esto es para mí propio nuestro, nuestra nobleza de espíritu, de comportamiento y de actitud ante la adversidad».¹

Y es que al escudriñar la historia sociocultural del país, desde la Conquista y la colonización, se constata que estos han sido acontecimientos relacionados con un marcado clasismo y con un fuerte racismo perpetuado en el tiempo, aunque en algunos momentos encubiertos y en otros presentando matices nefastos. Las condiciones económicas de determinados sectores e instituciones de poder, entre ellos los grupos oligárquicos, el Ejército y la Iglesia; los estratos sociales divididos entre indígenas, campesinos, obreros; clases media, alta y burguesía han sido elementos claves que han influido en la forma de hacer y de ser del salvadoreño. Ante esto, escritores como Ernesto Rivas Arévalo, radicado en Holanda desde antes de

1 Entrevista electrónica realizada por el autor.

la guerra civil, define al salvadoreño como: «Un ser nostálgico; un ser que lo es todo y nada; es un ser que oscila entre ‘lo mejor’ y ‘lo peor’; vive la vida momentáneamente sin complicaciones y muere en la jugada como una burbuja de jabón o un objeto desechable. El salvadoreño es el hijo de nadie y el hijo de Dios, ese que existe en la boca de todos y que reina en ese paisito conjuntamente con la injusticia, la violencia, la ineficiencia, la ignorancia, la corrupción y los malos gobiernos. El salvadoreño vive en su pequeño mundo lleno de *valeverguistas* y *vergones*; entre considerados y desconsiderados. Es aquel que ha nacido con la marca de esclavo y con el cliché metido en el cerebro de que ‘todo es mejor fuera de su país’, lo que deja al descubierto su propia autoderrota. Es venir al mundo defraudado y programado a aceptar hasta lo absurdo y a seguir guardando la esperanza de que algún día todo sea mejor. Ser salvadoreño, dado el caso, es estirar la mano mes a mes y dormir sobre el colchón de las remezas, sin llegar a comprender que el otro pariente es el cordero sacrificado. Ser típico salvadoreño es haber crecido sin las herramientas imprescindibles para la formación y el buen razonamiento del individuo, es haber nacido a la bruta y ‘a la buena de Dios’». ²

Y es que El Salvador es una nación que ha sido confrontada por una corriente de ciclos económicos que, directa e indirectamente —y lo recalco—, han definido la cultura que aún persiste en el pueblo, entendiéndose *el pueblo*, por su gente. Pero entiéndase que con ello no quiero decir que la cultura en nuestro país es una sola. Vivimos en un país con muchas culturas y a la vez con muchas y variadas identidades que desgraciadamente solo se rozan pero no se entrelazan, y es eso precisamente lo que ha influido enormemente en la identidad económica, social y política de la gente. En el caso económico, vemos cómo a lo largo de la historia, con el cultivo del añil, del café, de la caña de azúcar y de los granos básicos, ha habido grandes transformaciones socioeconómicas. Pero es solo con el cultivo del café en donde encontramos que se crea una especie de

2 Ibid.

microcosmos social, o simplemente un *ethos* señorial— usando la terminología de Sergio Tischler Visquera— donde se conformaron de una vez, durante más de cien años, las relaciones políticas y económicas que hoy en día caracterizan a la mayoría de los salvadoreños. La pregunta es: ¿Cuál fue el uso que los gobernantes liberales a fines del siglo XIX le dieron a la finca cafetalera y qué papel tuvo este microcosmos económico en la dominación política y cultural de los salvadoreños?

Ya Aldo Lauria (2003) apunta magistralmente el fenómeno en su libro *Una República agraria: los campesinos en la economía y la política de El Salvador en el siglo XIX*. Todo parece indicar que la estructura de la finca amarraba al campesino a un lineamiento político —llámese liberal— y a una dependencia económica alrededor del salario que la finca le proporcionaba donde le pagaban con fichas, las que obligado tenía que «comprar» en la «tienda» del patrón. Esto generó una gran identificación —a conveniencia— entre los campesinos y los finqueros cafetaleros, sobre la que se creó una «identificación» nacional. Por lo menos esa es la impresión que da, y es necesario estudiar el fenómeno: una identidad nacional centrada en lo que la gente veía, hacía y sentía; una identidad con el lugar, con la finca, con la calle y los símbolos patrios que ya empiezan a institucionalizarse desde mediados de 1800.

El arqueólogo Fabricio Valdivieso, radicado en Canadá, me decía: «El significado de ser salvadoreño, para mí, tiene tres líneas paralelas: la primera es trazada por mi calle y ciudad, familia y amigos. La segunda por las instituciones, empresas, política, economía y sociedad que nos hace particulares. Y la tercera se aloja en el imaginario de creer quiénes somos, a través de nuestros símbolos patrios, hitos culturales, obras, tragedias e historia, todo aquello que perfila una identidad derivada de nuestra realidad. A veces el ser salvadoreño es mejor definido por aquel que no lo es, o su representación es mejor definida por lo que somos o creemos ser fuera de El Salvador».³

3 Ibid.

El magistral libro del David Browning titulado *El Salvador, la tierra y el hombre*, induce a pensar que la tierra en el país en clave para entender al salvadoreño desde su historia.

Constato una pobreza intelectual en el país en eso de estudiar la historia social-agraria, que ha caracterizado al país, para ver cómo esta ha trastocado al individuo de forma personal y colectiva; pero, también, se confirma una pobreza científica para valorar y dar referencias sobre el pasado y el presente del campesino y de los indígenas como actores desposeídos en todo este proceso que se conformó como todo un sistema estructurado de dependencia con amplias dimensiones.

Es que la estructura de dependencia social, económica, política —y por qué no— hasta cultural, religiosa y de identidad se fue trastocando a lo largo de los siglos. En algunas épocas presentando brotes de descontento; pero que, hasta en la década de los ochenta, con la guerra, alcanza su culminación; precisamente al momento que los campesinos y obreros salen del *ethos* señorial y se levantan en protestas para desembocar en una terrible lucha armada que muy bien se hubiera podido evitar, y que termina con la firma de esos históricos Acuerdos de Paz en el castillo de Chapultepec, México, en 1992; son acuerdos que se han cumplido a medias, ya que muchos políticos, en su ignorancia y miopía, no entendieron ni entenderán la relevancia de tan significantes acuerdos en la historia, presente y futuro del país.

Y termina el conflicto; y hay que trabajar, y hay que ver cómo se sale adelante, pues del estado, que nunca se logró configurar por la sencilla razón de que en el país jamás existió un proyecto de nación, como sí sucedió en otros países —México y Costa Rica, solo por nombrar dos—.

El resto de países de la región no han tenido tampoco en sus orígenes, como países, un proyecto de nación que identifique y reúna en

un interés común a sus connacionales. Ante esto, el salvadoreño se rebusca para seguir adelante y lograr un espacio en el país a como dé lugar. Terminada la guerra y ante la falta de un proyecto de nación enfocado en sacar adelante al individuo de su mísera situación, este decide emigrar y se va con todas las consecuencias socioeconómicas y culturales del caso. Las características de la actual sociedad y cultura son un reflejo presente de lo que es y será el país si el mismo no se enrumba en beneficio de su población.

El periodista y escritor Iván Montesinos se refirió al respecto así: «Fíjate que nunca pensé en esto; y ahora que lo medito me doy cuenta de lo difícil que es la respuesta, dado que generalmente confundimos la salvadoreñidad con el nacionalismo, lo cual es muy explotado especialmente por políticos y publicistas, que lo usan hasta para campañas de bebidas alcohólicas; ejemplo: 'Sea un buen salvadoreño, tome *Tick Tack* o *Pilsener*'. También esto es muy común usarlo en lo referente a la selección de fútbol cuando está en competencias internacionales.

Pero lo más crudo fue cuando, en 1969, se declaró la guerra entre El Salvador y Honduras. Aquí la clase gobernante militarista, que estaba de capa caída, usando la salvadoreñidad levantó su perfil a costa de una guerra inútil que dejó centenares de muertos, grandes pérdidas económicas y el rompimiento con Honduras por muchos años. Para mí, el ser salvadoreño es un concepto que nos identifica a los que nacimos en El Salvador, con la cultura, costumbres y raíces ancestrales del país de nuestro origen. Por supuesto, el ser un buen salvadoreño implica trabajar por preservar nuestra cultura contra las nuevas corrientes de transculturización».⁴

Montesinos le apunta a la historia, pero también al lugar de nacimiento y a las características culturales. Pero hay otros que se enfocan en la lucha por salir adelante, por progresar, por perseverar;

4 Ibid.

sin esperar nada de un Estado que nunca ha funcionado y que, por consiguiente, no se puede esperar mucho de él. Así, por ejemplo, una distinguida secretaria (me dijo que omitiera su nombre) expresó su opinión sobre qué es para ella ser salvadoreña de la siguiente manera: «Para mí, ser salvadoreña es ser una persona con muchas agallas y con mucho valor, que en el día a día tiene que enfrentar y vencer muchísimos obstáculos; también tiene que descubrir las oportunidades que se le presenten, dentro de lo poco que ofrecen los gobernantes, llámense presidente, diputados, alcaldes, jueces, magistrados, políticos, docentes, etc., que son ellos los que tienen la obligación de orientar y llevar el país por un mejor rumbo. Sin embargo puedo decirle que me siento orgullosa de haber nacido en este pedacito de tierra, pues, por mi parte, aquí he recibido muchas alegrías y satisfacciones y me he realizado como mujer, como madre y como profesional. Gracias a Dios nunca me ha faltado trabajo, ni comida, ni oportunidades».⁵

Ante la falta de líderes y proyectos a futuro, y en el marco de la construcción de una nación, la gente se las ingenia para salir adelante. Este sentimiento real de impotencia ante un Estado incapaz de poder servir siempre se va a dar ante la falta de una política social y económica para beneficio del pueblo; pero también se presenta por la falta de un proyecto de modernización continuo en el tiempo –como muy bien lo afirma Roberto Turcios– y de una reforma agraria como debe ser; de un Estado con mayor presencia en la sociedad y no al servicio de un grupo económico y político en particular.

El periodista de *ContraPunto*, David Pérez, me explica su idea de ser salvadoreño de la siguiente manera: «La pregunta se puede dar a diversas interpretaciones; algunas respuestas se encauzarán a defender a las pupusas, ‘El Carbonero’, Pancho Lara, y todo un remolino de idioteces que muy poco le han valido a la conciencia del salvado-

5 Ibid.

reño que ayer mató a su vecino porque un tercero le pagó cien dólares. Entonces, prefiero alejarme de ese 'El Salvador' con el cual muy poco me identifico; que me dice muy poco. Y aunque esté borracho no me emociona saber que los canales nacionales programarán toda la noche al cómico más conocido del país. Por otro lado, encontramos al salvadoreño que se 'echa' las cervezas al borde de la carretera; el que se va a las casas de las putas, y con el bagaje de excesos regresa a su casa con los bolsillos lavados. Ese salvadoreño lo encontramos en Roque Dalton, como máxima figura de la literatura urbana.

Es decir, me da la impresión de que El Salvador se debate entre la identidad inocente de espejuelos por oro y la picardía de quien aventaja al adversario por puro placer. ¿Qué es ser salvadoreño? Ser bipolar y negar ahora lo que ayer me dio razones para vivir. ¿Qué es ser salvadoreño? Es luchar hasta la médula por lo que considera justo. ¿Ambas interpretaciones engloban al salvadoreño? Justamente lo creo así.

No existe una definición precisa, una línea en la cual por una manera de ver el mundo deje de serlo; y es que, aunque intolerantes, definir la identidad salvadoreña es reconocer lo diversos que somos. Confesionalistas, contradictorios, genuinos, esmerados, testarudos... El simple hecho de que para resolver un problema haya primero que desangrarnos hasta la muerte lo dice todo. Pero no todo es fatalista. A la larga somos 'buena gente'...».⁶

La respuesta no es fácil; pero David Pérez, desde su análisis real y objetivo, nos hace pararnos firmes y apuntar y volverle a disparar al Estado salvadoreño, en el sentido de que le hace falta —desde su fundación, allá inicios de la tercera década de 1800— una verdadera autonomía en el ejercicio de sus funciones, entendiendo por autonomía su separación patrimonial; es decir, desligarse de ser patrimonio de un grupo particular; dejar de ser finca de finqueros; dejar de ser maquila de maquileros.

6 Ibid.

El Estado debe centrarse en proteger los intereses de todos. Entendiendo esto, en términos políticos, como la nación. Este país de nosotros nunca tuvo ni ha tenido una verdadera política enfocada en el beneficio social del individuo y su familia, sostén principal de toda sociedad. Todas las iniciativas que se han presentado, pues las ha habido, han sido abortadas y sus creadores desacreditados. Pero ¿qué sucede? —Año 2012—. La gente se frustra, la gente no alcanza a divisar la cuesta; y eso confunde y desasosiega, desanima. Pero luego, si volvemos a leer y a reanalizar la historia, vemos que esta solo ha sido una sucesión de personajes con cuentos bonitos; unos malditos en reprimir y otros con cara de estúpidos repitiendo discursos con incoherencias y hasta trillados, y, lo peor, sin contenido, ante una población de la que ellos creen que es pendeja. ¡Cuidado...!

No obstante, hay quienes reflexionan sobre el ser salvadoreño con los elementos que da la experiencia de la vida; y son de mucha importancia y sabiduría sus enfoques, ya que parten de la espontaneidad. Se trata de gente que quiere su lugar de nacimiento: ese espacio compartido y ahora lleno de recuerdos y desaciertos, pero que es el lugar de espacios encontrados. «La identidad nacional la da no solo el lugar de nacimiento o la sangre de la paternidad, sino que se desarrolla a partir de las vivencias del día a día —me dijo un respetado académico que prefirió el anonimato—. Allí es donde empezamos a tener los sentimientos y pasiones comunes que recibimos y expresamos en nuestra cotidiana relación.

Es decir, compartimos valores por la patria, por la historia, por nuestra gente, por lo que nos rodea como la flora, la fauna, el paisaje, las costumbres y, por supuesto, las comidas y nuestra manera de ser: afables, alegres, solidarios. Los éxitos de nuestros intelectuales y deportistas nos llenan de orgullo... y gritamos: '¡Yo soy salvadoreño!'. Antes presumíamos de ser como los alemanes o los japoneses, muy trabajadores y muy resueltos para enfrentar los avatares de los tiempos y de la naturaleza; y casi siempre triunfábamos en nuestros propósitos de vida, ya fuera en Honduras, en Panamá o en cualquier

otro lugar. Hoy esa condición se ha perdido, y nuestros compatriotas están a la espera de la ayuda del Gobierno o de la remesa familiar. He luchado en dos conflictos armados; y lo hice pensando en la patria de mis padres y de mis hijos; y espero que mi salvadoreñidad continúe por siempre»⁷.

Y es que el problema de El Salvador, hoy en día, se complica por el hecho mismo –y lo recalco– de que no existe un proyecto compartido para enrumbar la educación, clave para la sana convivencia y desarrollo, reactivar la agricultura; pero lo mismo pasa con la cultura– ¡Hay, mi Dios, la cultura..!–, ese elemento clave y tan importante para que la vida del ser humano sea en armonía y sana convivencia con los que le rodean, como la misma sangre. Pero ¿qué sucede? Caprichos de ‘burro infiel’ llevan a los gobernantes a colocar personal incompetente en puestos claves, que no solo obstruye procesos sino que, a la vez, contribuyen a la creación de la cultura de la desconfianza, tan peligrosa para la vida humana y la sana convivencia como el mismo cianuro.

Y así podemos seguir mocionando, ya que todo lo que no se ha hecho por caprichos personalistas conlleva al desprestigio de todo lo que tenemos y hacemos, puesto que nuestros connacionales no se identifican con nada; y más bien crean costumbres y tradiciones inducidas que, como vienen de una historia cultural, muy pronto se pierden en el baúl de los recuerdos, y es más carcomido por las cucarachas. La realidad es que –año 2012– compartimos un territorio en el que nuestra sociedad se debate entre el pasado y el presente, y sus remanentes demuestran aún la sombra de una sociedad agraria que no se quiere aceptar y que a toda costa los gobernantes se empeñan en «modernizar».

Somos, hoy en día, un país inducido a la modernidad, con el grueso de su gente con tradición campesina, que vive del recuerdo que

7 Ibid.

muchas veces no quiere reconocer. En muchos casos, el salvadoreño de hoy se avergüenza de sentirse en público y hasta en su propio país salvadoreño; pero en su interioridad se siente cien por ciento salvadoreño donde sea; y reniega cada momento y todos los días, y se hace viejo renegando; y muere enredado en su destino confuso al que fue inducido. Lo recalco, el Estado nunca ha asumido verdaderamente su responsabilidad social. Y en este caso, en la planificación de políticas culturales, no se logrará el conocimiento de nosotros mismos.

Hay que preguntarnos aquí por qué el Estado, dentro de la racionalidad en la cultura que fue construyendo a lo largo de un proceso no planificado, dejó de lado el aspecto ideológico-cultural; y esto lo hemos visto a lo largo de la historia, ya que las instancias culturales del Estado son las que menos han sido potencializadas. Somos y seremos por mucho tiempo la cultura del maíz y los frijoles con arroz; y la presencia y el deseo de seguir con la milpa se agudizarán a medida que los campesinos urbanizados piensen en su pasado. Los campesinos, al no ver estimulada su cultura de producción agrícola, se van desculturizando y deciden emigrar, con todas las consecuencias socioculturales y económicas del caso, pero siguen siendo campesinos con tradición y creyentes pues la religión que profesan y sus prácticas es también referente identitario.

Doña Dinora Rosales de Benitez me decía: «Ser salvadoreño es sentirse espiritualmente orgulloso por tener como patrono de la nación al Divino Salvador del Mundo; disfrutar de la calidez humana que se respira consumiendo toda clase de comidas típicas, como son: beber toda clase de atoles, disfrutar también de las pupusas de maíz y de arroz, así como los ricos pasteles, nuégados, etc. Hay tanto de qué hablar y sentirse 'orgullosamente salvadoreño'». ⁸

Pero también el estudiante Iván Edilberto Gómez me decía: «Ser salvadoreño es poner excusas para todo. Además, comer pupusas

8 Ibid.

los fines de semana con la familia en la pupusería de la esquina». ⁹ Don Alejandro, empleado de vigilante en una empresa de seguridad, me decía: «Ser salvadoreño es comer y disfrutar de un rico plato de ‘tenquiques’ (pupusas hechas de hongos). Y, si no las conoces, no sos salvadoreño (¡ja!)...». ¹⁰

Es la ingesta del maíz; pero es también lo religioso lo que nos hace sentir lo que somos. El ingeniero Nick Mahomar, al respecto, me decía: «Para mí, ser salvadoreño significa compromiso y agradecimiento con la patria que recibió a mis abuelos y les dio los medios para que progresaran, mismos medios que les ha dado a mis padres y a mí. Por eso, más que sentirme orgulloso, me siento agradecido y comprometido con ayudar a la patria que me vio nacer en todo lo que ella me demande. Por eso, desde mi posición, siempre he estado pendiente y he ayudado en mis posibilidades a mi querido El Salvador. Y siempre, por muchos años, todas las mañanas hago esta petición: ‘Divino Salvador del Mundo, cuida la nación que lleva tu nombre’...». ¹¹

Este es un fenómeno que no solo ocurre en El Salvador, sino que lo vemos a escala regional. Lo que hoy existe es lo que podríamos definir como una globalización del país a través de la migración masiva hacia Estados Unidos, que, naturalmente, el fenómeno se complica cuando se quiere hablar de la conformación de un proyecto de nación. Ante esto, hay que tomar muy en consideración que hablar de un proyecto de identidad nacional es sumamente complejo en un país como El Salvador, ya que hay otras identidades que le disputan la hegemonía a ese querer hacer identidad nacional. Existe, sí, un discurso nacional; pero este no ha sido adecuado en todos los sectores sociales, por la misma incapacidad del Estado.

9 Ibid.

10 Ibid.

11 Ibid.

En este país hay una diversificación del Estado: por una parte, está al servicio del poder del grupo dominante; pero, por otra, no ha tenido mucha proyección en la vida de los demás grupos sociales, y la proyección, cuando la ha tenido, ha sido a través de la coerción y la represión o con proyectos proselitistas de tinte hasta populista. El pensar en el involucramiento de todos los sectores que conformamos el país con ideas creativas, en beneficio de todos y partiendo de las diferentes expresiones culturales de las que aún es rica la nación, hoy por hoy es algo de otro mundo, sobre todo cuando los gobiernos de turno se empecinan en caprichos personales y obstruyen procesos. Esto confunde a muchos más si se une a todo ello la cultura de la violencia, la cultura de la desidia y el vivir en un país con síntomas de ingobernabilidad. Ante esto, sigue siendo complicado el plantearse la pregunta: '¿Qué significa ser salvadoreño?'

El académico y escritor David Hernández me comenta al respecto: «Ser salvadoreño es haber vivido la infancia y la adolescencia en El Salvador, pues estas fijan las raíces del verdadero salvadoreño; son sus señas de identidad de por vida. La verdadera patria del hombre y de la mujer es la infancia. Tener conciencia de la problemática de país a escala global, y no en sentido tribal; en el ámbito solidario incluyente de todos los sectores afectados, y no de manera excluyente de una minoría beneficiada. Sentir como propios –sufrir o gozar– los grandes problemas del país; e intentar, desde una perspectiva personal y como una actitud individual, hacer aportes para resolverlos o para paliarlos, cuando menos. Poder respirar el aire fresco del boquerón del volcán de San Salvador, y, desde sus alturas, comprender que apenas somos un barranco en vías de extinción ecológica. Saber –creer– que, a pesar de los pesares, ha valido la pena jugarse el destino por este fenomenal invento llamado 'Nación salvadoreña'». ¹²

Entonces, el lugar de nacimiento y los primeros años de vida serán determinantes para la adquisición de ese sentimiento identitario. La

12 Ibid.

identidad, al igual que la cultura, se hace. No se nace con ella. Y es que, sin lugar a dudas —y así lo siente y plasma David Hernández—, el país como tal, desde el punto de vista de su geografía, es bello; y merece que se sientan orgullosos de vivir en él; y hay quienes trabajan ello. Pero también, si se analiza el ser salvadoreño desde una perspectiva antropológica, tomando en consideración lo expuesto por Hernández, y si el salvadoreño al que él se refiere ha nacido en una sociedad culturalmente caracterizada por la violencia y la desidia, serán muchos los que aprenderán de esa cultura.

Y—año 2012— esta es la realidad: muchos niños que han nacido y crecido en ambientes insanos desde toda perspectiva social tienden a mostrar patologías que el mismo medio les provoca. El salvadoreño— y esto puede valer para cualquier otra etnia del mundo— aprende a desarrollarse, desenvolverse y hasta a defenderse de acuerdo con lo que su entorno le ofrece; crea autodefensas para sobrevivir.

Y por ello, con justa razón, el museógrafo Leonardo Regalado me comentaba al respecto: «Ser salvadoreño es reunir ciertas características que nos identifican como grupo o como nación. Entre estas está el ser ingenioso (bromas, dichos, jerga, capacidad de crear e improvisar, sobre todo esto último), ya que con tanta desgracia natural, social, económica, el ingenio es el único patrimonio que nos queda. Frases como 'espérate, ya vamos a ver cómo hacemos' y 'ya vamos a ver cómo me quito este vergazo; vas a ver' reflejan una capacidad creativa en nosotros. Somos creativos pero no disciplinados, sino, más bien, desordenados. Pero a la par de esto hay una cultura picaresca, de doble sentido, buscando siempre el provecho propio; o como solemos decir: 'en la rebusca papá', '¿qué ondas ahí?' (qué puedo 'rascar' o llevarme) son también reflejo de una vida no programada, sino bastante incierta. Es por eso que ser salvadoreño es ser ingenioso, pero también muy pícaro. Y un tercer elemento que nos distingue: ese fanatismo quizá producto de nuestra ignorancia. Somos fanáticos porque el fanatismo ahuyenta nuestra terrible condición económica y social, nos distrae; somos fanáticos religiosos; si vamos al estadio

es para apoyar al equipo hasta las últimas consecuencias (darse a los puños con el del bando contrario); si bebemos, lo hacemos hasta caernos; si comemos, es hasta que nos hace daño. No conocemos un término medio; pareciera como que si los términos medios los calificamos de mojigatos, aburridos, tristes o pobres. Para nosotros es acabarnos todo en una noche de juerga, en una apuesta. En fin, es una vida muy azarosa; no tenemos proyecto de vida o de generaciones; vivimos el día. De ahí nuestro ingenio, picardía y fanatismo, tres cosas que distinguen al salvadoreño de hoy». ¹³

La cuestión es que, con todo esto de que cada quien anda en la búsqueda de esa sobre vivencia, se constata un fuerte proceso de debilitamiento, en el sentido de la constante pérdida de elementos propios de la cultura.

Hay un debilitamiento que coincide con su decreciente protagonismo en la historia del país en la última década; pero que viene desde los inicios de la conformación de la República, y esto por los arribismos de personas ineptas en puestos claves y que se han sucedido de gobierno en gobierno. Y eso creo que aún crea frustración; pero a la vez —y lo recalco— hace que el individuo se amarre, para no salir golpeado ante el huracán; pero también lo hace crear valores, algunos sobre su autoestima y de cómo tiene que ver y ser ante los demás; pero otras veces se crean los antivalores que infelizmente obstruyen y destruyen procesos; que matan y hacen daño, mucho daño.

Un amigo arquitecto, que prefirió omitir su nombre, me compartía su reflexión que encaja muy bien con nuestra realidad y me decía: «En estos tiempos de incertidumbre y de pérdida de valores, el concepto de ser salvadoreño puede ser muy cambiante. Pero, he aquí mi pensar: ‘Ser salvadoreño es vivir la angustia que desde el nacer tenemos por gritar o hacer mejor las cosas; ser salvadoreño va más allá del orgullo de ser participe en las barras azul y blanco en un

13 Ibid.

partido de fútbol contra los aztecas; más bien, es ser portador de valor y arraigo por lo que nos cuesta y por lo que denominamos y nos pertenece como ‘cultura’; es tener decisión y sangre de gente trabajadora que cada mañana se levanta muchas veces con la incertidumbre de no saber si se volverá al hogar con la frente en alto o con el alma colgada en el cielo. Tener el privilegio de ser salvadoreño es sostener en mis manos objetos de mis antepasados y sentir que debo de tener respeto por los demás a través de aprender de sus costumbres y tradiciones, que nos enseñan que somos gente trabajadora, creativa y que siempre anda en la ‘rebusca’ –como decimos ahora– para encontrar soluciones a los problemas que en este país provocan unos pocos; pero que somos muchos los que demostramos que somos más resolviéndolos. Finalmente, ser salvadoreño es ser un crisol de valores, costumbres, tradiciones; y en un viaje fuera de este pequeño país me dijeron que somos gente con carácter duro, que sabemos salir adelante y reconstruimos todo lo que hasta la naturaleza nos quita con sutileza, ya que hasta ella es especial en este país. Al salvadoreño siempre nos forja nuestra madre desde que nacemos, y siempre nos dice ‘pórtese bien’. Mas no sabemos que con esas palabras nos enseña a tener amor por el prójimo, a querer ser mejor que los demás; y si no es así, le buscamos pleito; costumbres propias que luego se le atribuyen a que somos ‘hijos de la guerra’ y que por eso tenemos ese carácter; a emprender las tareas diarias de la mejor forma, y que con ello le demostramos al mundo que por eso somos diferentes y orgullosos de ser salvadoreños, ya que estamos en cada rincón haciendo la diferencia ante los otros». ¹⁴

Hasta el día de hoy ningún gobernante en la historia de este país le ha apuntado al ser humano, a sacar adelante al *grosso* pueblo; y las iniciativas que han existido –que son muy pocas– fueron debilitadas por las imperantes estructuras de poder o simplemente se han destruido de ramplón con cañones y a punta de bayonetas. Para enterarse de esto solo basta escudriñar la historia; y veremos

14 Ibid.

cuántos casos hay de esos y los resultados: la eterna frustración del individuo por la que se crea autodefensas.

Con total razón el psicólogo Reinerio Belloso, ante la misma cuestión, me respondía: «Es una pregunta que al parecer tendría una respuesta sencilla y trillada, pues generalmente se espera que uno responda de acuerdo con los valores patrios o con lo que la cultura espera como normal: la identidad. Sin embargo, en mi experiencia personal me he dado cuenta de que los salvadoreños, en una buena parte, tenemos un discurso ambivalente, esto debido a que, dependiendo del momento o las circunstancias, aflora el discurso del salvadoreño identificado; el que lo da todo por su país; el que defiende sus colores. Pero también es muy común el famoso discurso del salvadoreño quejumbroso; el disconforme; el que cree que vive en el peor de los países. Y es que hay que reconocer una cosa: El Salvador –como sociedad– no ha podido, a lo largo de su historia, instalar un auto concepto de identidad sólido, quizás por el famoso ‘malinchismo’; por el papel de los medios de comunicación; por la transculturación globalizante; por los problemas sociales, o a saber por qué cosas más, que hacen que el mismo salvadoreño no tenga un concepto firme de su identidad. Tomando en consideración todo lo anterior, creo que –en mi caso muy particular– ser salvadoreño representa un sueño retador porque es estar en una oportunidad permanente de poder hacer algo trascendental por un país como este; es el poder lograr algún día algo diferente por un país que no puede seguir como hasta ahora, devorado cada día por fuerzas internas y externas que no lo dejan encontrar su desarrollo».¹⁵

Pero, ante todo esto, como no se trata solo de lamentar las consecuencias que ha tenido para nuestro país su impúdica despersonalización, solo nos referiremos al fenómeno de asimilación cultural protagonizado por la constante migración. Esta ‘cultura de la migración’ nos ha llevado a la transculturización –como país– con todas sus penosas consecuencias.

15 Ibid.

Y los salvadoreños siguen partiendo del país; y los gobiernos promueven esta migración como si se tratara de un producto de exportación; y el salvadoreño sigue siendo salvadoreño aunque ya no se sienta 'ni de aquí ni de allá, como muy bien lo manifestó la antropóloga y periodista Carmen Molina Tamacas desde su nuevo hogar en los Estados Unidos: «Soy salvadoreña porque reconozco la herencia cultural de mis ancestros, entre los que se encuentran indígenas de los departamentos de Cuscatlán y La Paz; y porque su sangre se mezcla con la de un bisabuelo de origen español, perdido entre los hilos de la memoria. Nací y viví allí durante 35 años, sabiendo que el mundo es mucho más grande, pero apreciando lo que ese pequeño territorio me dio: familia, amigos, oportunidad de desarrollo profesional, un vocabulario que mezcla lo indígena con lo árabe, lo castellano con lo africano y una riqueza culinaria basada en el maíz y los frijoles, frutas y verduras tropicales y especias tostadas para salsas y refrescos. Soy salvadoreña, además, porque aprecio toda esa riqueza ahora que—como a muchos compatriotas— vivo en otro país. Muchos salvadoreños sienten el dolor de la patria lejana con el himno nacional; la imaginan comiendo pupusas y tamales, bailando al ritmo de música tropical y apoyando a la selección nacional de fútbol. Yo reconozco mi salvadoreñidad transnacional, pero no se reduce a esos elementos—aunque los disfruto—. Yo procuro ocupar mi escaso talento en escribir, documentar, dar a conocer elementos de su cultura e historia, tanto aquí como allá. Pero no soy indiferente. Me preocupo por la compleja realidad política, económica y cultural. Me pregunto ¿qué puedo hacer yo para salvar a mi país? Poco, muy poco. Ser salvadoreño en el exterior es parte de un dilema, de una dicotomía: 'ni de aquí ni de allá'; en términos más académicos 'la identidad transnacional' de ser salvadoreño, que no se circunscribe al territorio, al exilio, a las pupusas, al bailongo. Pero me falta mucho, quizás, para vestirme con el término 'salvadoreño-americano', en la que se cobijan decenas de miles que viven en Estados Unidos, independientemente de su estatus legal».¹⁶

16 Ibid.

Eso siempre lo he manifestado. Y es que con la migración no se gana, se pierde; pero se pierde el que se va, pues –como muy bien lo manifiesta Tamacas– el que se va «ya ni es de aquí ni de allá». Y así se siente, pero también así es visto tanto aquí como allá. Con todo, se pierde mucho de lo que el mismo pueblo a lo largo de años ha creado culturalmente. Y es que, por ello, la cultura popular salvadoreña ha sufrido un tremendo golpe con la llegada de la transculturación producto principalmente de la migración descontrolada: primero del campo a la ciudad y luego de las ciudades a las grandes urbes del mundo, sobre todo a los Estados Unidos. Y es que, con eso, primero fue la guerra de la década de los ochenta y luego la penetración de las ideas, costumbres y formas de ser importadas lo que ha arrasado con las tambaleantes tradiciones populares rurales, urbanas y hasta de clase. En este país, las fiestas populares –urbanas y rurales– han sido sustituidas por un uniformismo, para lo cual hasta la misma Iglesia se ha prestado. Por ejemplo, los desfiles civiles, los encuentros populares ahora son un arremedo; se realizan solo porque hay que hacer algo. Por lo menos esa es la impresión que uno recibe. Se repite año con año más de lo mismo. Pero es más, hay hasta iglesias, organizaciones civiles y hasta individuos a título personal que, en su afán por exterminar cualquier seña de identidad, hasta son capaces de invertir cantidades de dinero en contra-propaganda.

Sería interesante hacer un estudio sobre el porqué tanto odio y ahínco contra las expresiones populares. Pero, por otra parte, los nuevos centros de encuentro urbanos –dígase ‘centros comerciales’ a lo estadounidense– son un acontecer que la gente ya lo ha hecho propio; y es precisamente en estos lugares prefabricados en donde el visitante encuentra desde limpiabotas (al servicio de empresas) con sillas para ‘ejecutivos’, tipo trono, donde sientan al cliente, por lo menos para que este se sienta por un instante con ínfulas de señor; supercines, palmeras que escenifican el ambiente y hasta cascadas, todo en un ambiente completamente reacondicionado y con todas las comodidades del caso. Un engaño de paraíso es eso –por no de-

cir fascinación— ya que la realidad de muchos, al llegar a los patios de sus casas y a sus aposentos mismos, es diametralmente diferente.

El culto a lo momentáneo, es decir, a lo pasajero pervive hoy con mayor intensidad en la cultura impulsada desde el poder; esa cultura de la máscara que cubre la verdad. Estos proyectos hoy tienen un nombre y mañana otro. Pero la gente se conforma al medio, no hay un sentimiento crítico; pareciera que el pasado es rápidamente conquistado por el presente. Y hasta la enseñanza se acopla a eso —como muy bien lo reafirma la psicóloga Guillermina Varela en lo referente a la educación institucionalizada—: «Hay muchos valores a los que deberíamos tener acceso todos los salvadoreños por medio de la educación, pero no los tenemos por ignorancia. Nos falta esa actitud de querer conocer. La ecuación debería de ser más práctica, vivencial; una educación para la vida no como un *slogan*, sino como una verdadera práctica en la escuela, en donde se potencialicen los verdaderos valores culturales, que los niños lo vivan... La educación, hoy en día, es sin contenido, sin significado, solo es memorística».¹⁷

En este sentido, la eficacia alcanzada por los canales de transmisión cultural ha hecho de la cultura una vivencia externa, epidérmica, ajena en todo momento a lo cotidiano, que ensalza lo superfluo y entroniza una visión unidimensional de las cosas.

La arquitecta América Hernández ve lo que hace ser al salvadoreño de hoy en la historia que a este le ha tocado vivir y manifiesta: «El salvadoreño, históricamente, ha sido, es y seguirá siendo una persona constantemente perseguida por la zozobra e inestabilidad social, laboral, económica, etc. Por ello prefiere emigrar o probar suerte en cualquier país del mundo que le ofrezca aunque sea una oportunidad de mejorar su vida y la de su familia, ya que el país no ha sido capaz, desde la época de la Independencia, ser un

17 Ibid.

país 'independiente' y que pueda producir sus propios recursos. Además, la fama de ser 'muy trabajador' sería de pensarlo hoy en día; eso quedo en la época de los 80 a los 90. La mayoría de jóvenes de hoy en día se enfoca en un trabajo que no le produzca esfuerzo físico y/o intelectual; quieren lo más fácil y cómodo para ir sobreviviendo día a día, es decir, que a los jóvenes no les inculcan (los padres) un proyecto de vida; y en el caso del Estado, no existe un proyecto de nación sobre la identidad. Esto último abre una puerta llamada *consumismo*; y lo que crea es un reemplazamiento de la identidad local por una masiva e igualitaria. Ahora bien, traigo el caso de los mexicanos porque son tan orgullosos de su país y de ser 'mexicanos'. En síntesis, el salvadoreño —a mi forma de ver— se puede describir en tres conceptos claves: *inmigrante, identidad local diezmada, consumista*». ¹⁸

Y es que en estos tiempos hemos sido capaces de someter la creación y el pensamiento a un solo amo: el dinero; patrón de cualquier intercambio cultural, por leve que sea; señor absoluto de las modas y los modos de percibir la realidad. El culto al poder ha penetrado por todos los rincones de la sociedad salvadoreña, se ha instalado cómodamente en nuestras casas y nos hace parecernos cada día más en las aficiones, los gustos consumibles y hasta en nuestra imposibilidad de ver el mundo con un ojo crítico.

El tan cacareado pluralismo cultural no es otra cosa que la desintegración de los valores colectivos, mientras no se ponen de acuerdo con qué ley se regirá la 'cultura'. La uniformización masiva de nuestras apetencias sirve muy bien al juego de la 'diversidad' en la que nos obligan a participar. La «cultura del espectáculo» no es inofensiva; nos engaña, haciéndonos creer que la realidad tiene muchas caras, cuando en verdad todos los aspectos de esa pluralidad no son sino fotocopias de un único mundo: el de la sociedad que se devora a sí misma consumiendo

18 Ibid.

sin parar las ofertas (muchas, ciertamente, pero calcadas unas de otras) de poder. ¿Ante qué perspectiva antropológica nos encontramos como individuos integrantes de esta nación? ¿Qué identidad nos caracteriza? Menudo rollo este, cuando muchos ni saben ni les interesa qué cosa es eso de la identidad y, por ende, su importancia para el desarrollo de un pueblo de una nación.

No obstante, escritores de la talla de Manlio Argueta ven el fenómeno de una manera particular —que tampoco es mala—, y que a la vez nos da luces para ver más clara la salvadoreñidad desde los múltiples enfoques, retomando un poco de aquí y un poco de allá, pues a la larga eso somos: un pueblo con muchas identidades y muchas culturas, pero que algunos une. Así, para Argueta «el ser salvadoreño es, en alguna medida, aunque sea a gotitas, pertenecer al mundo, ensanchando las geografías: cosechar y confrontar valores en Australia, en los Estados Unidos, en España, en Canadá, en la India, en Costa Rica, en Colombia, etc. El ser salvadoreño no se está desvaneciendo, como podría creerse cuando pensamos en las limitaciones, deterioros y liquidaciones al interior del territorio. Al contrario, resurge en otras formas con apariencias diferentes, y con mayor fortalecimiento e interacción de valores universales. Quizás haya sido bueno que en la diáspora los hubiésemos dejado solos, a la buena de Dios. Quizás no ha sido desventaja. Por el contrario, ha permitido recrear sin interferencias psicológicas la identidad, transformándola para bien de todos: comunicarse en otros idiomas, conocer otra educación avanzada o diferente, que incluye valores humanos, respeto al Estado de derecho en el contexto donde se mueven; conocer redes informacionales y nuevas tecnologías; pero también acostumbrarse a otras comidas, escuchar distinto tipo de música que no sea solo laailable. Estos valores adquiridos incluyen un cambio en el modelo de ser salvadoreño. Ya no somos los mismos o, mejor dicho, ya no estamos siendo los mismos. Esto debe hacernos sentir orgullosos, aunque algunos están tan lejanos que hasta pueden estar olvidando el himno nacional. No importa. Esas gotitas de

mutuo conocimiento significan un proceso hacia una conciencia diferente que nos augura representación del modelo salvadoreño en el mundo»¹⁹.

No obstante, debemos estar preparados para aceptar estos aportes a nuestra nacionalidad. Esa nueva nacionalidad en proceso incluye cierta interacción entre diferentes capas sociales, pues la diáspora, en una primera etapa, fue de campesinos pobres que ahora llevan casi cuarenta años de ausencia. A partir de estos, residiendo en el exterior, se están reproduciendo nuevas generaciones dentro de contextos sociales solidarios y amigables, con el agregado que nuestros compatriotas llevan el germen de la cultura del maíz, de la sencillez, de la generosidad, de la creatividad para sobrevivir dentro de las circunstancias más difíciles. De modo que el ser salvadoreño significa un aporte fundamental en orden a generar elementos multiculturales, en un gran encuentro con la convivencia, la paz y el humanismo en general. La cultura popular, ante el avance de lo urbano, se ha transformando en una cultura individualizada, en una cultura privada.

La privatización de la cultura ha sido un hecho que ha ido aparejado con el desarrollo del mercado que la convirtió en valor de cambio, de prestigio y de diferenciación social. Sectores sociales privilegiados se han apropiado de los valores populares, desechando aquellos que la contradecían: lo bajo, lo grosero, la inversión social de algunos rituales, el carácter ambivalente de los conceptos, la significación multiforme del arte popular. Todo aquello que significaba un obstáculo para el acaparamiento de poder para un determinado sector social fue suprimido o absorbido y manipulado en su propio provecho.

La cuestión es que no se trata, pues, de retroceder en el tiempo, de mirar al pasado con nostalgia. Como escribe Eduardo Galeano:

19 Ibid.

«Nuestra auténtica identidad colectiva nace del pasado y se nutre de él, pero no se cristaliza en la nostalgia. No vamos a encontrar, por cierto, nuestro escondido rostro en la perpetuación artificial de trajes, costumbres y objetos típicos que los turistas exigen a los pueblos vencidos. Somos lo que hacemos, y sobre todo lo que hacemos para cambiar lo que somos».

De lo que se trata es de ver en qué medida se aprovechan los espacios que quedan, que han quedado; y aún más, que a lo mejor hay que buscar. Entendido esto como espacios de desarrollo cultural. No se trata de inventar lo que no existe. El problema se agudiza cuando la gente se va. ¿Qué pasa con el medio geográfico que dejaron? ¿Qué pasa con los que se van y vuelven?

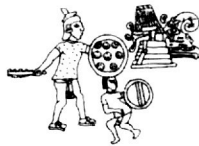
Habría que profundizar en estudios sobre los niveles y grados de identidad que aún se conservan y hacia dónde nos lleva el acelerado urbanismo, sobre todo cuando aún somos sociedades que nos debatimos entre el pasado y el presente. Es urgente estudiar hacia dónde se dirige la «cultura urbana» en nuestro país, y más porque esta crece en un medio no organizado, en donde deberíamos hacer efectivas las políticas culturales.

El reto que tenemos es grande, pero no imposible; la tarea es de todos y no solo de una determinada institución. Los historiadores costarricenses Víctor Hugo Acuña y Patricia Alvarenga se han preguntado repetidas veces por qué en países como Guatemala y El Salvador el grupo controlador del Estado forjó su forma de dominación estructurándola precisamente con base en la coerción y la represión, e inclusive utilizando dictadores.

Y por otra parte, en lo referente a las redes de la configuración del poder, están el historiador norteamericano Erik Ching, Segundo Montes y Carlos Gregorio López. Las preguntas son: ¿Cómo se establecieron las redes de poder para este proyecto de dominación? ¿Quiénes y cómo ejercieron el poder?

Considero que es urgente encontrarle respuesta a este tipo de interrogantes, basándonos en investigaciones científico-sociales, ya que estas nos ayudarían a comprender la forma de organización mental, cultural, social, económica y política de los salvadoreños; que es decir de nuestro país, El Salvador.

Las inundaciones de junio de 1934 en El Salvador: una tragedia olvidada





En muchos casos, los desastres naturales muy bien se pueden prestar para hacer análisis y descripciones micro sobre determinadas comunidades: vida cotidiana, control social, religiosidad, medios de producción y hasta creencias. En este caso, los sucesos del «diluvio» ocurrido en 1934 en toda nuestra geografía nacional son un referente que nos da elementos para afirmar que en ese momento había poca presencia de autoridades públicas en todo el interior del país, lo que evidencia un Estado con un pobre control social de la población.

El relato que comparto es la vivencia de niño, que mi tío Concepción Rivas me narró sobre la familia, la gente del lugar y la comunidad del cantón Paratao del municipio de Victoria, en el departamento de Cabañas, ante el desastre natural de 1934.

La Prensa Gráfica, en su edición del viernes 8 de junio de 1934, informaba sobre el desastre, pero centrándose solo en lo sucedido cerca de la ciudad capital:

El temporal ha paralizado las actividades en todo el país. La furia de los elementos ha hecho varias víctimas. No se pueden calcular las pérdidas, que son enormes. Los barrios de Candelaria, La Vega, San Jacinto, Concepción y San Miguelito, son los más dañados en esta capital. Panchimalco fue arrasado por las aguas, habiendo muchos muertos. Una señora fue encontrada en el Campo de Marte completamente desnuda y casi loca. La capital está incomunicada. Se movilizan los socorros como se puede...

El relato recopilado, cotejado y sistematizado inicia así: si los pobladores comparaban ese invierno con el invierno de otros años, mayo de 1934 se había ido sin dejar caer una gota de agua. No obstante, los lugareños sabían que sería hasta la primera semana de junio cuando la luna iba a entrar en movimiento, y hasta entonces iniciarían las lluvias. Era por eso que todos habían esperado para empezar a sembrar. La tierra sí –por si acaso, y siguiendo la costumbre–, desde abril había sido preparada.

Todo había quedado listo para la siembra de la milpa. No había nadie en el lugar que dudara o desconociera los preceptos de la naturaleza, pero tampoco se imaginaron que aquella insignificante tormenta del 3 de junio –que, más que lluvia, dejó muchas ramas quebradas– iba a continuar los próximos cuatro días lloviendo parejo, convirtiéndose en «temporal».

Al tercer día del «diluvio», por la tarde, la gente tenía el presentimiento de que algo andaba mal; las gallinas no habían bajado todo el día de los árboles, los techos de los ranchos ya empezaban a gotear, pues por la llovedera las casas de teja y los ranchos de techo de zacate habían empezado a empaparse; y allá, en los corrales, las vacas paridas y cerdos de engorde hacían ruido y movimientos fuera de lo normal. Los animales sueltos habían huido, más de algún perro aullaba como anunciando un mal augurio; y los árboles no dejaban de mecerse por el fuerte viento.

El cielo estaba cerrado por el chaparrón, que no dejaba de caer. Los Reyes, los Rivas, los Bonilla, los Callejas –todos emparentados– vivían allá en el cantón Paratao, uno de los doce cantones de los que abundan el municipio de Victoria, en el departamento de Cabañas, ubicado relativamente cerca del río Lempa y a un tiro de piedra de la frontera con Honduras. Mi tío Conce, a sus 87 años, narra la catástrofe del lugar como que si ayer mismo sucedió, cuando ya han pasado 73 años. Recuerda también la familia entera, tanto de la línea materna como de la paterna, que vivió en el lugar; y aún



Los conductores de las camionetas de Diario LA PRENSA, para reanudar los viajes a Santa Ana después del temporal, se vieron obligados a buscar nueva ruta, pues la carretera estaba en muchas partes, como puede verse en esta fotografía, interrumpida por corpulentos árboles que fueron derribados por la furia del viento.—(Foto Salazar).

Fuente: La Prensa. 3 de julio de 1934.

se ve en los ojos de aquella gente (mis ancestros) el miedo por el hecho y el desconocimiento de lo que sucedía en otras partes del país. Él relata:

Regino Rivas, mi abuelo, era el papá de mi papá. Mi papá se llamaba Felix Rivas. No se quién era el padre de mi abuelito Regino, y si me lo contó no lo recuerdo. Ya hace muchos años de ello. Son varias generaciones. La esposa de mi abuelito Regino se llamaba María Callejas, y es por eso que agarramos cierta línea familiar con los Callejas. Mi papá era Rivas Callejas por la línea de su mamá, mi abuela. El nombre completo de mi papá era Felix Rivas Callejas, y tenía cuatro hermanos: Juan, Gregorio, Francisco y Timoteo; y cuatro hermanas: Marcos, Marcelina, Pastora y Nicolaza. Eran familias grandes. Eran todos hermanos legítimos, es decir, de padre y madre. Mi abuela se llamaba Juana, y su esposo se llamaba Pío Quinto Reyes. No me recuerdo los apellidos de mi abuela, ni el otro apellido de mi abuelo. El nombre de mi mamá era Felipa Reyes, y tenía cinco hermanos: Juan, Esteban, Rosa, Jacinto y Andrés; y dos hermanas: Anastasia y Leonicia. Eran también familias grandes. De Félix Rivas Callejas y Felipa Reyes de Rivas nacieron Concepción Rivas Reyes, Antonio Rivas Reyes, Julio Rivas Reyes y Celia Rivas Reyes, tu mamá.

Esas familias nunca se preocuparon por su nacionalidad. Eso no era importante, ya que tanto allá como acá las relaciones se basaban en la amistad o por lazos de parentesco. Su diversión era ver crecer la milpa todos los años; sembrar huertas, yuca, jícamas; cosechar sandías en las vegas; sembrar caña y, en noviembre, divertirse cortando y aporreando maicillo y moliendo caña en los trapiches de las riveras del gran Lempa, cultivando apearios y elaborando azúcar de pilón. Todo el año había frutos en las huertas.

Las familias eran numerosas, la típica familia extendida en donde abuelos, hijos casados y solteros, así como los primos, vivían en una casona de gruesas paredes de adobe y de tejado de barro, y de gran-

des patios y corredores. Entonces, eran los padres los que pedían la mano de la novia cuando llegaba el momento de casarse. En otros tiempos los abuelos de ellos se habían dedicado por completo al cultivo y producción del añil, que en noviembre –y sobre el lomo de las mulas que cargaban surrones– lo transportaban a la fiesta de Los Santos en San Vicente. Eran largas travesías donde las caravanas de mulas cargando el añil levantaban una inmensa polvareda, que vista de lejos parecía humazón de tren.

Ahora, muchas décadas después, el cultivo del añil era solo recuerdo, y lo que aún quedaba eran los restos de los obrajes, principalmente cerca de los riachuelos y hondonadas. Al llegar el verano las mujeres y los niños se ocupaban de recoger debajo de los árboles de aceituno sus semillas que utilizaban para hacer jabón. No faltaba nada.

La diversión de jóvenes y viejos era ir a bañarse y pescar en el Lempa o pescar cacaricos –animales de agua con cierto parecido a los chapulines, que con un poco de sal y calentados sobre los comales mataban el hambre, principalmente si se hacían acompañar de una tortilla de maicillo– en el río Gualquiquire, o mojarras, guapotes, chacalines y camarones en el río Copinolapa.

En las quebradas acostumbraban ir a cangrejar, removiendo las piedras. En la madrugada, era el cantar de los gallos lo que despertaba a la gente; y por la tarde el bramido de las vacas de regreso al corral indicaba que ya habían sido ordeñadas y que la cuajada estaba lista. Si en otros tiempos en el valle de Paratao todo fue armonía entre los vecinos y el medio natural que los rodeaba, a medida que pasaban los días y la lluvia no mermaba las noticias eran cada vez más espeluznantes; pero la información que daban los medios se centraba solo en lo que sucedía en la capital o en los lugares aledaños a esta. La desgracia ya era un hecho en Paratao.

Los medios informaban sobre la desgracia, pero haciendo referencia otra vez sobre lugares cercanos a la ciudad capital; y daban el re-



*El antropólogo Ramón D. Rivas en conversación
con su tío Concepción Rivas Reyes, a sus 92 años de edad.*



Magnitud del fenómeno.

porte sobre lo que acontecía, pero sobre la realidad en el interior del país no había noticia concreta alguna. Sí se presumía, por la magnitud del fenómeno, que la situación era desgarradora, por lo menos esa era la información que se leía en periódicos como *El Diario Latino* y otros medios de información regional, pero sin mayores detalles. *La Prensa Gráfica* informaba, el 9 de junio, lo siguiente:

Haciendo grandes esfuerzos hemos tratado de dar información de los estragos del temporal ya que todas las comunicaciones están cortadas. Ni por tierra, ni por teléfono se puede establecer comunicación con el interior del país. Los barcos no pueden fondear en los puertos. Se han encontrado doce muertos en Soyapango víctima de crecientes y de derrumbes. Sigue lloviendo con alguna intensidad, aunque no tanto como hace tres días. Publicamos las primeras fotos de la capital con las calles inundadas, las casas de Candelaria arrasadas, los postes caídos y las casas de la orilla de los arenales anegadas de agua y lodo. Sigue la incomunicación con los departamentos. Las pocas noticias que llegan son desconsoladoras. La fuerza eléctrica esta suspendida. La capital a oscuras desde hace tres noches.

Aquel sabor y sentimiento alegre entre la gente de Paratao, así como las tradiciones que le daban vida al lugar, por los acontecimientos del «diluvio» y los años que vinieron, cambiaron de una vez el patrón de vida que por muchos años la caracterizó.

Y es que hasta la topografía del lugar cambió, como más adelante señalaremos. Sí es importante recordar que antes del desastre esos pobladores, todos los meses del año, tenían algo de especial en lo referente al ciclo de ocio y diversión; desde octubre, y ya cuando el trabajo duro de la producción había pasado, era cuando ya se hablaba de limpiar y remendar los hornos, pues había que hornear salporas de arroz, quesadillas y marquesotes. Los niños disfrutaban con las pelotas, los «alborotos», que se hacían del primer maicillo y el maíz completamente seco, que se mezclaba con los últimos «ata-

dos» de dulce de panela que sobraban, y que se habían guardado en la oscuridad de los tabancos. Derretido el dulce y revuelto con el maíz y el maicillo reventado, el «alboroto» era una formidable combinación que podía mantener el estómago lleno sin necesidad de comer otra cosa durante todo el día. No había rancho o casa que no dispusiera de gallinas y «jolotes» que corretearan de cerco en cerco.

Cada quien sabía lo que era de su propiedad y lo que era del otro. En octubre y noviembre, cuando el maicillo y el arroz se aporreaman, las bandadas de palomas y codornices eran presa de los cazadores, que con sus hondas y trampas no había una que se les escapara.

Durante todo el año se podía cazar tepezcuinltles, venados y cusucos; pero era en marzo y abril cuando más abundaban los garrobos y las iguanas, que, como animales perezosos, se asoleaban sobre los calientes talpetates.

A las vacas y los cerdos se les colocaba sobre la cabeza una paleta para que no traspasaran las propiedades y causar daños, hartándose los sembrados de los vecinos. La mayor alegría eran las fiestas religiosas, y aunque el cura frecuentaba el lugar solo una vez al año en ocasión de la fiesta patronal, la tradición y el respeto por lo religioso y por los demás era más que una formalidad.

En la víspera de Navidad, y ya entrando el verano, se alegraban con la celebración de las posadas, las pastorelas y los nacimientos. La gente comía y bebía, y los lazos solidarios de «la mano vuelta» eran una norma.

Las únicas preocupaciones eran las frecuentes plagas de chapulines que de vez en cuando aparecían, y que en un descuido podían arrasar con todo el cultivo. Cierta vez, durante una plaga, fueron hombres, mujeres y niños los que con pencas del árbol de tecomasuche espantaron a los voraces insectos, que amenazaban con dejar todo hecho un desierto.

El pueblo más cercano era Victoria; y hasta Sensuntepeque se llegaba año con año para la fiesta patronal celebrada del 25 de noviembre al 6 de diciembre en honor a Santa Bárbara.

Otras épocas del año se visitaba solo por diligencias de importancia, como para ver que en los cuarteles y la plaza los cientos de reclutados no fueran golpeados por la patrulla cantonal —establecida por el general Maximiliano Hernández Martínez—, que estaban listos para ser llevados a los diferentes cuarteles de la República.

La patrulla los agarraba con fuerza, y era cruel con los que se corrían, pues sufrían toda clase de atropellos. También, muchos pobladores de Paratao —entre ellos los Rivas y los Reyes, los Bonilla y los Callejas— llegaban durante el año a Sensuntepeque con mulas cargadas de huevos, que se vendían en casas particulares y a los vendedores de la plaza.

En verano los caminos de esos lugares eran fácilmente transitables, pero en invierno hasta la bestia más «arrecha» y los bueyes más «machos» resbalaban por los lodazales y las empinadas cuestas y los mojados talpetates, tanto que daban la impresión de que sudaban día y noche. Durante el verano, el polvo se pegaba en los paredones y árboles y se veía como una costra gris, y al paso de los caballos se levantaba como humareda asfixiante; pero eso era lo de menos. Los palos de mango, a uno y otro lado de los cercos de los caminos y los piñales que servían de división de propiedades, eran el alivio para el hambre de los que los transitaban.

La Virtud, Tomalá y Mapulaca, allá al otro lado de la frontera, en territorio hondureño, eran pueblos visitados año con año, sobre todo en tiempos de romerías. La gente disfrutaba de la solemnidad de las misas que el cura —que llegaba una vez por año— celebraba y que nadie entendía, pues eran en latín. En esas visitas, los curas casaban y bautizaban en grupo.

Las alegres alboradas con músicos y quema de cohetes, y sin faltar las tantas y tantas ventas que los achines instalaban en el centro de esos pueblos alejados de todo, pero muy cercanos entre sí. Cientos de indígenas cargando sus *cacaxtles* llegaban de las montañas del centro de los departamentos Lempira, La Paz e Intibucá de Honduras. Estos indígenas llegaban en peregrinaciones religiosas y de mercadeo para ubicarse sobre la plaza de esos pueblos y ofrecer jocotes, granadillas y hasta rajas de ocote para encender el fuego o para remedio.

Había años en que los pobladores del cantón Paratao se organizaban, y en enero salían rumbo a Esquipulas para visitar «al Cristo negro más milagroso de todos los cristos». Era toda una travesía a lomo de mula, atravesando poblados, lomas y cerros por espacio de diez días. Los peregrinos se aperaban de tamales pisques, huevos duros y «totopostes», que era la comida que más aguantaba las inclemencias de esos maltratantes caminos. Llegaban a Esquipulas, adoraban al Cristo, pagaban su promesa, participaban en la misa y, luego, a ensillar las mulas, pues había que volver, no sin antes haber comprado en la romería de Esquipulas dulces y otros caramelos, y sin faltar los característicos adornos con colores chillantes para amarrarlos sobre los sombreros y el equipaje que cargaban las mulas al regreso; esos eran los distintivos de los peregrinos que los hacían sobresalir en las veredas, caminos y montañas al retornar a sus casas para ser recibidos con el estruendo de la pólvora que retumbaba por las cañadas, despertando a todo ser viviente.

Fue hasta el martes 12 de junio que *La Prensa Gráfica* informaba sobre lo sucedido en la parte norteña del país, sobre los estragos ya ocurridos en importantes ciudades colindantes con el río Lempa. La nota de prensa decía, emparte:

Noticias llegadas del los pueblos del norte dicen, sin confirmación que la progresista ciudad de Ocotepeque desapareció totalmente aterrada por un aluvión de lodo que bajó de los cerros cercanos. El

lempa arrastra muebles, cadáveres y rótulos de comercio de aquella progresista cabecera departamental de la vecina Honduras.

La noticia confirmando la destrucción de Ocotepeque, en Honduras, se difundió el día siguiente, 13 de junio, en el mismo rotativo y en *El Diario Latino*; pero otros periódicos locales informaban también sobre los acontecimientos. Mientras tanto, en Paratao había sido ya desde el 7 de junio que la gente de los caseríos La Montaña, La Vegona, Loma China, El Bosque, El Papalón, El Palomar, Las Flores, El Vado, Los Copinoles, Catarina y El Sálamo estaba bajo las aguas de los ríos y quebradas de Copinolapa, Guayquiquira, Quebrada Honda, El Palomar y del mismo lugar.

La casa de los Reyes Rivas se ubicaba en el cantón Paratao, en la cima de un cerro; y para llegar hasta el río Lempa había que atravesar una pequeña quebrada llamada «la quebrada de Paratao». Era una insignificante hondonada rodeada de talpetates que el paso de cientos de años le habían ido dando forma, y que recién entrado el verano y a inicios de diciembre ya estaba seca; pero que durante el invierno sus frescas aguas y pozas naturales que se formaban con agua cristalina, ya cuando el invierno estaba «a medio palo», servían de diversión para jóvenes y viejos. Era lo que dividía la casa con el río Lempa; a una legua de distancia, más o menos.

El lunes 11 de junio, *La Prensa Gráfica* informaba:

Centenares de muertos ocasionó el temporal. Se va sabiendo poco a poco los estragos del violento ciclón. Se hundió un barco en Jaltepeque. Tepetitán desapareció totalmente. Jiquilisco ya no existe. La enorme creciente del Lempa cubrió el punte de la línea férrea. La laguna de Olomega se desbordó. Mucha gente ha quedado sitiada en las diversas poblaciones a donde había ido en vías de negocios, por falta de comunicaciones. Los aviones de la escuadrilla nacional recorren el país para buscar víctimas o lugares a donde se necesita socorro.

La noche del 7 de junio, la creciente había llegado hasta los case-ríos de Paratao. Los hijos de Aurelia Núñez —esposa de Timoteo Rivas, hijo de don Regino Rivas y doña María Callejas, padres de mi abuelo Félix Rivas— dormían; y despertaron al oír piar unos pollos que habían entrado a la casa.

Cuando el agua llegó debajo de sus camas, por la noche, ellos dormían; pero con el ruido del agua y el viento fuerte, que no merma-ba, Aurelia se paró y puso los pies sobre el agua. ¡Dios mío —gritó—, nos morimos! Ya el agua había subido hasta sus casas. Dio la voz de alarma a sus hijos Domingo, Juan y Feliciano, pero ellos no tuvie-ron más tiempo que cortar el lazo que amarraba a una mula a uno de los pilares de la casona y soltarla en desbandada. En cuestión de minutos el agua casi los arrastraba, pero lograron llegar hasta la parte más alta del lugar. Mi tío Conce narra así lo sucedido:

Cuando el agua bajó, la casona se encontraba debajo de un inmenso manto de arena. La quebrada seca de Paratao retumbaba, era casi imposible cruzarla. La atravesamos, y, luego, desde un bordo de tierra vimos al otro lado relumbrar la inmensidad de agua que se había unido; era el río Lempa que se había juntado con la quebrada y formaban una sola masa de agua. Todas las propiedades estaban inundadas; quién sabe cuántos metros había subido el nivel del agua. Había partes secas, pero eran solo puntas de cerros; lo demás era toda una gran planicie de arena. Todo se había perdido, aún así estábamos alegres de estar vivos, de haber tenido tiempo de correr y de que no nos había llevado la correntada.

La corriente de agua a la deriva arrastraba todo lo que había encontrado a su paso. En el revoltijo de la desgracia se veía flotar vacas, cerdos, gallinas, perros, cabras, jolotes, lo que, en medio de pedazos de mueble, ramas y todo lo que el río se llevó, dejaba un cuadro dantesco del lugar. La gente solo podía imaginarse lo que “más arriba había pasado.



Después del desborde, y ya cuando todo estaba un poco tranquilo, pero aún con el agua que no había bajado, fue a ver a un señor que se conocía en el valle como don Jesús Pineda, y vio todo aquello desolado. Y lo primero que dijo fue: «Aquí no me quedo, yo me voy». Y así sucedió también con muchas otras familias, se fueron; y solo se llevaron el recuerdo de lo que unos días atrás eso había sido. Toda la geografía del lugar había cambiado: el río Gualquiquire se había convertido en una laguna, y era uno solo con el río Lempa.

La casa de don Jesús Pineda estaba en medio de la inmensidad de agua, y, curiosamente, no se había caído. Debajo de la arena quedaban muchos años de trabajo; allí quedaba enterrada toda una cultura material edificada durante cientos de años; quedaban trapiches, obrajes, cimientos de casas de muchos pobladores, y lo demás se lo había llevado la fuerza del agua.

Pero ya el domingo 10 de junio, cuando Paratao y sus contornos eran una desgracia, *La Prensa Gráfica* seguía informando, y lo mismo hacían los otros periódicos; pero las noticias solo se centraban en los lugares relativamente céntricos de la República; así, en la noticia se leía:

Por fin nos llegan noticias de Santa Ana. Aquella metrópoli fue castigada duramente. Varias familias desaparecieron al ser arrastradas sus casas o al caerles encima debido al viento y a las crecientes. Cantones completos fueron arrasados por deslaves y por ríos crecidos en diversos lugares de la República.

En Paratao y varios kilómetros a la redonda, y concretamente en la cercanía de donde vivía la familia Rivas Reyes, ya todo era una catástrofe. Por ejemplo, las propiedades de don Jesús Pineda; Félix Rivas, mi abuelo; Gregorio Rivas y Juan Rivas, hermanos de mi abuelo; y de don Bartolomé Ramos, todas propiedades cerca del río Lempa, eran ahora una sola laguna.

Cuando el río bajó quedaron los arenales descubiertos, y el desastre y la calamidad fue entonces una realidad. Nunca antes en la historia de la región se había visto algo semejante. En los arroyos yacían partes de casas; mesas, algunas enteras, otras solo las tablas; pedazos de camas, animales muertos que pasaban arrastrados por la corriente del río y otros hechos montón en algunas orillas; y el agua echaba un tufo como nunca antes se había olido. Sobre la arena cientos de peces y cacaricos, aún vivos, saltaban; pero era imposible comérselos, ya que la pestilencia que despedían era insoportable.

No había radios, ni los conocían en ese lugar; no había forma alguna de que se pudiera saber sobre lo ocurrido en otras partes fuera del valle. La gente buscaba consuelo entre ellos mismos; algunos decían que era castigo de Dios; otros, que era «la punta de alguna ruina en otra parte del mundo», como que si lo que había pasado con ellos no era suficiente. En San Salvador, el gobierno del general Maximiliano Hernández Martínez trataba de establecer orden y control, y además tomaba medidas para aliviar la calamidad.

El *Estado de sitio* se implantó como primera medida; pero, por si esto no fuera suficiente, luego se decretó la Ley Marcial. La sociedad civil también se organizaba para las tareas de reconstrucción y ayuda humanitaria.

El jueves 14 de junio, *La Prensa Gráfica* decía:

Todos los salvadoreños debemos contribuir a la reconstrucción nacional. Se votará un presupuesto extraordinario para esa reconstrucción. Veinte y cinco mil hombres están trabajando en toda la República para ponerla de nuevo en marcha. La escuadrilla militar de aviación partió hacia Ocotepeque llevando 150 bolsas de alimentos. Se hacen esfuerzos extraordinarios por establecer el servicio eléctrico. Los estudiantes de medicina se han ofrecido para cooperar.

El viernes 15 de junio, *La Prensa Gráfica* informaba:

El Gobierno ha ordenado la incautación de todos los cereales con el fin de controlar las ventas y evitar la especulación. Mil hombres trabajan en la carretera hacia La Libertad para dejarla expedita y que pasen las mercaderías.

Pero sucedía más. Los medios publicaban fotografías de las inundaciones tomadas en diferentes partes del país. El sábado 16 de junio las noticias eran ya desesperadas. Así, *La Prensa Gráfica* informaba:

San Salvador está sediento. No hay agua. No trabajan las bombas por falta de electricidad. Caravanas de gente hacia las fuentes que no fueron cegadas por el aluvión. «No importa que no haya luz, pero que haya agua», dice la gente. Que se hagan todos los esfuerzos para mover las bombas de El Coro.

Los pobladores de Paratao, con hambre, asustados, y la mayoría sin nada más que los andrajos que llevaban puestos, comentaban y veían la desgracia; pero nadie daba una explicación certera. Tampoco sabían qué había pasado al otro lado del río, en Honduras o en el resto del país.

Nadie llegó a ayudar, ni tampoco a preguntar cómo estaban. A los meses, alguien llegó a decirles que de tanta lluvia y por los derrumbes se tapó el río, y, al rebalsar, la creciente arrasó con toda la ciudad hondureña de Ocotepeque, llegando la creciente hasta el río Lempa, que —como sucedió— arrasó con todo lo que encontró a su paso.

Las semanas y meses que siguieron, y ya cuando los ánimos y la resignación volvían entre los pobladores, Domingo, Juan y Feliciano hicieron casa nueva; pero los Reyes Rivas esperaron por un tiempo hasta que se asentaran los arenales; y construyeron otra vez allí y cultivaron de nuevo lo mismo que antaño sembraban,

solo que a hora sobre los arenales que cubrían sus recuerdos, su pasado.

La vida ya no fue la misma, y el deseo de emigrar cada vez se hizo más latente; y así sucedió. Mientras tanto, el lugar siguió olvidado; y fueron los mismos pobladores los que tuvieron que arreglárselas para salir de su desgracia. Pero en San Salvador, con el pasar de los días, la gente cada vez se informaba más con lo sucedido y las verdaderas dimensiones del fenómeno. *La Prensa Gráfica* informaba una buena noticia, por lo menos para los productores de ese rubro, en su edición del miércoles 20 de junio: «Los cafetales no sufrieron muchas averías»; pero en un amplio artículo decía: «San Salvador no puede seguir sin agua. La desesperación y preocupación de la gente crece cada día».

Otra importante noticia para la sufrida población fue el hecho de que *La Prensa Gráfica* informó, el jueves 21 de junio, que “no cobrará la Compañía de Alumbrado Eléctrico los días que no ha dado servicio. La planta de Milingo se repara trabajando 24 horas diarias”. Además, el rotativo informaba: “Ya está lista para el tráfico la carretera para La Libertad”.

La otra noticia consoladora que apareció en ese mismo periódico, del miércoles 27 de junio, decía: «Ya se puede comprar gasolina irrestrictamente, la cual había sido racionada por el ciclón».

El viernes 22 de junio, con letras grandes, el rotativo *La Prensa Gráfica* informaba: «Hoy habrá agua». Una sobreviviente de los hechos, aquí en San Salvador, me informaba que «las cantidades de gente con cántaros en busca de los ríos y nacimientos de agua cercanos a la ciudad eran impresionante».

El lunes 25 de junio, *La Prensa Gráfica* informaba: «Más de dos mil muertos causó el ciclón». Ese mismo día también los diferentes medios de comunicación daban la noticia de que el presidente de la

República, el general Maximiliano Hernández Martínez, levantaba la Ley Marcial. La noticia publicada en *La Prensa Gráfica* decía: «Hoy quedó levantada la Ley Marcial que se había impuesto los días trágicos de la inundación y en los subsiguientes...».

Sin más, la vida entre los pobladores de Paratao ya no fue la misma; y el deseo latente de emigrar fu cada día un hecho que en el transcurso de algunos años más tarde se hizo realidad. El primero que dejó la familia para probar en el ejército fue mi tío Conce. Se presentó en Sensuntepeque de forma voluntaria, y luego fue destacado en un cuartel de San Salvador.

Con lujo de detalle me describe el viaje, de finales de la década de los años 30, desde Sensuntepeque hasta San Salvador; los paseos por la ciudad capital, los sitios de interés en San Salvador, actividades y pasatiempos de la vida en el cuartel. «Terminé la platada con el grado de sargento, y me di cuenta de que eso no era para mí» –me dijo–. Volvió al cantón. Contó la experiencia y la diferencia entre aquí y allá; y el deseo por emigrar en la familia cada vez fue mayor. Con mi tío Conce, y luego con mi tío Toño, que se radicó por mucho tiempo también en San Isidro, en donde nacieron sus hijos, para luego seguir hasta San Vicente y morir en Ilobasco, fue que inició la emigración en la familia, que se llegó a asentar en Sensuntepeque, luego en San Isidro y desde allí en Ilobasco.

Tío Conce se radicó de por vida en San Isidro, quizá por tener muy cerca la mina El Dorado, lugar donde trabajó en la extracción del oro; trabajó rudo, sin la consideración que debe dársele a un ser humano. Esa es la impresión que me da en su relato, aunque él lo cuenta sin resentimiento alguno; más como parte de la experiencia de la vida. Tío Julio –que no dejó hijos–, por lo menos eso es lo que se sabe, se radicó en Coatepeque y trabajó en la construcción del puente de Las Chinamas.

«Cuando nos fuimos del cantón se vendió todo, como para que no quedara recuerdo» –me dijo una vez mi abuela Felipa Reyes de Rivas; pero con un rostro de profunda tristeza—. Mi abuelo, Félix Rivas Callejas, hizo de Ilobasco su pueblo.

Disfrutó, ya anciano, de ir a fumar su puro casero sentado y a la sombra de los portales del almacén de don Leonidas Escobar, frente al parque. Mi abuelo Félix me contó mucho sobre la familia y del lugar; pero yo también luego emigré. Un día, estando yo lejos y después de un año de su muerte, recibí la noticia de que se había ido para siempre.

Sin más, el «diluvio» de junio de 1934 causó destrucción material, mató gente y dispersó de una vez a muchos. Desde entonces, los pobladores del lugar cambiaron también para siempre.

REFERENTES BIBLIOGRÁFICOS

- La Prensa Gráfica*, San Salvador, jueves 7 de junio de 1934
La Prensa Gráfica, San Salvador, viernes 8 de junio de 1934
La Prensa Gráfica, San Salvador, domingo 10 de junio de 1934
La Prensa Gráfica, San Salvador, El lunes 11 de junio de 1934
La Prensa Gráfica, San Salvador, martes 12 de junio de 1934
La Prensa Gráfica, San Salvador, jueves 14 de junio de 1934
La Prensa Gráfica, San Salvador, viernes 15 de junio de 1934
La Prensa Gráfica, San Salvador, sábado 16 de junio de 1934
La Prensa Gráfica, San Salvador, miércoles 20 de junio de 1934
La Prensa Gráfica, San Salvador, jueves 21 de junio de 1934
La Prensa Gráfica, San Salvador, miércoles 27 de junio de 1934

Informante: Concepción Rivas Reyes, mi tío, que vivió el desastre para hoy contarle y los embates que se vinieron. Actualmente vive en San Isidro, departamento de Cabañas.

Una parte de este artículo se publicó en mi columna «Relatos de viajero y otras cosas» de todos los viernes, en la sección «Opinión» del *Diario Co latino* a inicios del 2008, con el título de «Voces de una tragedia olvidada en El Salvador: las inundaciones de junio de 1934».

Retrospectiva y futuro en El Salvador:
una visión desde la antropología





• Qué necesita un gobierno en El Salvador para poder ser legitimado como tal? Esa es la pregunta. Naturalmente, lo lógico es: haber ganado las elecciones. Pero hay algo más: cumplir. Desde el punto de vista científico-social, el fenómeno puede ser abordado y comprendido desde diferentes ángulos. Primero, hay que partir afirmando que es precisamente el gobierno el que garantiza el orden de toda sociedad moderna. Esto es un hecho. En sociedades tradicionales la religión, las tradiciones y hasta determinados elementos geográficos influyen en dicho orden.

En las sociedades modernas se constata que la creación de una comunidad nacional, para su buen funcionamiento, está anclada —por lo menos en teoría— sobre valores como la solidaridad y la cooperación, lo cual le da un sentido de destino a las personas. Por lo menos así debería de ser.

La realidad nos demuestra que el Estado en este país, a lo largo de la historia —y en concreto con los últimos gobiernos— no logró supeditar intereses egoístas y mezquinos por parte de políticos y funcionarios arribistas y al servicio de un sistema socioeconómico, político y cultural excluyente y a determinados intereses —no del pueblo— nacionales e internacionales. Y ello no solo obstaculizó el buen y sano desarrollo de la sociedad en todos sus aspectos, sino que la excluyó, la masacró y hasta ha convertido a sus ciudadanos en el principal «producto de exportación», ya que ello genera divisas y son «los hermanos lejanos» los que sostienen —desde hace años— la economía nacional. Todo esto ha creado una especie de «cultura», pues esta cultura nace de la mediocridad y de una desconfianza generalizada.

Es penoso constatarlo, pero vivimos en una sociedad en donde nadie cree en nadie. Es la sociedad del «sálvese quien pueda». Hemos vivido en un

Estado a conveniencia, un Estado al servicio de unos pocos. Un Estado que ha creado una cultura de la improvisación, pero una improvisación calculada, al servicio de los que han ostentado el control, lo que ha generado una sociedad que le apunta a lo individual, pero en el marco de una colectividad; es decir, *yo*-empresa, *yo*-partido político, *yo*-religión, *yo*-universidad y hasta *yo*-país.

En este país hay una amplia barrera entre lo que es un Estado que tome en cuenta la parte académica, las universidades, y un Estado que además tome en cuenta la empresa; ni mucho menos esta última toma en cuenta las universidades. Todo lo contrario a lo que sucede en países desarrollados en donde empresa, academia y gobierno forman triunviratos para beneficio de la nación. En nuestra sociedad el Estado constantemente ha quebrantado los intereses del individuo, de la sociedad, de sus instituciones lo que ha generado descontento, pues no solo ha tocado intereses propios, sino que también ha generado crisis individual, social, política, lo que ha servido para frenar el desarrollo no solo del individuo, sino que, por ende, el del país. Nos caracterizamos, en este país, por ser partícipes de cultura una política infundada que arruina iniciativas y destruye buenos proyectos.

Los gobiernos elegidos deben comenzar a construir país, construir sentimiento de nación, debe transformar para bien esa cultura mediocre —subcultura—, oportunista e insana para sentar bases en el marco de un Estado de derecho. En este país ya no se debe hablar más de polarización, sino de unidad nacional para contrarrestar el subdesarrollo cultural y nacional que vivimos. Es necesario apuntarle al cambio de mentalidad. Y esto se da solo por medio de la educación, el fortalecimiento de una estructura familiar, que hay que redescubrir, pues la existente ha sufrido transformaciones producto de la guerra y las migraciones que son el «con qué» de todos los días.

Urge apuntarle a una educación que forme en todas las escalas del sistema educativo, pero en el marco de una enseñanza que verdaderamente eduque y con una visión de país, que infunda conocimiento sobre la historia y realidad nacional, que infunda autoestima. Una educación que

forme niños con visión de futuro, pero para beneficio de la nación y no de esa educación que existe hoy en día que enseña, en forma directa e indirecta a los niños, que hay que prepararse para funcionar mejor en el extranjero. Eso se debe terminar.

No puede ser que este país viva en constante crisis, pues esta se transmite al individuo para convertirlos en ciudadanos apáticos, frustrados y sin sentimiento de país. La cultura del «me vale...», se convierte en un diario vivir y esta obstruye procesos, deforma y hasta mata. El filósofo, pedagogo y teórico marxista italiano Antonio Gramsci definió como crisis «una estructura social que está a punto de desaparecer; pero que no ha desaparecido, y que se encuentra paralela a una estructura social que está emergiendo; pero que aún no termina de nacer». A Gramsci se le conoce principalmente por el énfasis que puso en el estudio de los aspectos culturales de la sociedad como elemento desde el cual se podía realizar una acción política y como una de las formas de crear y reproducir la hegemonía.

Según ese concepto, el poder de las clases dominantes está dado fundamentalmente por la «hegemonía» cultural que las clases dominantes logran ejercer sobre las clases sometidas a través del control del sistema educativo, de las instituciones religiosas y de los medios de comunicación. A través de estos medios, las clases dominantes «educan» a los dominados para que estos vivan su sometimiento y supremacía. Así, por ejemplo, en nombre de la «nación» o de la «patria» las clases dominantes generan en el pueblo el sentimiento de identidad con aquellas —de unión sagrada con los explotadores— en contra de un enemigo exterior y en favor de un supuesto «destino nacional».

El análisis de este científico social es valedero en nuestro contexto nacional. Soy de la opinión, de que es la misma sociedad la que debe de ser la que se confronte a sí misma y decida el rumbo que quiere darle a la sociedad, y no la clase que controla el poder con todos los medios que domina. En nuestro caso concreto —El Salvador— el hecho de que se haya ya conformado una elite cuya gestación ha estado ligada

al empoderamiento del Estado, y que ha estado veinte años, hace que no quieran ver una transición. En do décadas se instauró una cultura propia de gobierno, que se hace tradición y que, por ser cultura, se hace costumbre o casi ley. Son este tipo de culturas las que hay que saber transformar para dar paso a otra; pero claro debe de quedar que una cultura no se transforma de la noche a la mañana y la «resistencia al cambio» es fuerte en todos los sectores que conforman el Estado. Tarea es, pues, saberle apostar a esa transformación que en muchos ya es algo mental. Es decir, debemos ser conscientes de la existencia de toda una cultura estructurada en lo político alrededor de lo económico, político-social y hasta cultural, que se ha gestado en dos décadas y que es parte del diario vivir, y que si no se sabe transformar será motivo de obstrucción. Con justa razón, ahora muchos nos planteamos la pregunta si ese sistema responde a los intereses de la gran mayoría de salvadoreños.

En lo político somos testigos de que el Estado ha utilizado como método para garantizar la seguridad de la población la práctica de infundir temor, legitimando una jerarquía de clase y un sistema político que ha deja mucho que desear. Comprobado científicamente está que infundir miedo en la población —en ninguna sociedad— permite la creación de nuevas fuerzas políticas, lo que es sano para el país y normal en toda sociedad que se dice anhela la democracia.

No es producente en una sociedad el crear una cultura del miedo al otro, porque esto no permite que la sociedad busque su articulación en la sociedad que se quiere, que se sueña, la sociedad que se anhela, sino la que imponen. La cultura del miedo, y como instrumento la violencia, ha sido lo que nos ha caracterizado a este país; y de ello hay estudios que lo confirman. Entre estos magistrales trabajos que nos deben de servir de referentes está la investigación de Patricia Alvarenga, *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*.

De acuerdo a Max Weber, la violencia se vuelve parte de la configuración social. Y esto es lo que está sucediendo aquí en nuestro país. En el marco del sistema neoliberal, El Salvador está atrapado en compromisos

empresariales a escala nacional e internacional que, en vez de contribuir, frenan el desarrollo, pues también sus administradores han ocupado, casi siempre, esos puestos para su propio beneficio.

En este país hay abundante agua; pero la realidad es que el área rural y en las zonas marginadas de las urbes no la recibe por la mala administración. El país dispone de una buena y variada cantidad de fuentes de energía; pero la realidad es que estamos supeditados en cada momento a no disponer de ella. Somos un país rico en fuentes generadoras de energía. Lo mismo sucede con la alimentación.

En este país, año con año, hay crisis de productos básicos; y esto es el resultado de una no coordinada administración y falta control por parte del Estado. Este es el escenario que vivimos en la actualidad. Es la misma sociedad la que tiene que reflexionar sobre su destino. Pero eso no quiere decir que debemos de cerrarnos como país. Todo lo contrario, debemos abrirnos al mundo, pero con respeto y espíritu de dignidad mutuos. Esto plantea entonces la necesidad de cambiar la estructura tradicional, política, económica, cultural de la población.

No es fácil gobernar, sobre todo cuando científicamente se ha comprobado que los cambios estratégicos y tecnológicos van más rápido que los cambios mentales. Pero lo más preocupante es que en este país lo tecnológico importa solo para el desarrollo industrial; pero esa tecnología no es el reflejo de la necesidad intrínseca de la sociedad para mejorar, ya que se trata de algo impuesto, pues no responde a los anhelos y realidades de la colectividad.

Somos una sociedad con imposición tecnológica, que no producimos tecnología y ni podemos ya vivir sin ella. Somos una sociedad que vive entre el pasado y el presente y piensa poco en el futuro pues no hemos aprendido de la importancia que tiene la planificación para el desarrollo de toda sociedad. Vamos a «rempujones». Estamos ante un reto, ya que en esta sociedad deberían de privar los intereses colectivos sobre la cultura del *yo*.

Para Gramsci, los partidos políticos son los depositarios de las esperanzas de la población.

Habría que preguntarnos si los partidos actuales en este país responden a ese planteamiento. Estamos ante una sociedad de «mediatocracia», en donde el político se cuida de no hablar de temas comprometedores, pero que son vitales para la población. Estamos ante una realidad en donde los políticos han aprendido a desarrollar un discurso político light, en donde dicen solo lo que la gente quiere oír y no dicen lo que la gente no quiere escuchar. Lo más preocupante es que la gente quiere oír lo que los políticos deberían decir y hacer.

Hay que apostarle a la educación, pero a esa educación que nos lleve a reflexionar sobre lo que hemos sido, lo que queremos ser y, sobre todo, cómo queremos que eso se lleve a cabo. Debemos educarnos desde una metodología que encierre la investigación por medio de la acción participativa y tomando como eje central la cultura que, de acuerdo y partiendo de las clásicas definiciones que nos brindaron los padres de la antropología, quiero compartir aquí; es decir, para Edward Tylor (1870) «la cultura o civilización, en sentido etnográfico amplio, es aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad».

Para Franz Boas (1930) «la cultura incluye todas las manifestaciones de los hábitos sociales de una comunidad, las reacciones del individuo en la medida en que se vean afectadas por las costumbres del grupo en que vive, y los productos de las actividades humanas en la medida que se ven determinadas por dichas costumbres».

Para B. Malinowski (1931) «esta herencia social es el concepto clave de la antropología cultural... Normalmente se la denomina cultura en la moderna antropología y en las ciencias sociales. (...) La cultura incluye los artefactos, bienes, procedimientos técnicos, ideas, hábitos y valores heredados. La organización social no puede comprenderse verdaderamente excepto como una parte de la cultura».

Para W.H. Goodenough (1957) «la cultura es una sociedad que consiste en todo aquello que conoce o cree con el fin de operar de una manera aceptable sobre sus miembros. La cultura no es un fenómeno material: no consiste en cosas, gente, conductas o emociones. Es más bien una organización de todo eso. Es la forma de las cosas que la gente tiene en su mente, sus modelos de percibir las, de relacionarlas o de interpretarlas».

Para Clifford Geertz (1966) «la cultura se comprende mejor como complejos de esquemas concretos de conducta, costumbres, usanzas, tradiciones, conjuntos de hábitos- planes, recetas, fórmulas, reglas, instrucciones (lo que los ingenieros de computación llaman 'programas') que gobiernan la conducta».

Para M. Harris (1981) «la cultura alude al cuerpo de tradiciones sociales adquiridas que aparecen de forma rudimentaria entre los mamíferos, especialmente entre los primates. Cuando los antropólogos hablan de una cultura humana normalmente se refieren al estilo de vida total, socialmente adquirido, de un grupo de personas que incluye los modos pautados y recurrentes de pensar, sentir y actuar».

Para Anthony Giddens (1989). La cultura se refiere a «los valores que comparten los miembros de un grupo dado, a las normas que pactan y a los bienes materiales que producen. Los valores son ideales abstractos, mientras que las normas son principios definidos o reglas que las persona deben cumplir».

En definitiva, podemos afirmar con entera certeza que todas esas definiciones son aplicables en nuestra sociedad y que no se trata más que de ese hecho de vivir actuando, descubriendo lo que no se ve, se debe respetar las reglas y símbolos que nosotros mismos hemos establecido en relación con los demás; vivir haciendo y transformando, pero creando bienes y servicios, útiles y necesarios para el sano convivir; y eso es lo que debemos hacer todos en esta nuestra sociedad salvadoreña. Y no pensar que la tarea es solo del nuevo gobierno.

Sin más, quiero afirmar que, como salvadoreños, no hemos nacido predestinados para el sufrimiento. Y ahora se presenta —con este gobierno— la oportunidad de dejar toda esa historia maquiavélica para transformarnos en ciudadanos constructivos y, a su vez, productivos, en el marco de una sociedad en donde prealezca el respeto mutuo y en todos los ámbitos. Eso se puede lograr, pero no de la noche a la mañana; debemos trabajar en ello.

El gobierno debe firmar —de manera simbólica— un contrato de caballeros con el pueblo, que somos todos. Y ese pueblo que también somos todos debemos también firmar ese mismo contrato que, si él y su gabinete cumple, nosotros como pueblo también debemos cumplir. Con ello estaremos reafirmando ese universal cultural que hemos aprendido de la antropología: que el ser humano se rige por medio de contratos que se establecen de forma consciente e inconsciente. Es decir, «si vos me das yo te doy». Esto me recuerda aquel clásico libro del célebre sociólogo y antropólogo francés Marcel Mauss titulado «Essai sur le don», que fue quien estudiara a fondo este universal cultural que compromete a los seres humanos.

En los últimos años, se constata en El Salvador un fuerte interés por parte de sectores intelectuales por el estudio de la antropología, a tal punto que esta se ha institucionalizado en el sistema de enseñanza.

Si bien es cierto que es hasta en la última década que esta ciencia como tal se oficializa en el ámbito académico nacional, parto de que en El Salvador el deseo por estudiar y describir al *otro*, inmerso en su amplio acervo cultural, es un hecho del que hay referencias manifiestas en documentos archivados o simplemente dispersos en bibliotecas públicas y privadas.

No obstante, hay estudios, algunos conocidos ampliamente otros menos; pero son esos estudios y sus limitaciones los que —a mi juicio— han servido de estímulo para llegar hasta la conformación de esta disciplina en un país urgido de investigaciones que surjan de la academia y que le apunten a la comprensión científica de la realidad sociocultural en todos sus aspectos.

